

EL VERANO IRRESPIRABLE

MARION
BRUNET



CROSS
BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Fulana
«Freed from desire»
Horizontes
Balance
Las ramas de la paulonia
Piscinas
Pueblecito
Partage des Eaux
«Moby Dick»
Calvario
Familia
El aburrimiento
Café en un mazagrán
El recorrido del goteo
Edward Bond
Nunca como ellos
Los condenados de la tierra
Ni nada ni nadie

La procesión de las flores
A las duras y a las maduras
Las orillas del río Durance
Preparativos
Jefe de obra
La larga noche
Estanque
En nuestro pueblo también
Cosas viejas
Un día, en la Rambla
Lluvia de verano
Quiéreme, Lili
Sangre en las sábanas
Como la canción
El verano de sus quince años
Hogueras
Casi guapos
Agradecimientos
Notas
Créditos

OceanofPDF.com

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

OceanofPDF.com

Sinopsis

Johanna y Céline son dos hermanas de 15 y 16 años que se adoran y, sin embargo, todo las separa.

Johanna sueña con escapar del ambiente cerrado de extrarradio en la que sus ambiciones nunca se cumplirán. Por su parte, Céline perturba a todos mostrando su embarazo sin revelar quién es el padre de la criatura, indiferente al escándalo que eso provoca en los demás. El padre de la adolescente no puede contener la rabia ante la imperturbable testarudez de su hija mayor, a la que querría arrancar el nombre de “quien le hizo eso”.

En medio del tumulto familiar, Johanna intenta sobrellevar la mediocridad que la rodea en los brazos de su amigo, el hijo de sus vecinos árabes. Ahogados por el calor del verano, la cerrazón y el odio, la tensión alcanza límites peligrosos que desatarán un impactante drama.

EL VERANO IRRESPIRABLE

Marion Brunet



OceanofPDF.com

A mi hermana

OceanofPDF.com

Después añadió, respondiendo sin duda a sus propios pensamientos: «Veréis, la vida no es ni tan buena ni tan mala como pensamos».

UNA VIDA, GUY DE MAUPASSANT

Fulana

En su casa, se acuerda Johanna, una mano en el culo era algo gracioso, una forma de apreciar algo, de decir «tienes futuro»: a medio camino entre una caricia y la palmada que se le da a una yegua en la grupa. Las chicas tenían algunas bazas, como en el tarot, y se podría haber creído que, si jugaban las cartas justas en el momento adecuado, había un modo de ganar la partida. Pero ninguna de ellas, ni Jo ni su hermana Céline, salieron nunca vencedoras. La partida había terminado antes de empezar, con baza o con cebo, ellas podían hacerse a la idea de que era un juego, dado que no habían sido quienes habían escrito las reglas.

Esta noche, la mano no se posa en el culo de Céline, sino en su garganta. El padre está fuera de sí, medio ahogado. De normal tiene un vocabulario bastante pobre, pero en este momento es peor. Su enorme manaza de albañil hace que a su hija se le gire la cabeza; ella se desploma en el suelo de la cocina, como un montón de ropa mojada. Emite un ruido extraño, como si se hubiera roto en pedacitos.

—¿Quién es?

Céline es incapaz de responder, aunque había decidido hablar. Intenta recuperar el aliento. El pelo le cae por la cara como una cortina, no se le ven ni los ojos ni la boca. Jo querría ayudarla, pero siente que sus pies están anclados al suelo, como la cama de una prisión.

La cocina huele a detergente y a lavanda —fragancia de publicidad del sur de Francia—, a cigalas y compañía.

—¿Quién ha sido el malnacido que te ha hecho eso? ¿Quién es el hijo de puta salido del coño de una perra que se ha atrevido a hacer eso?

La madre llena un vaso de agua, que se le cae de las manos y rueda por el fregadero de acero inoxidable. Susurra un «Para», pero sin mucha convicción. Además, nadie sabe a quién se dirige.

—¿Vas a responder o qué?

Y entonces el padre deja de gritar. Le empieza a temblar la barbilla, es una amenaza mucho peor; Jo aparta la mirada. La madre se pone de rodillas, con su vaso de agua en la mano, y le levanta el rostro a Céline con dulzura, aunque nunca fue real, todo hay que decirlo. Por un breve instante, uno podría preguntarse si le va a tirar el agua a la cara o la va a ayudar a beber. Céline se apoya en el suelo con una mano y con la otra se agarra a la muñeca de su madre. El agua se derrama, cae por la rodilla descubierta de la madre, que se enfada y, tras echarse para atrás, deja el vaso en el suelo y se levanta con dificultad: de repente es una mujer muy mayor, a pesar de que parezca que todavía tiene treinta años. Céline le suelta la muñeca, se queda apoyada en su propio codo. Se le ha hinchado la boca, la nariz parece torcida. El padre nunca le había pegado tan fuerte. Coge el vaso para beber, pero el agua se derrama por los lados, le cae por la barbilla y por la camiseta de manga corta, decorada con una calavera rosa rodeada de purpurina y también de sangre, que brota de su narina derecha formando burbujas. Miles de agujas se le clavan en el vientre.

El padre se ha cruzado de brazos, ha recuperado las fuerzas hasta en la postura y desafía a Céline con la mirada. Ella tiene los ojos llenos de lágrimas, las mejillas hundidas de tanto apretar los dientes.

—No va a decir nada —farfulla la madre—. Esta fulana no va a hablar.

Freed from desire

Cuando salieron de la casa, poco antes de que se hiciera de noche, estaban casi guapos. La madre, con su bronceado de zanahoria y la piel brillante por la crema, llevaba su cadena dorada con un colgante de delfín. Parecía muy joven, mordiendo el animal entre los incisivos, sonriendo sin darse cuenta. El padre olía a jabón y a loción para después del afeitado, respiraba con fuerza. Con un gesto alegre, se guardó el paquete de Marlboro en el bolsillo de la camisa —con el cuello ya mojado debido al sudor— y se encendió un cigarro en el atardecer. Sus ojos se detuvieron en la luz aún viva, violácea. Observaba las hileras de vides como si fueran suyas.

Céline, fiel a todos los principios de verano, exhibía su indecente belleza con ropa ajustada, sus vaqueros eran tan cortos que el pliegue de carne entre las nalgas y el muslo quedaba al descubierto y se ocultaba con cada paso. Pero a Jo le daba igual la ropa: ella iba a la feria, como todos los años, un tanto disgustada por encontrar en ello una cierta emoción a pesar de sí misma. Así que sus vaqueros con las rodillas sucias y su camiseta ancha de tirantes eran suficientes. Se apoyó en el hombro de su hermana como un alga suave.

—¿Por qué no vamos en coche?

Nadie le respondió. A lo lejos se oía la música, a diez minutos a pie como máximo.

Los cuatro caminaban junto a la carretera, era algo muy raro. Las niñas aceleraron para alejarse, como cuando eran pequeñas. Las hierbas secas se les metían por las sandalias y les molestaban en los dedos de los pies. Se

ponían a la pata coja y se sujetaban en los hombros de la otra para quitárselas. Ya casi en la feria, al pasar cerca de la cruz de piedra, bajaron un poco el ritmo para que los otros no vieran, mientras se hacían las duras, que en realidad estaban impacientes.

El pueblo se había transformado: la feria, durante tres días, modificaba las calles, ofreciendo una alegría contagiosa y un olor a aceite caliente en la plaza principal, al lado de la iglesia. El padre y la madre fueron hacia el chiringuito, donde ya los esperaban los compañeros de este y sus mujeres. Se reían con fuerza, estaban contentos. Patrick intentaba hacer que su mujer bailara, mientras ella chillaba riéndose que no tenía ganas y que él ya estaba demasiado borracho. Parecían enamorados, ya casi no se notaba que una semana antes él le había partido la cara. Ella se movía en un vestido azulado, como una enorme mariposa. Las mujeres bebían vino rosado; los hombres, pastís. Se despidieron de las niñas, que no se detuvieron.

—Oye, a la mayor vas a tener que vigilarla —soltó la mujer de Patrick con una mueca en la que se percibía la envidia.

El padre sonrió con orgullo, siguiendo con la mirada el culo de Céline. Dieciséis años y promesas. Patrick carraspeó y pidió otra copa.

Se reunieron los mismos, como todos los años, grupos y familias que se ignoran o se funden en la fritanga y el caos de la animación. Una vez al año. Es cierto que también está San Juan y la merienda campestre del colegio, pero la feria del pueblo es la mejor. A Céline siempre le ha gustado, reina de la fiesta, adulada por los chicos..., todos los grupos confundidos. Incluso cuando era más joven, había esquinas sombrías en las que dejarse caer contra el cuerpo de algún amiguete, jugar a no ir más allá, pero pararse justo en el borde. Ellos soñaban con sus dedos de uñas rosas sobre su pene erecto; ella se abrazaba con cariño a grandes peluches que habían ganado en el puesto de tiro esperando palabras de amor. Y si había que dejarse tocar los pechos con torpeza para obtener un pobre «Te quiero» vacilante y otros

derivados sin imaginación, ella estaba dispuesta. Quería hacerlo, un poco. Jo montaba guardia.

Pero aquella noche su hermana era el único testigo de que Céline fingía. Abría la boca para reírse de las estupideces de Lucas, de las bromas vulgares de Enzo. Su pintalabios brillaba por las apariencias.

Las hermanas se acercaron a la Tarántula con los demás. Hacía diez años que había llegado la atracción, las góndolas de aluminio que parpadeaban con luces rojas y amarillas, las bombillas que enloquecían con *Freed from desire*. El vértigo, siempre, y los gritos mientras la estructura de metal se pone en marcha y levanta a los grupos de soldados voluntarios. Hasta a los viejos les divierte ver a la juventud subir tan arriba para hacer como que tienen miedo. Nunca nadie ha parecido considerar extraño que se suceda la misma danza, año tras año, como si el tiempo se hubiera parado en 1996, veinte años antes.

Céline y Jo se lo sabían de memoria. Habían perdido la cuenta de las veces que habían gritado allá arriba, cuando los asientos empezaban a girar lentamente sobre sí mismos antes de caer a una velocidad de locura y volver a subir igual de rápido. Pero siempre volvían, por la emoción.

Entonces, Lucas intentaba adelantarse a Enzo para subir con Céline.

Esta se pasó la mano por la nuca para echarse el pelo hacia atrás y el tiempo se detuvo en los ojos de los chicos, desde que el cabello se levantó hasta que volvió a caer sobre la espalda con un golpe. Después volvieron a respirar, un poco menos orgullosos y mucho más valientes que unos segundos antes, también con una sonrisa un poco tonta. Pero a pesar del juego, a pesar de los demás, a pesar del placer de su máxima insistencia — que los obligaba a gritar o a pegar los labios a una oreja—, la euforia solo era fingida. Ya existía en ella aquello que simulaba ignorar: una consecuencia lógica, una lógica fría que quiere que la miseria no engendre más que miseria. Ella se volvía a mentir un poco, el tiempo que tardaba la atracción en dar otra vuelta, el tiempo de ver cómo los dos chicos se

pegaban por tener el privilegio de cogerla de la cintura en plena marcha, por recoger sus gritos de miedo y su pelo enmarañado en las bajadas de la máquina, por esperar más. Sin embargo, entonces, con la cabeza levantada hacia la enorme araña de hierro y los pies sobre los escalones estriados en los que se reflejan los colores, ella se sintió mal. Era absurdo: no tenía miedo del vacío ni de la velocidad, siempre le habían gustado las atracciones. Una opresión un tanto pegajosa: ¿un presentimiento ancestral?

Céline se volvió hacia Enzo, lo eligió con una mirada para el primer viaje. Lucas estaba decepcionado, pero tendría otras oportunidades, se montaban unas diez veces por día durante la feria, la noche apenas había empezado. No es seguro que el primero que mueve ficha sea quien gana siempre. Se alejó para liarse un porro. El próximo viaje sería para él. Vanessa se agarró a Manon, a no ser que fuera al contrario. Las chicas se reían como gallinas mientras empujaban a Antony, que las abrazaba mientras les susurraba al oído cosas que ellas hacían como que no entendían. Sacudían la cabeza, las caderas. Les brillaban los ojos. La música saturaba el aire a su alrededor, hacía temblar el suelo, les subía por las piernas —*Want more and more, people just want more and more*—, incluso a Jo. Le temblaban un poco las piernas, pero no habría sabido decir con claridad si le encantaba ese furor o todo lo contrario. Sus ojos pasaban de las góndolas por fin desocupadas a su hermana.

—¿Estás segura de que estás bien?

Se vio obligada a gritar. Céline no respondió, estaba toda blanca, con los ojos dilatados por las luces histéricas. Asintió, con la cabeza agachada, el pelo delante del rostro.

—Nadie te obliga a subir si te encuentras mal —respondió Jo—. No es como si viniéramos a que la misma atracción haga el agosto desde hace diez años.

Aquello hizo reír a Céline, que se inclinó para rascarse una picadura de mosquito que tenía en la pantorrilla. Al enderezarse, sintió que todo le daba

vueltas, unos puntitos blancos le alteraron la visión. El sudor le empapaba la nuca, que ya estaba mojada debido al pelo y al inicio del verano; tendría que habérselo recogido. Y entonces el mundo, el ruido, el calor de los motores que subía de la máquina...

—Venga, nos largamos —insistió Jo—. Tienes mala cara.

—Estoy bien, déjame. ¿Te has visto tu jeto?

—Que te den, Céline. En cuanto te montes vas a potarle encima a Enzo, le va a encantar.

—¡¿Qué decís?! —gritó el interesado.

—Nada —respondieron las dos al unísono, sin mirarlo.

La música volvió a sonar, injertada en la araña como si fuera el aullido de una bestia. En bucle, desesperadamente atascada en el botón de *repeat*. Jo pensó que ella era la única que pillaba la ironía de todo aquello.

Se colocaron en las góndolas. Jo se sentó y bajó la barra de seguridad. Siempre ha vivido sola los subidones de adrenalina. Los demás montaron de dos en dos, en parejas risueñas, se cerraron las correas sobre el abdomen y entregaron sus fichas de plástico a Sauveur, el feriante que lleva la atracción: es el mismo desde que tienen memoria, solo le falta un diente más o densidad capilar. Le guiñó un ojo a Jo; siempre supo reconocer a los raros, los quiere como un hermano.

La araña se sacudió, levantó las patas hacia el cielo. Jo miró hacia abajo: los niños pegaban la cara a las vitrinas donde se apilaban peluches diminutos, intentaban coger un conejo con una pinza, perdían sin remedio. Más allá, el chiringuito y sus vasos esparcidos parecían una fiesta del té para muñecas; sus padres, animalitos.

Freed from desire volvía a sonar aún más fuerte allí arriba.

De repente, aquel bandazo por encima del mundo era impresionante. Jo lo había olvidado. Le habría gustado que sonase otra banda sonora, algo grandioso o profundo en lugar de aquella basura trillada. Aun así, disfrutaba de las vueltas y del temblor de piernas. Se aburrían tanto allí que cualquier

emoción fuerte les venía bien. Si se estremecen, es porque no están muertos, atrapados también en el botón de *repeat*. Delante de ella, Céline, pegada a Enzo, aguantaba los sobresaltos de la Tarántula soltando grititos. Jo observaba a su hermana borrosa por la velocidad: un año más, una cabeza hueca, un porte de reina. Dieciséis años que iban a agitar el mundo, rozar el vacío, florecer sin aprender. Volverse aún más guapa que el año anterior y un poco más idiota. Johanna no es especialmente razonable, pero tiene un toque de ese cansancio desesperado que a veces sirve como madurez, aunque se tengan quince años.

De repente, la cabeza de Céline dejó de agitarse y cayó sobre el hombro de Enzo. No se quedó ahí, acurrucada como una enamorada: se echó para atrás, sacudida por la velocidad. Enzo se asustó, intentó recoger el rostro de la chica hacia él. Le sujetaba la nuca como si fuera a romperse, chillaba agitando el brazo que le quedaba libre, igual que todos los que lo rodeaban. Jo comprendió enseguida que su hermana se había desmayado, pero no gritó. Esperó a que se le pasara, a que la araña terminara su danza enajenada; faltaban un par de minutos, no más. El tiempo siempre parece durar más colgada ahí arriba, pero acabaría tranquilizándose, lo sabía. Imposible disfrutar del vértigo en ese momento. Estaba segura de que esa idiota se iba a marear, lo llevaba escrito en la cara.

Al perder velocidad, las góndolas bajaron despacio hacia el suelo. Una especie de alarma anunció el fin de las sacudidas; por fin los gritos de Enzo alertaron a la gente y un enjambre de personas se precipitó para sacar a Céline de la cápsula de colorines. Sauveur detuvo la música —«Por fin», le dio tiempo de pensar a Jo— y salió de su caseta a toda velocidad. Con un solo grito, hizo que todo el mundo se apartara para acercarse a Céline y darle una buena bofetada, la primera de una larga serie. Sus padres llegaron corriendo, con Patrick y su mujer, avisados por los críos. En cuanto subieron a la atracción, Céline se enderezó por fin, abrió los ojos y se dobló

para vomitar en los pies de Enzo. La risilla de Jo marcó el principio de los verdaderos problemas.

—¿Qué le pasa? —preguntó el padre, con la voz suave y anisada, un tanto inquieto.

Céline evitó la mirada del padre. Se había tenido que prohibir pensarlo, fingir durante largas semanas, aplastarse los pechos pesados en un sujetador demasiado prieto. A menos que lo hubiera sabido desde el principio y hubiera fingido, como si aquello pudiera desaparecer simplemente con el hecho de negarse a creerlo. Allí lo entendió por fin, cuando la bilis cálida volvió a su lengua como todos los días desde hacía demasiado tiempo, y ella no fue la única.

—¿No estará embarazada la cría? —soltó la mujer de Patrick.

OceanofPDF.com

Horizontes

—La primera vez —contaba Céline— es como si te traspasara una aguja de tejer.

—Entonces ¿por qué lo haces? —se sorprendía Jo, con la boca torcida en una mueca, sujetándose la tripa a la altura del estómago como si aquello le pasara por el ombligo.

Sabía muy bien por dónde pasaba, tampoco era idiota, pero la aguja de tejer era algo demasiado visual. Tenía trece años; Céline, catorce.

—Pero después es mejor.

Eso había sido dos años antes, en «su» cabaña de piedra, cuando Céline explicaba por qué después era mejor. Las cabañas de piedra del sur de Francia, al igual que los búnkeres de las playas del norte, reunían bajo sus ruinas fumadores clandestinos y confidencias; a veces, también los primeros polvos. Y vagabundos.

—¿Después cómo es?

—Mejor, ya te lo he dicho. Raro, pero bien.

Fruncía la nariz al sonreír, sentándose sobre las piernas. Las niñas se golpeaban los muslos desnudos cazando mosquitos. Los muslos de Jo también eran bonitos, pero eso no importaba mucho.

Céline, cuyos senos triunfantes anunciaban desde los trece años un bello futuro si sabía cómo usar sus encantos, recibió muy pronto de parte de los hombres esa mirada de apreciación irrespetuosa que autoriza mucho; ya les pertenecía. El padre tardó tiempo en darse cuenta de que Céline, conforme a la etiqueta, sabía sin haber aprendido. Él había sido el primero que la había

piropeado, orgulloso como un pavo real, no hacía falta que se sorprendiera. Céline era guapa y jugaba con eso, dado que su capacidad atractiva era inversamente proporcional a la profundidad de su campo de visión. Para Céline, el horizonte llegaba hasta donde ella podía ver. De la casa a las colinas del Luberon. Desde las ventanas del instituto técnico, podía llegar hasta el monte Ventoux. Más allá empezaba el horizonte de su hermana. Pero aquello tendría que esperar.

Cuando Jo entra por la puerta, al volver del instituto, el padre espera, sentado a la mesa de la cocina. No han vuelto a hablar desde la noche de la fiesta; se cruzan.

—Siéntate.

Ella obedece sin palabras. Nota la ausencia de la madre, la de Céline.

—¿Lo sabías?

—No.

—¿Crees que soy idiota? Vuelvo a repetirlo: ¿quién es?

Está cubierto de salpicaduras de cemento. Tiene las manos casi blancas. Jo se fija en las gotitas minúsculas en relieve, solidificadas. Se aferra a los dibujos que forman los puntos, se pierde en la piel de las falanges. Él aprieta su vaso. Ya está borracho: un poco, no demasiado.

—No lo sé. Te lo juro.

—No jures. Tienes que saberlo.

Jo dice que no. Lo repite, sacudiendo la cabeza con la boca apretada: sume sus ojos desparejos en su mirada baja. Él odia que haga eso. La quiere, a su segunda hija, pero siempre la ha encontrado rara y no es el único. Muy rápido, muy pronto, entre silencio y cada ojo de un color. Uno verde, uno azul, con diferentes tonos, pero sin ser iguales. Daba miedo, incluso cuando era una niña. En todo caso, era demasiado extraña para que la gente no se molestara. En su mirada desigual, los viejos veían malos

presagios y sus compañeros leían una extrañeza que, de hecho, se inscribía en una realidad diferente a la suya. La rareza tiene sus ventajas. A fuerza de fingir que no la veían para evitar su mirada, la gente acabó olvidando que estaba ahí. Eso autoriza ciertas excentricidades, y Jo suele abusar de ello, de mantener esta licencia de pequeña locura, esa pantalla de trastorno entre ella y los otros. Ahí, delante del padre, necesita mantenerla. Era cierto que no sabía nada, quién había dejado embarazada a su hermana. Echando cuentas, tres meses atrás, no lo sabe. Es difícil saberlo, tratándose de su hermana. Ha pasado tiempo desde que se metía mano detrás de los coches de choque. Céline es guapa, pero no hay que creer que para algunos sea algo más que una puta.

—No sé nada, de verdad.

El padre suspira. De repente, Jo tiene miedo de que se rompa y se desmorone. En ese rostro moreno y agresivo, los ojos claros bordeados por unas pestañas demasiado largas que evocan la infancia. La semipenumbra de la cocina le oculta a Jo lo que no quiere ver. Prefiere las manos, en el culo o en la garganta, da igual. Pero no quiere verlo llorar. El reloj hace tictac, los segundos que giran con ese imbécil de Mickey en medio; cuenta hasta doce antes de levantarse. Abre la nevera y coge dos botellines, coloca uno delante del padre. Este levanta un ojo a modo de agradecimiento, lo abre con el mechero. Como tiende la mano hacia su hija, ella lo deja hacer. Y luego se retira, con la segunda cerveza y un cigarro que le ha quitado de su paquete. Sabe que él ha levantado la cabeza, que la ha visto cruzar la cortina de tiras de plástico. Siente su mirada entre los omóplatos y en el culo.

—¿Dónde vas?

Pero no es amenazador, solo es una pregunta.

Ella se encoje de hombros sin responder y enciende el cigarro. El césped del jardín, ya amarillento por el verano, cruje lleno de bichillos. El botellín todavía está fresco en su mano, pero no durará mucho.

—Ahora vuelvo.

Y huye en la garriga, busca un rincón de sombra para escapar de las preguntas y beberse su cerveza en solitario.

OceanofPDF.com

Balance

En el silencio de la cocina, el padre bebe su cerveza, con la cabeza agachada. A esa la seguirán otras, la noche apenas acaba de comenzar y hay mucho que olvidar. Por ahora, todo está demasiado claro en su cabeza, claro y asqueroso como su preciosa niña con las piernas abiertas bajo el cuerpo de un gilipollas. Sin embargo, sabe que hoy en día a los dieciséis años ya no se es virgen. O es raro. Con la edad de su hija ya lo sabía y, de hecho, la madre no era mucho mayor. Siempre había vanidosas que protegían su virtud como si valieran más que el resto, o las que eran muy feas, o las bolleras. Pero Céline tenía que haberlo sabido a la fuerza. Salvo que no, mierda, es su niña. Su primogénita, su tesoro, su orgullo. Fue él mismo quien la llevó al joyero, tendría unos dos años, para hacerle los agujeros de las orejas. Unos pendientes dorados minúsculos para hacerla aún más bella. Sin duda no siempre era fácil y a menudo sonaban bofetadas en la casa, tal vez no debería haberle dado tantas.

Incluso por la mañana, en la obra, ha estado tenso. Se ha cabreado con dos tipos del equipo, por nada, una tontería por culpa de la hormigonera. Se acabarán enterando. Ya no es posible abortar al crío, esa idiota ha esperado demasiado. Ya está, ahora es una idiota, una fulana como dice la madre, y tiene razón. Sí, él tendría que haber sido más firme, las bofetadas no son suficientes, nunca son suficientes con las mujeres. Bien puede decir «mujer», ahora que lo es y que lo va a lamentar. Patrick lo ha entendido, claro. Y hoy se lo ha visto en la cara, con la mandíbula apretada para cerrar la boca, el mentón hosco. Cuando se ha enfadado con los otros dos

albañiles, ha sido Patrick quien ha calmado las cosas, él que no tiene pelos en la lengua la mayoría de las veces.

Manuel ha cogido otra cerveza. Suda. Tendría que darse una ducha, despedirse del sudor y de las salpicaduras de cemento, pero no lo hace, no tiene ganas de sentirse nuevo y limpio. Prefiere quedarse con su jugo, su mugre, darle vueltas a todo y enfadarse. Es esa hora en la que ni él mismo sabe hacia qué lado se inclinará la báscula: violento o llorón, depende.

Quince y dieciséis años, sus hijas. Sus hijas. Mierda, anteaer él tenía su edad. Entonces se pone a pensar en su padre, de repente, y no es un buen presagio. También en su abuelo, por supuesto. En el crío que fue, en los viejos resentimientos. Siempre pasa lo mismo con la bebida: uno cree que se aleja, pero vuelve al centro con más fuerza aún, siempre. España recupera sus derechos en medio de la cocina, a pesar de que a él nunca le ha importado un comino. Se levanta, se queda inmóvil unos segundos delante de la nevera abierta para estar más fresco, coge otra cerveza.

Le importaba un comino, España y esa guerra de la que le hablaban sin parar. Habría preferido que aquello jamás hubiera existido. Además, nunca había querido aprender el idioma, aquello ponía furioso a su padre. Pero, joder, estaba hasta las narices de esa condición que arrastraban como si fuera gloriosa: los magníficos vencidos, vivir con la historia delante de sus narices. Estaba harto del abuelo y de su sueño liberal agonizando bajo las balas franquistas. Las historias de los refugiados en el campo de Argelès. ¡Mierda! A todo el mundo le importaba un comino la guerra de España, a él el primero. Los demás se ligaban a las chicas en sus *scooters* brillantes, hasta a Patrick le regalaron una cuando cumplió catorce años. Y él había tenido que arreglar la moto de su padre, un trasto. Odiaba, en su voz, los restos del acento español que, a pesar de Francia, seguían tirando del final de sus frases hacia un canto familiar. Y los cánticos de lucha henchidos al volver de las manifestaciones. Estaba harto de ser nieto de extranjero y

pobre. Y de tener que estar orgulloso. Era eso, sobre todo, lo que lo volvía loco.

En el baile del Catorce de Julio, en Fontaine-de-Vaucluse, consiguió ligarse a Séverine. Y había sabido conservarla, lo que había sido aún más duro. Tenía dieciocho años. Dieciocho años y su primera paga de aprendiz en el bolsillo. El pelo hábilmente despeinado con gomina —todavía no se afeitaba la cabeza— y los brazos morenos ya del sol de las obras. Exit l’Espagne, el sindicato del padre, el asqueroso apartamento a las afueras de Cavaillon. Exit el nieto de refugiado. Séverine le tendía sus labios y sus pechos se aplastaban con dulzura contra su torso mientras los Scorpions chillaban *I’m still loving you*. Él también se llevaría su parte del pastel.

Manuel levanta la cabeza y dirige la mirada hacia las paredes. Sus paredes. Endeudado hasta las cejas, pero propietario de su casa de cartón piedra, su casa de enlucido rosa en el bloque de viviendas sociales que construyó un alcalde un tanto socialista en los años ochenta. Le debe tanto dinero aún a su suegro que en realidad es como si no fuera suya. Más bien es como si fuera de su mujer, la casa. Cuando lo piensa demasiado, tiene la sensación de que le han cortado los huevos con una guadaña. Y ahora su hija, como si él fuera incapaz de vigilarla. En el gran juego de la vida, él tampoco ha escrito las reglas. El problema es que creía que sí.

Las ramas de la paulonia

En el salón árabe, sobre los bancos alineados a lo largo de la pared, Céline está tumbada como una estatua yacente. Kadija le habla con dulzura, le ofrece té. Pero para tomarlo tendría que enderezarse.

—¿Y tu madre qué dice?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada de nada. Solo quiere saber quién ha sido.

—¿Y tu padre?

Céline baja los ojos, no le gusta hablar de su padre; le da miedo desde que se ha enterado.

—Ya no me habla. Hace como si no existiera y de repente me mira como si nunca me hubiera visto, como si no fuera yo. Jo es la única que no me juzga. Y, aun así, a saber qué piensa esa...

La madre de Saïd le acaricia el pelo a Céline. Hunde sus dedos morenos y secos en la espesa melena, le irrita el cuello cabelludo. Niega con la cabeza chasqueando la lengua.

—Es normal, yo también lo quiero saber.

—¿A qué hora vuelve Saïd?

Con el silencio de Kadija, Céline se escapa de las caricias y se endereza despacio, con las manos bien apoyadas en la funda de plástico del asiento. La mira a los ojos y esboza una sonrisa.

—No es Saïd, te lo juro.

—Eso sí que es una buena noticia.

Céline frunce el ceño como una niña.

—¿Eso qué quiere decir?

—Mi hijo necesita una chica seria.

—¿No me respetas?

Kadija manosea la tetera, la abre para aplastar con la cuchara las hojas que se encuentran al fondo.

—Escucha, Céline, te veo todos los días desde hace dieciséis años, trabajo para tu abuelo y juegas con mi hijo desde el parvulario: eres como mi propia hija...

Se detiene ahí, el «pero» flota entre ellas, sólido e inapelable. Céline piensa en Sonia, que se cambia de ropa en el autobús para ir al instituto, se cambia las sudaderas del Decathlon por tops sin tirantes y le dan ganas de delatarla. Le arde la boca por escupir hipocresía, se le pasa en dos minutos. Puede que a Kadija el velo no le cubra el pelo, pero sí le cubre los ojos y es muy denso. Céline se muerde el labio.

—De todos modos, Saïd pasa de mí y, verás, no es mi tipo.

Kadija suspira, evalúa los golpes en el rostro de Céline.

—Se va solucionar. A fin de cuentas, siempre se soluciona.

—¿Hablas de mi cuerpo o de mi vida?

La mujer tiene una risa de terciopelo, cálida y llena de dientes.

—De las dos cosas, mi niña.

Céline hace una mueca, se toca el puente de la nariz con la punta de los dedos. Todas las mañanas hace lo mismo para seguir siendo guapa: base, colorete, la raya del ojo, rímel en las pestañas.

—¿Crees que después seré tan guapa?

—¿Después de qué?

—Cuando se me cure la nariz. Espero que no se me quede torcida.

Kadija acaricia con los ojos el vientre de Céline.

—¿Y el resto? ¿Todo bien?

Céline frunce las cejas. Tarda varios segundos en entenderlo. Baja los ojos hacia su vientre y los levanta hacia el cielo: es excesivo. Un juego de gestos, una comedia permanente.

—¿Sabes que me cuesta abrocharme los vaqueros? Se me va a quedar un culazo enorme si esto sigue así.

Kadija mira cómo Céline se retuerce para verse el culo, se cruza de piernas y vuelve a sonreír.

—Deberías volver a casa, Céline. Le diré a Saïd que se pase a veros si quieres.

—Pero...

—Los niños están al caer, tengo que ocuparme de ellos.

A Céline la pone de mal humor que la echen, aunque sea con dulzura. Lleva varias semanas arrastrando su culo y sus moretones al salón de los vecinos después de clase. Quizá en parte para molestar a su padre, ya que no le gustan los árabes. Pero una cosa es segura: siempre vuelve a su casa de mala gana. Su casa apesta a reproche y vergüenza. Sin tener en cuenta que siempre llueven los sopapos del padre. Rompió una barrera con la primera paliza. Si no la mató a puñetazos, no puede hacerle mucho mal que su mano abierta le cruce la cara. Y cuando sus compañeros van a tomar una copa a casa, Céline se mete en su habitación. Para no enseñar sus muslos de cortesana, su garganta líquida, su tripa casi redonda ante la espera. Al padre no le gusta.

—No te entretengas, venga —escupe cada vez—. Seguro que tienes algo que hacer en tu habitación, no me avergüences.

El padre nunca ha sido fácil, pero esto es otro nivel. Parece que Céline lo ha hecho solo para cabrearlo. Ha envejecido diez años, hosco como un perro, la ceja baja sobre una mirada amenazante. Cuando llega a casa después de que Kadija la haya echado y se lo encuentra rajando con Patrick, se esconde detrás de su pelo, mete tripa y se va directa hacia el piso de arriba. Ambos se callan mientras la siguen con los ojos. En medio de la

escalera, se detiene, mira fijamente a Patrick por un instante antes de romper el silencio con una voz tensa:

—Saïd va a pasarse dentro de un rato.

Y sigue subiendo para encerrarse en su habitación. Los auriculares en las orejas, música al máximo, se aferra a su edredón como quien se abraza a un cuerpo o a un chupete. Céline se balancea un poco, con los ojos en la luz. Todavía hace un calor de muerte. Tendría que haber cerrado las persianas durante el día para conservar un poco de frescor, pero esta mañana se le ha olvidado hacerlo. La paulonia extiende sus ramas hasta la altura de la ventana. Céline observa las hojas púrpuras, podridas ya, pegadas a la madera. Se marea un poco. Se imagina que abajo hablan de ella. Quizá la consideren una puta. Entonces sube el volumen, se levanta para bailar delante del espejo. Se balancea despacio: de frente tiene un pase, pero de perfil ya está jodida, su bulto habitado transforma su silueta. No llorará.

Abajo, Patrick niega con la cabeza. No mira a su amigo, sin duda para que no se sienta mal, pero, de hecho, es peor. Se centra en su cerveza, sus manos de dedos callosos, el sofá amarillo limón, las patas de la mesa, el cenicero de porcelana, la foto sobre el aparador, en la que posa con su amigo al volver de una obra con Céline en brazos, con cuatro años y medio y una gorra demasiado grande para su cabecita. Entrecierra los ojos, suspira para ponerle algo de sonido al silencio pegajoso, aprieta los puños por si acaso y se golpea los muslos, como si fuera a rompérselos allí mismo.

—¿Quién es Saïd?

—El vecino. Un amigo de la infancia. Olvídalo, no puede ser él.

—Ah, ¿no? ¿Cómo puedes estar seguro?

—Es mi hija.

El padre, arrebatado de orgullo, pero tampoco hay que pasarse.

—No puedes fiarte de un moro.

—Solo he dicho que no es él.

—¿Te vas a quedar aquí sentado hasta que eche al crío para ver a quién se le parece?

El padre se endereza; tiene los ojos rojos. La falta de sueño y el enfado.

—Tienes razón, de hecho, no sé nada.

El veneno surte efecto, se hace con los principales pensamientos de su cabeza. Lo ensucia todo y a todo el mundo, pegajoso como las hojas gigantes de la paulonia. Manuel tiene visiones de rostros aplastados bajo sus puños, incluso escucha el ruido de los cartílagos al romperse contra sus dedos. Pero los rostros están difusos, son muchos y no tienen nombre. Le entran ganas de pelearse: todo el tiempo, con todo el mundo.

Hace dos días que trabajan en una nueva obra. Reformas en una villa, entre Gordes y Bonnieux: ampliación de la casa y de la piscina, cocina de verano, estanque y habitaciones para los amigos. El lujo banal de una región plagada de enclaves paradisiacos, donde hay tantas piscinas privadas como cigalas. Todo de piedra vista, por supuesto. Porque tienen buen gusto, evidentemente. La propietaria les ha explicado que no quiere que lleve demasiado tiempo, casa a su hija en agosto y, ya saben, va a haber mucha gente. Con una risilla cristalina, vuelve a entrar en la casa, ocho miradas elocuentes siguen su culo. No saben cómo está la hija, pero la madre bien la quisieran para ellos. «Putas de lujo», ha soltado Manuel entre dientes.

Eso no pasaba. No, eso no pasaba. Pelearse. Todo el tiempo, con todo el mundo.

Ese es el momento que elige Saïd para llamar con los nudillos en el marco de la puerta abierta. Dice:

—Soy yo, vengo a ver a Céline y a Jo.

Cruza la cortina de plástico, les sonríe a los dos hombres que están sentados a la mesa. Una lámina roja se le engancha en el pelo. Se queda inmóvil bajo la mirada doble de los albañiles, su silencio de matones.

—Lárgate —gruñe el padre—. Céline no está.

—Y ¿qué quieres de ella? —insiste Patrick.

Saïd se queda helado, su sonrisa se convierte en una mueca. Tiene dieciocho años y es orgulloso como un pavo, pero su instinto le dice que el terreno está en su contra. No insiste.

—Volveré más tarde.

—Ni te molestes. No quiero volver a verte pululando alrededor de mi hija, ¿entiendes?

El joven recula, a pesar de que los otros dos no se han movido de la silla. Se va sin responder, aunque el padre de Céline vuelve a gritar para que se lo escuche hasta en la calle:

—¿Lo has entendido, mocoso? ¿Lo has entendido bien? ¡Si te vuelvo a ver aquí, te mato!

Pelearse. Todo el tiempo, con todo el mundo.

OceanofPDF.com

Piscinas

Siempre lo han hecho. Al menos desde que tienen edad para salir de casa sin hacer ruido. Se lanzan hacia la garriga como salvajes. A nadie se le ha ocurrido impedírselo, ya que nadie lo sabe en realidad. Cuando cae la noche, al inicio de la ola de calor propia de cada verano, Jo y Céline se cuelan a hurtadillas en las bellas propiedades aún vacías para disfrutar de las piscinas. Más que una costumbre, se ha convertido en un ritual que marca el principio de la temporada. Vaucluse está lleno de villas en las que solo vive gente una vez al año y todas tienen piscinas, limpias e iluminadas desde el mes de junio.

Por eso, cuando Jo ha cogido dos toallas de playa y ha sacado a su hermana de la cama, no ha hecho falta que se dijeran nada. Siempre han compartido el mismo cuarto, la casa era demasiado pequeña para que cada una tuviera su propia habitación. Incluso cuando sus diferencias se volvieron innegables, exudando pruebas de ello hasta en los pósteres que pegaban en las paredes, tuvieron que adaptarse. A menudo se declaraban su amor a bofetadas. Y la intimidad es una noción que aprendieron entre dos.

Se deslizan sin hacer ruido por la cornisa de la ventana y se sumergen en la noche, por la tapia, a la izquierda, galopando sin reírse hasta la salida de la urbanización; una vez en el camino, estallan en carcajadas. Este verano será diferente al resto, lo saben: una amenaza en el denso aire que ya arde. Les da igual esa sensación en la boca del estómago, y siguen actuando como si nada, como si el verano fuera a mantener sus promesas.

En el Camino de las Damas, dejan de reírse, escuchan el crujido de las hierbas secas bajo sus pies. Para el primer baño del verano, han elegido una villa que conocen desde hace mucho: la de una actriz estadounidense venida a menos que solo aparece por allí dos veces al año para ponerse morena con un amante. Hay menos vigilancia que en las residencias de los políticos. A veces eso las divierte, engañar a los vigilantes, jugar al gato y al ratón con los jardineros somnolientos con gafas de culo de vaso y *walkie-talkies*. Que las echen, insultar al mundo entero y huir medio desnudas con las chancas en la mano, corriendo por senderos. Contarse después lo que ha pasado y reírse del jeto del hombrecillo, pasmado por haberse encontrado a dos chicas haciendo el pino en la piscina que se suponía que tendría que estar lisa y limpia hasta que llegaran los propietarios. Tienen recuerdos divertidísimos. Pero esta noche no les apetece hacer esas cosas. Esta noche celebran la llegada del verano y el principio de los problemas, celebran el fin de algo sin saber muy bien ponerle palabras. No vale la pena que les den escalofríos.

Al trepar por la valla, Jo se araña la cintura, se pone a lloriquear al caer sobre el otro lado. Sentada en la hierba y a oscuras, busca a ciegas el desgarrón que se ha hecho en los pantalones cortos. Céline está cerca, lo sabe por el chirrido de las hojas, por su risa ahogada.

—¿Tú eres idiota o qué? No es gracioso, estoy sangrando.

Silencian el cántico de las ranas, aglutinadas en las cuencas de piedra. Jo se vuelve a levantar, olvidando los arañazos del metal y sus pantalones descosidos. La finca es grande, cien metros que se deslizan entre pequeños robles trueros hasta el bello azul que no se agita. Avanzan en terreno conocido, aunque haya pasado mucho tiempo. Al principio sus pies crujen al pisar y después la suavidad del césped las sorprende. Aquí los aspersores hacen que la hierba sea más verde; la sienten, esponjosa bajo sus sandalias. Entonces se descalzan para sentir el camino, tierra y hierba bajo la planta de los pies descalzos.

Ya han llegado: su reflejo, una sombra recortada que se mueve sobre las paredes de la villa y esa impresión de frescor que emana de la piscina, aunque todavía no se hayan metido. Familiar y excitante al mismo tiempo. Se quitan la ropa y saltan al unísono, lanzando una gran cantidad de agua sobre los bordes de piedra. Jo es la primera que emerge, cae de espaldas y se deja llevar por el agua. Céline atraviesa todo el largo de la piscina buceando, sale a coger aire al otro lado y se apoya en el borde. Antes jugaban a hacer como que estaban en su casa, a ser princesas o jóvenes estrellas, hablaban de millones y de proyectos locos, del club de hípica y de viajes con un acento aristócrata. Dejaron de divertirse porque Jo ya no quiso hacerlo más. Es cierto que sueña con marcharse. No necesariamente para tener una vida de princesa, sino solo para escapar de esta. En las piscinas de los burgueses, se siente clandestina e indeseada, pero esto siempre ha tenido el encanto de lo prohibido, a falta de otra cosa.

Céline se reúne con su hermana con dos fuertes brazadas.

—¿Qué hacemos este verano?

—No lo sé. Me gustaría ganar algo de pasta.

—Saïd recoge manzanas en casa de los abuelos.

—Sí. A mí también me gustaría currar.

—¿Tú?

—Pues sí, yo. ¿Eres idiota o qué?

—¿Qué piensas hacer?

—La prima de Patrick me ha hablado del bar de una asociación, en Aviñón. Abre durante el festival.

Jo se sumerge. Oye a Céline, la risa de su hermana y sonidos que se expanden como un eco, pero sin entender las palabras. Se queda ahí un rato, con la cabeza sumida en el agua.

El juego empezó hace mucho; un juego secreto que nadie conocía, ni siquiera su hermana: jugar a ahogarse. Hacer como que se muere. Se queda bajo el agua el mayor tiempo posible, hasta que siente que el corazón le late

tan rápido y tan fuerte que tiene la sensación de que está a punto de explotar. Entonces, mueve la cabeza en todas direcciones y se convierte en algo raro: doloroso y agradable al mismo tiempo. Al final, al final del todo —o lo que ella imagina que es el final—, sale para volver a coger aire, exultante ante la idea de haber estado a punto de morir, de que domina aquello, esa cosa indescriptible. La primera bocanada de aire es extraordinaria, placentera. La sangre late con furia en su cuerpo como si fuera a romperle las venas, nota los golpes en la sien, en la garganta, contra su vulva de repente henchida como por el deseo. Le encanta esa sensación. Sí, más viva que de costumbre.

Vuelve a subir a la superficie, sin aliento. No ha jugado hasta el final, no está sola.

—¿Qué has... dicho?

—He dicho que no tienes suficiente estilo para ser camarera.

—Es el bar de una asociación, no una discoteca.

—¿Cuál es la diferencia?

—Allí van artistas, cómicos, músicos. La gente que frecuenta el teatro.

—De todos modos, no tienes edad. Y, además, ¿la prima de Patrick te ha visto los ojos?

—Putas.

—¿Sabe que los clientes van a hacer como si no te vieran?

—Cierra el pico.

—Deberías trabajar en el campo, con el abuelo: los jornaleros son tan feos que no se darían cuenta de que eres rara.

—Puede que sea rara, pero al menos no me tiro a todo lo que se mueve. Y si echo un polvo, me pongo condón.

—Tú sí que eres puta.

Céline se lanza sobre su hermana, con los brazos por delante, apoyando todo su peso sobre la cabeza. Jo duda, risueña. Antes de sumergirse, agarra a Céline por la cintura y la arrastra bajo el agua con ella. Se hunden juntas. Sus talones golpean el suelo y vuelven a subir como una flecha, sueltas, cogen aire escupiendo.

—¿A mí sí vas a decirme con quién te has acostado esta vez? ¿Quién te lo ha hecho?

Al extender el labio inferior en una carcajada, Céline traga una bocanada de agua con cloro sin quererlo.

—Da igual.

—¿Y eso?

—Da igual saber quién es. Ni siquiera a mí me importa.

—¡Ni siquiera tú sabes quién es!

—Sí lo sé.

—Estás fatal.

—Sé muy bien quién es.

El inicio de un ataque de risa se apodera de Jo.

—Joder, Céline...

Las dos estallan en carcajadas de repente, carcajadas que resuenan contra las paredes de piedra de la villa. El cabello pegado al cráneo, el rostro húmedo, la boca abierta sobre esa risa rugiente que se hincha en la noche. A Céline se le ha corrido el rímel por debajo de los ojos. Su tripa y sus pechos están cómodos con el revuelo. Y el color turquesa de la piscina les ofrece un estallido de ahogadillas magníficas.

No deben tardar mucho en volver, mañana tienen instituto.

OceanofPDF.com

Pueblocito

Sentada en la terraza del Café de France, Séverine espera. Está febril y eso la molesta, tiene que venir Charlotte, solo Charlotte, no hace falta apretar las llaves hasta aplastar el conejo blanco que pende de la anilla. No hay ninguna razón para comprobar su pelo en el reflejo ni para fumarse cuatro cigarrillos y acabar aplastándolos medio consumidos. Por suerte, el camarero del bar no le quita ojo con una sonrisa, lo cual le gusta, ya no tiene veinte años, hay apreciar lo que a una le dan.

Séverine tuvo sus momentos de gloria hace veinte años, ¡veinte años! Con su amiga Sabrina, en Privilège, la única discoteca de la región, sabían qué hacer. Era tan fácil..., tenían el mundo entero a su alcance. Ellas existían en carne y electricidad, jugando a ser inaccesibles. Aunque de todos modos no habría hecho falta gran cosa para conseguir las. Un poco de dulzura y cumplidos, interés quizá.

Lo que hacía, con Sabrina, era bailar pegadas, la una contra la otra. Clásico pero eficaz como el principio de una película porno. El pelo en la cara, los hombros descubiertos, se movían bajo las luces todos los domingos por la tarde. Los padres de Séverine la dejaban hacer. Necesitaba que se le pasara la juventud. Su madre a veces se preocupaba por el camino que tenía que recorrer de noche: de la granja a la discoteca, una zona industrial cerca de Aviñón, había una treintena de kilómetros. Comprobaba el estado del conductor antes de dejar que Séverine se fuera, pero a la ida el conductor nunca está borracho. Se presentaba en la granja, apestando a gel o a colonia, con unos dientes y unos gemelos brillantes, la boca llena de

educados «Buenas noches, señora». Dejaba que su hija se fuera. Su marido se mantenía alejado, como si aquello no le afectara. A veces, brutal y arbitrario, mandaba a Séverine que se cambiara, la veía demasiado seductora. Pero, la mayoría de las veces, tenía otra cosa que hacer cuando ella se iba: cajas de manzanas que había que volver a contar, un obrero al que echarle la bronca, arreglar la sulfatadora.

Pero siempre se contaban historias. David y su primo Jérémy tuvieron una noche un accidente en el cruce que hay entre la entrada de la autovía a Marsella y la rampa de Cavaillon. El coche, que había chocado contra el quitamiedos, terminó su trayecto en una orilla del Ródano. Los bomberos tardaron horas en sacarlo de allí. David, después de seis meses en coma, se despertó en estado vegetal. Hace veinte años que babea, con la boca torcida, se caga encima sin pestañear. Al principio, su madre lo paseaba en una silla de ruedas, pero él soltaba unos chillidos desgarradores, así que dejó de hacerlo. Lo aparca delante de la tele, él lanza gruñidos húmedos por la excitación ante ciertas emisiones. Los primeros años, Jérémy iba a verlo con frecuencia. Él había tenido más suerte: algunas fracturas, pero se había recuperado. Se sentaba cerca de él, se echaba un cigarro mientras le hablaba un poco, no mucho: novedades estúpidas, quién se había tirado a quién, una película graciosa. Los chistes caían como algo flácido a los pies del primo, pies torcidos hacia el interior y calzados con unas deportivas nuevas que siempre se quedaban así. Había dejado de ir por su tía, que no soportaba verlo. Su mirada llena de reproche y sufrimiento lo volvía loco; era él quien conducía, borracho como una cuba. En el fondo, le había aliviado no estar obligado a ir. Séverine se acuerda de que después de aquello se fue a trabajar a Marsella. No lo ha vuelto a ver. Aunque lo quería mucho. No tanto como a David, pero era simpático.

Cuando los chicos venían a buscar a Séverine —los que tenían edad para conducir un coche—, bajaban el volumen del equipo de música al principio del camino que lleva a la propiedad. También disminuían la velocidad.

Hacían que se callara la excitación, las ganas de gritar a pleno pulmón que esa noche era su oportunidad de intentarlo y llevarse el premio gordo: ligarse a Séverine o a Sabrina. Desnudar a una de las dos en el asiento de atrás del coche. Al imaginarse cosas, se volvían locos con una euforia bárbara y aullaban como zorros en el habitáculo saturado de humo. Se ponían de acuerdo de antemano entre ellos, «con cuál te quedas tú», como si se encontraran en posición de decidir lo que fuera. Al ver la casa, estaban obligados a calmarse. Volvían a ser el hijo de, adolescentes arrepentidos pidiendo permiso. A veces, uno de los dos conseguía su objetivo. Y el feliz elegido hablaba de ello durante semanas o se contentaba con pasear con una de ellas abrazada a él, con una mano apoyada en el culo, como símbolo de propiedad.

Y también estaba Charlotte, que se juntaba con Séverine y Sabrina. El trío del infierno. Los chicos le tenían miedo a Charlotte, demasiado dura, había llegado en plena adolescencia. Al principio no era de la zona y ellos sentían que sus códigos se le escapaban a veces. Con ella, eran menos señores, se sentían provincianos. Como los padres de Charlotte no eran muy permisivos, tenía que escaparse a escondidas para quedar con sus amigas. También era más feroz y, aunque los chicos se la imaginaban desnuda en sus brazos de buena gana, tentaban menos a la suerte. Las tres eran inseparables, se fumaban los pitillos con un aire de glamur en medio de la pista de baile o al salir del instituto, riéndose de todo, burlonas como hienas. Después, Charlotte se fue a estudiar a Aix. Aquello lo cambió todo.

—¿Llevas mucho esperando?

—No, no mucho.

Charlotte le da tres besos a su vieja amiga y se deja caer sobre la silla suspirando. Las gafas de sol le ocultan el rostro, pero cuando se las quita, su maquillaje está perfecto. Ni demasiado ni poco, el buen gusto. Por esos detalles la odia Séverine. Zorra. «Zorra perfecta.»

—Estás estupenda.

—Calla, parezco un vampiro. Por suerte me quedo en casa de mis padres unos días, eso me va a rejuvenecer.

Qué será lo que la rejuvenecerá, se pregunta Séverine. Aparte del verdor del río Sorgue y el mercadillo petado de turistas el domingo, no ve ninguna razón. Es su propia vida la que no es un lugar de relajación zen. Rejuvenecer, dice, que le den por el culo. Y hablando de culo, el de Charlotte sigue estando tan firme y popular como siempre, el camarero no se equivoca, se planta en su mesa, afable.

—¿Qué les pongo, chicas?

—Vino blanco. Dos copas de vino blanco —pide Charlotte.

Séverine traga saliva, juzgando su propio silencio y qué se le va a hacer, en el fondo le da igual, siempre ha sido así, ¿por qué tendría que cambiar?

Charlotte decide, Charlotte impone, con esa naturaleza que no deja lugar para la ofensa, el combate. Ha ganado de antemano. Antes casi siempre era así, pero desde que se fue, es peor. Se podría haber creído que había perdido algo, puntos de referencia o la ventaja, pero sucedió lo contrario. Ella ha avanzado y las otras dos se han quedado aquí, bloqueadas en el botón de *repeat* como el fragmento de la Tarántula. Cuando Charlotte vuelve, siempre lo hace como una turista, de paso. Siempre más o menos soltera. Vivió un tiempo con uno de sus profesores de la universidad y después ha habido otros, pero no se han quedado mucho.

Séverine escucha a Charlotte contar su último idilio, un tipo al que conoció en un café concierto y que baila como un dios. Aquí los hombres no bailan. Se quedan pegados a la barra y eso es todo. O, si bailan, es solo para restregarse contra una mujer, no por la alegría del movimiento, el placer solitario del cuerpo dando vueltas. Eso es cosa de chicas. Mientras bebe su copa de vino blanco a pequeños sorbos, Charlotte mueve los ojos y los pone en blanco, recupera sus gestos de adolescente. Acaba preguntando por las novedades, a pesar de todo. Séverine fuerza la voz, la risa, insistiendo en su felicidad familiar. Habla de su trabajo, un poco de las

niñas. Aunque duda al hablar de Céline. Y Charlotte fija de repente sus preciosos ojos con maquillaje perfecto en los de Séverine, y los cierra ligeramente adelantando el pecho como cuando era joven e iba a anunciar una verdad o una confidencia. Despacio, con un gesto casi estudiado, mueve la cabeza con delicadeza y se alborota el flequillo con la punta de los dedos.

—No sé cómo lo haces: dos crías adolescentes, el mismo tío desde hace veinte años. Yo no podría, sinceramente.

Algo se mueve en el interior de Séverine, una ola. Sin perder su resplandeciente sonrisa de mentira, pero con la voz temblando ligeramente con la risa en la garganta, le explica a esa zorra que le encanta su vida, que no la cambiaría por nada del mundo.

—Y Manuel —concluye con una sonrisilla cómplice— sigue estando tan fogoso como al principio.

Charlotte niega con la cabeza. Ciega —¿o no? — a la maldad de su asociación de ideas, y añade:

—¿Y de Sabrina no sabes nada?

Sabrina, la última pieza del trío de chicas imponentes que llevaban la voz cantante en 1992, vegeta actualmente en una vivienda social de Monclar. A dos velas, con tres críos y tres tíos que hicieron bomba de humo, no tuvo más remedio que aceptar el realojamiento doméstico que se le impuso. Charlotte sabe bien que Sabrina se pasa la mayor parte del tiempo escribiendo a las administraciones cartas de reclamación, insultos, cartas llenas de locuras y paranoias. Que los servicios sociales se conocen su vida de memoria. Que sus preciosas curvas de adolescente, que les abrían el apetito a los tíos, se transformaron hace mucho en grasa blanda y que ya ningún hombre tiene ganas de desnudarla en el asiento trasero de un coche ni en ninguna otra parte.

—Está bien.

—¿Seguís quedando?

—Vive demasiado lejos. Con el trabajo y todo... Nos vemos menos. Ya nada, de hecho.

Charlotte se anima de repente, un mohín infantil en su rostro perfecto.

—¿Te acuerdas de cuando su padre pilló a Thierry después de la fiesta en casa de Fred?

Séverine le arranca la cabeza al conejo de su llavero. Se sujetaba por un par de hilos. Ahora yace en medio de la mesa como un trofeo sangrante.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto? ¿De verdad?

—Me ha gustado verte.

Se abrazan como antes, se besan haciendo ruido y Charlotte se queda en la terraza, con su libro y sus grandes gafas de sol, como una parisina.

Séverine se aleja caminando despacio, se queda parada sobre las baldosas detrás de alguien que va más despacio, acelera, maldice, vuelve a acelerar. Aprieta su bolso contra sí. Se repite que no volverá a quedar con Charlotte. Pasa por delante de la tienda de ropa que suele encantarle, pero que ahora mismo odia. Toda la colección le parece cursi de repente. La vendedora le hace un gesto, pero Séverine es incapaz de responder a su saludo. Le habría gustado vivir en una ciudad grande donde nadie conoce a nadie, una ciudad inmensa donde ninguna vendedora se acordaría de su nombre, donde nadie sabría que a los treinta y cuatro años va a ser abuela. Una ciudad que no fuera un pueblo.

En el aparcamiento, el pecho se le levanta con demasiada fuerza debido a su respiración acelerada. A su pesar, emite sonidos roncacos, como un cachorro al que azotan. Se le caen las llaves. Agachada, apoya una mano en el alquitrán, con la palma abierta, coge una gran bocanada de aire. Con la mano derecha, toquetea el pequeño delfín que lleva al cuello. Al fin se fija en el cuerpo del conejo y en las llaves, las recoge con rabia.

Una ciudad gigantesca en la que no hubiera crecido. Una ciudad en la que no hubiera tenido jamás ni doce ni dieciséis ni veinte años. Una ciudad

en la que no hubiera marcado cada banco, cada pared con su insolente juventud. Cuando se coloca delante del volante del coche, Séverine no arranca enseguida. Acaricia un buen rato la tripa del conejo decapitado para tranquilizarse.

OceanofPDF.com

Partage des Eaux

Saïd ha dejado el coche en el aparcamiento del paraje natural Partage des Eaux. Apoyado contra la puerta delantera, se limpia las manos en los muslos, una vez, dos veces, otra vez. Le sudan. No es que tenga miedo, pero aun así le sudan. Observa el molino de hierro, que parece esponjoso a causa de las algas y el moho, girar en el río, hundirse despacio a contracorriente y volver a surgir repleto de agua. Mira la hora en su teléfono móvil. Se lo guarda febril en el bolsillo trasero de los vaqueros. Tiene los ojos medio cerrados debido a la luz matinal, que ya es demasiado cruda, el estómago le da un vuelco cada vez que un coche se mete en la arena. Cuando el de Manuel aparece en el aparcamiento, Saïd se tensa sin ponerse nervioso. De todos modos, está ahí por eso. El aparcamiento todavía no está petado: es domingo, el día de mercado y mercadillo de segunda mano en L'Isle-sur-la-Sorgue. Todo el mundo va al centro de la ciudad o a las afueras. Aquí todavía hay tranquilidad, los parisinos vendrán más tarde a entretenerse a orillas del agua, tomarse una copa y comparar los hallazgos que han encontrado a precio de oro. A Saïd le tiemblan las manos. Las desliza en los bolsillos. Los patos parecen tomarle el pelo: hay una decena que se burla de él tambaleándose, le dan ganas de lanzarles piedras. Manuel aparca torcido delante de la berlina, apaga el motor. En lo que tarda en bajarse de la camioneta, Saïd se ha puesto las gafas de sol y ha avanzado un poco. Se quedan el uno frente al otro, a una distancia respetable. Son igual de altos, pero Manuel parece un armario empotrado y Saïd es delgado como

un fideo. Es él quien toma la iniciativa: es más fácil provocar que afrontar el silencio.

—¿Tienes algo para mí?

Manuel murmura unas palabras casi inaudibles, pero señala la parte trasera de la camioneta con un movimiento del brazo. Saïd se relaja. Se acerca al vehículo, deja que el albañil levante la lona despacio.

—La mercancía —anuncia Manuel.

Saïd la registra, coge una lámpara. Cuero y piel, tiene lo que hace falta para impresionar a un estadounidense.

—Esta me la llevo.

Continúa, ahora está más seguro de sí mismo. El ritual no ha cambiado, a pesar de los insultos del otro día. Se concentra para clasificar ese montón de mierda sin valor. Los anticuarios tienen buen ojo y él, de frecuentarlos tanto, le ha pillado el truco a encontrar trastos que se venderán a precios indecentes al primer turista parisino o extranjero. Aparta una alfombra que se cae a pedazos, levanta un poco más la lona y descubre parte de una cómoda secreter. Se le escapa un silbido.

—No está mal...

—¿Y la alfombra?

—¿Estás de coña? Está destrozada y, además, ese tipo de cosas no valen nada.

—Joder, me he visto negro para traerla, mide cinco metros por tres.

—Vaya, pero no vale una mierda. En cambio, el secreter me lo llevo. La lámpara también. Espera, miro el resto.

Saïd recupera algunas cajas de *art déco*, un cuenco esmaltado con bordes azules. Los guarda en el maletero de su coche. Manuel no hace ningún movimiento para ayudarlo.

—¿Cuánto? —pregunta.

El joven vuelve a la berlina, recupera la lámpara y la deja con el resto de las cosas en su maletero, sin responder. Manuel coge el secreter por abajo,

tira de él para sí. El otro se da la vuelta bruscamente.

—¡Ten cuidado, es frágil!

—¿Cuánto?

Saïd se cruza de brazos. Sigue llevando puestas las gafas de sol y observa a su adversario detrás de sus cristales oscuros. Las ganas de hacer que se trague los insultos del otro día, de meterle la cabeza en la noria de metal hasta que trague tanto barro que pida clemencia llorando.

—¿De dónde viene?

—De donde siempre.

Saïd niega con la cabeza, esbozando una sonrisa de listillo.

—La lámpara y las baratijas las has robado de casa de unos viejos. O muertos. A los herederos no les importa, ni siquiera saben lo que hay en el desván de los ancestros, los dos lo sabemos. Eso va a ser fácil y a ninguno de los dos nos pillarán. Ni a ti ni a mí.

Marca una pausa ahí, para que el tú y el yo resuenen juntos con fuerza en la cabeza del albañil, para que las cosas queden claras a pesar de su espíritu nublado por la tontería del alcohol. Tú y yo en el mismo barco, si uno cae al agua...

—Sin embargo..., ¿el secreter?

—¿Qué pasa con el secreter?

—¿De dónde viene?

Manuel se ensombrece, deja el mueble bajo la lona.

—Si no lo quieres...

—No te hagas el tonto. Solo necesito conocer los riesgos.

Manuel mira a ese bastardo representar su papel, también él sopesa los riesgos, todos los riesgos. Odia esta situación.

—Los mismos que el cuadrato de la última vez.

—Bien, al menos las cosas están claras.

—¿Cuánto?

Saïd suspira, con un aire falso de cansancio. Parece reflexionar, dudar. Saca la cartera, le tiende un billete de quinientos euros. Manuel frunce las cejas.

—¿Eso es todo?

—Eh, corro un riesgo. A los anticuarios no les gusta vender objetos robados. Bueno..., se la pela si se los han robado a unos muertos, pero si se los han birlado a unos ricos que están vivitos y coleando, enseguida se vuelve más complicado.

—Y tú en medio te llevas un buen pico, ¿eh?

—Yo solo soy un intermediario, Manuel, lo sabes bien. Además, soy árabe y si hay un problema, siempre me llevaré más que cualquier otro.

Manuel se autoriza a reír, una risa sin alegría, tenso por el enfado.

—Te voy a denunciar, tienes razón.

Entre los dos sacan el secreter de la camioneta. Saïd dobla los asientos traseros de su coche, empuja el resto de los objetos para deslizar el mueble dentro sin estropearlo. Le echa por encima una vieja tela de cuadros, llena de ramitas y con olor a manzana.

Fortalecido por la transacción, henchido de orgullo por el buen trato, Saïd saca partido de la ventaja.

—Nuestros negocietes van bien, Manuel, ¿estás de acuerdo?

—Sí —murmura el otro.

—Hace seis meses que nos apañamos entre los dos y nunca ha habido movidas...

Manuel entrecierra los ojos, estira el mentón hacia el crío; espera lo que sigue.

—La próxima vez piénsatelo bien antes de insultarme.

—¿Me estás amenazando? ¡Eres un crío, Saïd! Te conozco desde que te meabas en los pañales.

—Solo te digo eso: piensa. No soy un chivato, pero no hace falta mucho para cabrearme. A lo mejor a tu amigo Patrick le interesa saber que coges

cosas de las villas. A lo mejor a él también le gustaría llevarse una parte del pastel... Solo eso, no digo nada.

—Pues entonces no digas nada. Es mejor.

El albañil se da media vuelta, se coloca delante del volante de su camioneta y arranca a toda velocidad. Una bandada de patos alza el vuelo delante de la cabina del vehículo, que acelera antes de desaparecer detrás de los sauces llorones.

Saïd se queda inmóvil un instante, con los ojos sobre la arena, un poco decepcionado porque ningún pajarraco haya acabado debajo de las ruedas.

Coge los cigarrillos de la guantera antes de cerrar la puerta del coche. Con paso rápido, se dirige hacia el río, baja tres escalones y se sienta sobre la piedra suspirando como después de haber corrido los cien metros vallas. Las ramas de los sauces se sumergen en la corriente verdosa. Se está tan tranquilo ahí... Dos brazos del río se encuentran y se unen, aceleran en una cascada más larga que profunda. En unas horas, además del goteo de parisinos, las orillas del río serán invadidas por manojos de críos con bañador y zapatillas que saltarán al río chillando. Él era de esos, no hace tanto tiempo. Con un montón de pajilleros de su mismo género y las chicas. Decenas de chicas con la piel dorada o muy morena. Esas a las que no se atrevía a ligarse en el colegio y que había perdido de vista al empezar a trabajar en el campo y traficando a diestro y siniestro. Aquí, en verano, se permitían otras cosas. Uno era fuerte e intrépido, el coraje se medía según la altura del salto, con la audacia de un chapuzón. Las chicas salían del agua chillando que estaba helada, con la piel roja, temblando de escalofríos bajo las toallas. Algunas saltaban tanto como los tíos y otras se quedaban en la orilla, heladas de frío, lanzándoles miradas entre curiosas y burlonas, evaluándolos. Por estas últimas se envalentonaban los chicos; en el fondo, no les interesaban demasiado las chicas valientes. Menos a Saïd, precisamente. Volvía a ver los cuerpos llenos de gracia caminando por la cima de la cascada, un pie después del otro como si hubiera una cuerda para

cruzar la orilla, con cuidado y cambiando el peso de una pierna a otra, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Los tíos babeaban al seguirles el culo, la tela tensa de los bañadores. Él también babeaba, sobre todo después, ahora que lo piensa.

En aquellas aguas, podían pelearse de mentira para tocarse: coger un cuerpo y tirarlo al río, hundirse, agarrar la carne con un fervor exquisito, jugar, hacer creer que. Los enfados falsos y las bofetadas verdaderas — muslos, hombros, culos— y los ruiditos por encima de las carnes maltratadas, los insultos. «Gilipollas, ¡yo también puedo hacerlo!» «Venga, te espero»; las risas. Saïd pasaba a recoger a Céline y a Jo, que se montaban en el coche en bañador y chanclas, con un pareo cruzado por delante atado al cuello. Él conducía con el torso descubierto, orgulloso de los músculos que se le dibujaban claramente bajo la piel: los beneficios adicionales del trabajo en el campo. El verano pasado todavía era él quien las llevaba en coche hasta la urbanización.

Saïd echa la vista atrás visualizando los estampados de los bañadores, año tras año. El verano pasado, el de Céline era turquesa, con perlas entre los pechos. El de Jo era rosa palo, un color extraño sobre su cuerpo anguloso, su fiereza incendiaria. De repente tiene la impresión de que es demasiado viejo, excesivamente mayor para todo eso, ahora hay cosas más importantes que hacer que saltar en el río Sorgue con pantalón de deporte y hacer que las chicas de piel suave chillen con cada ola y salpicadura. Y eso lo pone un tanto triste, una tristeza dulce, casi agradable. Se pregunta si este año las hermanas irán sin él. De hecho, no, sin duda no es demasiado viejo: solo se cuenta historias para parecer un hombre.

Al encender el cigarrillo ve que todavía le tiemblan las manos, pero está bastante satisfecho consigo mismo al mirar el bulto bajo la tela que se ve por la ventanilla de atrás del coche. Conoce a un anticuario que le pagará el triple de lo que le ha sacado Manuel por el mueble. Y que le hará pagar diez

veces más al primer turista forrado: la ley del mercado, la oferta y la demanda.

OceanofPDF.com

Moby Dick

Por las ventanas de la camioneta se cuelan las olas de aire caliente, que se entremezclan con un sofocante Led Zeppelin que a veces se ralentiza: la radio del coche todavía se traga los viejos casetes —el vehículo es casi tan viejo como su conductor—. Manuel cumplirá treinta y ocho años en otoño y tiene la impresión de tener mil. O veinte. Mil por el cansancio, veinte por la rabia. Conduce como un loco por la nacional, hacia el norte, en dirección opuesta a su casa, en busca de contenedores anónimos para deshacerse de la alfombra. La línea verde de los campos que se pierde de vista no lo tranquiliza para nada, no más que los setos de cipreses. Le gustaría conducir sin tener que pararse, disfrutar de la carretera escuchando a antiguos ídolos, pero tiene que reunirse con los demás en la obra. De hecho, ya debería estar allí. Una hora de retraso, pero quinientos pavos en el bolsillo: no es suficiente para su orgullo, pero de todos modos siguen siendo todo ganancias.

Cuando percibe los contenedores grises en el arcén, frena en seco y casi se le empotra el coche que va justo detrás, que se queja haciendo aullar el claxon. Manuel saca un dedo por la ventana abierta, gritando un «¡Gilipollas!» sonoro que solo escucha él. Resuena con violencia sobre las ruedas, la gravilla araña la rejilla del coche. Motor apagado, los acordes de *Moby Dick* resuenan en el habitáculo: una presencia amiga, casi pesada. El calor lo recarga todo. Manuel se seca la frente y la nuca con una camiseta sucia que arroja sobre el asiento del copiloto. Tiene tanto miedo que le dan ganas de vomitar.

Sacar la alfombra de la camioneta le lleva menos tiempo que meterla, pero bajo la capa del sol lo está pasando mal. El potente olor de la basura en verano le rasca la garganta. Fruta en descomposición, principalmente. Es verdad que la alfombra está asquerosa, pero ¿qué sabe él del valor que tiene? Esos turistas idiotas están dispuestos a pagar una fortuna por máquinas viejas y feas que él tiraría directamente a la basura, así que ¿por qué no? Si él estuviera forrado, seguro que no malgastaría la pasta en mierdas viejas. La alfombra se desenrolla un poco en el contenedor. Manuel se queda parado unos segundos ante el enlazado rojo y negro y los flecos de cuerda, después le da una patada con rabia para meterla dentro del contenedor y se da la vuelta. Cuando se sienta delante del volante, siente el asiento húmedo de su propio sudor. El volante arde. Vaya, si él estuviera forrado, empezaría por cambiar de coche. A lo mejor guardaría esta vieja chatarra como recuerdo, en vista de lo que han vivido juntos, noches al raso en la playa en la parte de atrás, Séverine y él. Algunas inolvidables, de hecho. De eso hace mucho tiempo. En aquella época, había colocado un colchón sobre la chapa y a ella le parecía romántico dormir con él, en Saintes-Maries-de-la-Mer o incluso en la garriga, en rincónitos secretos que solo conocía él. Un recuerdo inalienable de esos viajes de antaño se quedó impreso en su memoria: a Séverine le encantaba sudar y que sus cuerpos viscosos se resbalaran y pegaran. Ella adoraba ese calor del sur que nunca había abandonado, que quema hasta las rocas. Le encantaba el sonido sordo de la carne chocándose y reencontrándose. Un litro de agua por hora de amor era el mínimo. Después, Séverine siempre se levantaba para mear y él todavía oye el ruido de sus pasos, el salto desde la plataforma, el sonido de las hojas aplastadas bajo sus pies desnudos, las ramitas al romperse y, sobre todo, el sonido de la orina que caía contra el suelo, a unos pocos metros de la camioneta. Un sonido que nunca ha olvidado, portador de excitación y ternura. Para Manuel, la intimidad es ese ruido. De aquello hace mucho tiempo. A veces, mirando al cielo, con sus dedos entrelazados,

ella decía que quería tener hijos, muchos, sin precisar si sería con él. Eran demasiado jóvenes para saberlo. Y después, al final, el primer embarazo había llegado más rápido de lo que habían previsto. A lo mejor la concibieron allí, en la parte trasera de la camioneta, a su pequeña. Su primogénita.

Manuel arranca a toda prisa y da media vuelta. Conduce hacia Bonnieux pensando en su mierda de negocio, en que Saïd le caía mucho mejor cuando era un niño: los niños deberían seguir siendo niños siempre, hostia. Piensa en su pequeña embarazada, en la pasta que no tiene o que debería tener. En su padre, otra vez, a quien tiene que ir a ver pronto. Y se acuerda de las noches de antaño, cuando todo tenía sentido, cuando el futuro era suyo. Piensa en ello como si se tratase de otra persona, como si fuera el espectador de su propia vida.

Calvario

—¿En qué te gustaría trabajar de mayor, Johanna?

Jo se encoge de hombros con descaro. Fuerza la sonrisa mirando a la orientadora directamente a los ojos, esperando hacerla sentir incómoda. Pero con ella no funciona. Su mirada bicolor no parece molestarla. A Jo le encantaría irse, es el último día antes de las vacaciones, antes de largarse del colegio para siempre: ¿de verdad es el momento de hablar de esto?

—Tienes capacidades, ¿sabes? A pesar del curso que llevas de retraso.

Jo sonríe. Se supone que una debe sonreír cuando recibe ese tipo de cumplidos. Por gratitud y todo eso. Es cierto que destacaba entre el resto de los alumnos, era el momento de largarse. Demasiado grande, demasiado madura y esa brutalidad que se fraguaba, casi escandalosa. Nunca había cabreado a nadie, pero ni uno solo, de entre todos los niños rata que arrastraban sus mochilas Eastpak por los pasillos de la escuela, se habría atrevido a hacerle el mínimo comentario. Extiende las piernas por debajo de la mesa, se estira la camiseta de tirantes. No lleva sujetador porque sus pechos son pequeños. Su madre la riñe por eso, porque sigue siendo indecente cuando se le marcan los pezones. En cuestiones de indecencia, a Jo se le vienen a la cabeza cosas peores. Si los tíos quieren mirarle su talla 85A, alumnos y profesores confundidos, a ella no le va a dar dolor de cabeza ni la va a hacer temblar. Jo no es Céline.

—Gracias.

—Pero no trabajas lo suficiente. Solo has suspendido una vez, pero he visto tus notas: te despiertas al final del trimestre, siempre. Es inteligente,

pero es una pena...

—Lo sé.

—Este curso has hecho teatro, eso está bien. Espero que no lo dejes.

Jo no responde.

La orientadora deja escapar un pequeño suspiro ensayado:

—Vas a entrar en bachillerato, está bien. Aunque es un tanto milagroso, teniendo en cuenta el..., la...

—¿Qué?

—Digamos que te desenvuelves mejor que... el resto de tu familia.

Jo se inclina hacia atrás, las patas de la silla chirrían peligrosamente. Se deja hundir en la mirada de la otra, la invade sin pestañear, con toda su hostilidad muda. La consejera hace como que no ha visto nada y continúa:

—Pero... puedes trabajar como quieras, ¿en casa va todo bien?

—¿Me puedo ir, señora? He quedado con mi hermana.

La mujer sacude la cabeza y señala la puerta, resignada.

—Vete. Disfruta del verano. Y buena suerte con el bachillerato.

Delante del instituto técnico, Jo espera a Céline, sentada en la acera. No le tiene miedo al calor, deja que el sol le golpee la nuca hasta que le pique por haberse quemado. Con un palito, rasca la grava del asfalto, inventa carreteras minúsculas. Una cascada de pelo le oculta los ojos, los aparta con un soplido; sus hombros sobresalen, angulosos. Los alumnos del instituto salen en grupos, el ruido de las risas y de los motores de dos ruedas llena la calle. Jo levanta la cabeza y busca a su hermana.

A su alrededor flota un rumor sordo en su trono de reina del baile. Susurros, risas avergonzadas, silencios espantosos. Las miradas se cruzan alrededor

de la tripa de Céline, suben hacia su bello rostro todavía un poco dañado por los golpes. Son muchos los que hacen comentarios.

Jo observa la barrera del deshonor, la caída. Si siente dolor por su hermana, no deja que lo parezca. Perfectamente inmóvil, registra cada movimiento de las bestias, cada gruñido de la manada. Y sigue con los ojos los pasos de su hermana, que van a contracorriente por primera vez en su vida. Céline camina casi a cámara lenta, parte los grupos, levanta la barbilla para desafiar a las zorras que se atrevan. Todos se apartan a su paso, le abren camino para verla mejor. El rumor se ha convertido en verdad, confirmado por su silencio.

Los compañeros de Céline colocan las zapatillas sobre las palancas, arrancan las motos y las *scooters*. Ninguno va hacia ella para proponerle subir como tenían la costumbre de hacer. A veces discutían por tener el placer de llevarla. Y a uno de los perdedores le tocaba cargar con Jo. Siguen siendo simpáticos con ella, como si pudieran conseguir las gracias de una sonriéndole a la otra. Y además les da un poco de miedo. Pero hoy el baile de dos ruedas adquiere otra forma. Conducen cerca de Céline, molestos, dan vueltas a su alrededor, y luego uno de ellos —Lucas, quizá— le corta el paso, obligándola a detenerse. Algunas risas. Quiere una explicación. Pero ella continúa su largo camino hacia la acera de en frente, hacia su hermana inmóvil. Un segundo tío bajito, envalentonado por el primero, hace rugir el motor de su *scooter* un poco más fuerte, rozándola: ella se sobresalta. Su miedo hace que las bestias se burlen. Céline mira fijamente el pelo de su hermana, se refugia en su ojo verde. No lee en ella más que una constancia, una presencia eterna. Ni la juzga ni la compadece. En otra época, sin duda a Céline le habrían lanzado fruta podrida, piedras, insultos. Una bruja que se ha dejado follar demasiado pronto o demasiado rápido. Y ¿por quién?

Céline ha cruzado por fin la carretera, mira a su hermana desde arriba, una mano en la cadera para dar la impresión de que es mayor.

—Joder, Jo, la enfermera ha avisado a los servicios sociales. El viejo se va cabrear aún más.

Jo no responde, se inclina hacia delante para levantarse. Lanza una mirada sombría a los imbéciles que hacen rugir sus motos.

—¿Está ahí el gilipollas que te ha hecho eso?

—Olvídalo, joder, te he dicho que da igual.

Jo avanza hacia Lucas, que todavía se ríe con el rostro girado hacia sus colegas. Una patada en la tibia y su bien máspreciado se derrumba en una torpe caída. Él se agarra al manillar como un idiota, así que la *scooter* cae con él a cámara lenta, bajo los ojos de un público carente de piedad. Con el culo sobre el asfalto, balbucea de rabia:

—¡Estás tarada!

—Estoy tarada, sí. Y puedes decirme algo peor. No es como si no me conocieras.

Él no consigue responder nada, hace una mueca de dolor por culpa de la tibia, le ha dado fuerte la muy idiota.

—No es como si no conocieras a mi hermana, ¿eh?

El adolescente se pone en pie, se limpia las manos en los vaqueros. Todo el mundo lo mira, lo sabe. Siente en su nuca las miradas ardiendo de curiosidad del público. No puede pegarle, es una chica, y al público no le gustaría: mal gusto, infracción grave de las convenciones tácitas. Aunque tiene muchas ganas, tantas que no encuentra las palabras que desmentirían la afrenta, que le darían ventaja. Y él quiere la ventaja, que la muchedumbre se ponga de su lado, sea como sea. Entre el joven risueño de la feria y este, encolerizado, que se encuentra delante de Jo, hay un abismo que sabe a mierda asquerosa.

—La conozco bien, sí. En cambio, a ti no sé si algún día habrá un tío que tenga ganas de echarte un polvo.

Jo esperaba algo mejor. Sonríe, con las cejas arqueadas por la sorpresa, y susurra despacio, solo para él, excluyendo a la horda voraz:

—¿Tú, a lo mejor?

Ella avanza un poco más, el rostro a un par de centímetros del suyo, como para besarlo o morderlo. Él está incómodo, no quiere echarse para atrás —muestra demasiado evidente de debilidad—, pero aguanta mal esta proximidad, y esos ojos cada uno de un color que lo inspeccionan, burlones. La conoce desde hace mucho tiempo, pero en ese momento tiene la impresión de que la ve por primera vez. Céline la coge de la muñeca, tira de ella.

—Olvídalo, Jo. Nos largamos.

—¿Estás segura? Justo cuando iba a besarme.

Eso lo ha dicho bien alto y ha provocado algunas risas... La turba podía cambiarse de bando. Lucas tiene lágrimas de rabia. Su cara muestra manchitas rosadas, síntoma de pánico.

Un coche frena haciendo mucho ruido cerca de ellos. Saïd abre la puerta como quien desenfunda un arma.

—Venga, vámonos —insiste Céline.

La sonrisa de Jo se amplía, pero no deja de mirar a Lucas a los ojos. Se le han tensado los músculos de sus finos brazos, todo su cuerpo parece suspendido antes del ataque. Un animal liso y oscuro con una doble mirada. Incluso Céline le tiene miedo a veces. Pero ahora es Lucas quien se da cuenta de lo que está en juego, ya no lo sabe, le gustaría que ella desapareciera, o que fuera él, da igual siempre y cuando termine ese cara a cara. Empieza a parpadear, siente en la pierna punzadas de dolor. Jo se aparta despacio, Lucas tiene la impresión de que sabe algo que él desconoce, que lo ha visto debilitarse, que ha ganado. Él balbucea:

—De todos modos, no soy yo.

—Largo, cabrón.

Con un movimiento lento, se vuelve finalmente hacia Saïd, que se acerca sin intervenir. A Lucas lo ha estremecido el insulto, pero ya no se encuentra en condiciones de reaccionar. Además, la presencia de Saïd lo autoriza a ser

menos valiente. Siempre las ha protegido, a las hermanas, todo el mundo lo sabe, a nadie se le ocurriría provocarlo. Y además es árabe, si se da el caso, tiene contactos con terroristas, con todo lo que pasa ya nadie está seguro de nada, hay que tener cuidado con ellos, a lo mejor es capaz de poner una bomba en el instituto, a saber.

Céline ya está en el coche, con las rodillas dobladas, los pies descalzos sobre el salpicadero. Jo se tumba en el asiento de atrás. Suspirando, Saïd arranca y se levanta las gafas de sol para guiñarle un ojo a Jo a través del retrovisor.

—Lo has acojonado.

—Eso espero.

La pequeña horda se dispersa detrás de ellos, hace comentarios, rodea a Lucas, que recorre a todo el mundo con un gesto de rabia.

El coche coge velocidad, Saïd toma las rotondas con decisión y hace que las chicas se inclinen de derecha a izquierda, están acostumbradas a su forma de conducir. Sale de la ciudad, enfila la carretera mal asfaltada que lleva al pueblo: urbanizaciones en construcción desde hace diez años, un centro comercial, campos de manzanos. Jo se traga el veneno familiar de un paisaje demasiado conocido. Su indiferencia no es más que una fachada; en ella se pelean el amor y el asco por estos caminos que ha recorrido mil veces.

—Os llevo, pero no entro —suelta Saïd.

Céline se tensa.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Es solo que no tengo ganas de cabrearme con tu padre. O que su colega Patrick me caliente demasiado, existe el riesgo de que los mande a la mierda.

A Céline se le revuelve el estómago, se sobresalta y se agarra al tirador de la puerta.

—¡Para!

Las ruedas muerden el polvo y Céline baja corriendo, se agacha sobre la hierba, pero no sale nada. Respira dando grandes bocanadas, camina por el borde del asfalto, sacudiendo las manos a lo largo de su cuerpo.

En el coche, Jo se desploma sobre el asiento de atrás.

—Menudo teatro...

—Eres dura.

—¿Tienes algún problema?

—Haz como si no hubiera dicho nada. Pero no te tengo miedo, vaquero.

Saïd se levanta el ala de su sombrero imaginario con los dedos dibujando una pistola. Jo se permite sonreír. La infancia vuelve a atraparlos a los dos, como si de verdad se encontrara a sus espaldas, no agarrada a su culo como una garrapata en el lomo de un perro.

—¡Mueve el culo! —grita Jo por la ventana abierta—. Pota, caga, haz lo que quieras, pero rápido. ¡Nos morimos de calor!

Céline le levanta el dedo corazón a su hermana al mismo tiempo que escupe bilis en la cuneta. Se recoge el cabello a un lado para no llenarlo de babas. Jo se tumba en el asiento de atrás para estirarse todo lo larga que es. Se agarra los pechos con las manos ahuecadas por encima de la camiseta de tirantes. Se acaricia el pezón con los pulgares haciéndose la seductora, un papel que no le pega, y eso le hace tener un gesto aún más seductor.

—Sé sincero, ¿tú crees que son demasiado pequeñas?

Saïd enciende un porro sin darse la vuelta, suelta dos bocanadas de humo muy despacio, con el rostro vuelto hacia la carretera; se podría pensar que no ha entendido la pregunta o que finge que no lo ha hecho si no fuera por esa sonrisa radiante que lo vuelve casi guapo. Céline regresa en ese momento, se sienta resoplando ruidosamente y cierra la puerta tirando de ella hacia sí. Se alisa el pelo lleno de sudor pidiendo disculpas, pero nadie le hace caso.

Saïd se da la vuelta aún con su sonrisa un poco tonta en la cara. Excluyendo a Céline del intercambio, le tiende el porro a Jo.

—¿Te soy sincero? Son perfectas.

OceanofPDF.com

Familia

Manuel acaricia el dibujo de la corteza del melón. Sigue con la punta de los dedos las marcas en relieve, recorre un camino —casi soñador—, se interrumpe, coge la fruta, la sopesa, la hace rodar sobre su manaza antes de colocarla encima de la mesa para cortarla con un único movimiento de muñeca. El zumo azucarado se derrama, cae sobre la mesa. Lo vuelve a partir, vacía en un plato la cavidad central con el mismo cuchillo. Le embadurna las manos un poco más.

—Qué buen color.

El suegro no responde. Claro que tiene buen color: son suyos, sus frutas, su tierra. Naranja oscuro, carne dulce. Solo faltaba que sus melones fueran paliduchos, que supieran a agua.

Manuel teme esos domingos: comidas familiares en casa de los padres de Séverine —es imposible cortar con la humillación del deber—. El recuerdo de la deuda. Incluso en el silencio o en los intercambios, Manuel siente sobre él el peso de la mirada que condena, lo enjaula, cosido de impotencia. A lo mejor todo eso pasa solo en su cabeza, en el fondo no lo sabe, el viejo no dice gran cosa, pero él lee en la mirada del suegro un gris empañado de decepción, una sombra que carga Manuel. No es lo suficientemente bueno. No es lo suficientemente emprendedor. Un inútil que se folla a su única hija. Que huele a hormigón, a yeso, a casas ajenas. Pero el suegro mete las manos en la tierra, no es un burgués ni un intelectual, le gustan los gestos, el saber hacer que se hace bien. Meter las manos en la tierra, sin embargo, es algo cada vez menos común, tiene

obreros, se hace viejo. Es su tierra, no es como construir casas para los demás sin tener los medios para pagar la suya. Ellos también tuvieron problemas de dinero: las nuevas leyes, los impuestos, los precios a la baja... Ser agricultor tampoco es un sueño. Pero él supo apartar, como patriarca, ahorrar día a día, año tras año, para no necesitar a nadie.

Y además hoy es un domingo particular. Aparte de la molestia habitual, está ese enorme fracaso en medio de los platos: Céline y su tripa, Céline «madre joven», así es como llaman por aquí a las chicas que se acuestan demasiado con quien sea. La madre de Séverine tiene los labios apretados desde que han llegado, de su boca no ha salido ni una palabra. Pero no observa a su nieta, ni a esta ni a la otra, ni tampoco a su yerno ávido de una venganza imposible. Mira a su hija, solo a su hija, como si esperara algo que nadie adivina o como si dijera palabras duras con sus ojos. Pasa del interior sombrío al jardín con su luz blanca cegadora, lleno de botellas, de ensaladeras. Le tiemblan las manos, secas y bruscas, como ella. Séverine ignora a las mil maravillas la mirada de su madre, su agitación ansiosa. Fuma entre plato y plato y solo entra en la cocina cuando ella no está dentro. Un *ballet* sutil, un baile de idiotas.

Manuel bebe demasiado deprisa.

—Pueden trabajar aquí este verano —suelta el abuelo, señalando con la barbilla a Céline y Jo.

La primera picotea un trozo de melón con la punta de su cuchillo. La segunda mastica, el zumo naranja le cae por la barbilla.

A su alrededor, todo cruje bajo el sol naranja como un huevo. El canto incesante de las cigarras les pone los nervios de punta, les molesta en los oídos como si los tuvieran taponados. El perro babea sobre la arena, despatarrado por el calor al final de su cadena. Es un mastín viejo con los párpados rojos y caídos, con los ojos líquidos. Levanta la cabeza de manera brusca, por nada, por un ruido que solo ha oído él: una ardilla quizá o un disparo muy lejano, a los cazadores les encanta esta zona en todas las

épocas del año. No es Córcega, pero aquí a la gente también le gusta hacerse el tonto como si no supiera nada, pagan, invitan a un par de copas a la policía para que hagan la vista gorda, caminan con traje de faena para cazar a los tordos y a los conejos, incluso fuera de las temporadas previstas para ello. No es demasiado impresionante, es raro que cacen un ciervo y, además, hacerlo saldría muy caro. El perro suelta tres ladridos secos, con el hocico lleno de babas levantado hacia la mesa.

—¡Cállate!

Es el abuelo quien ha gritado. El perro gime y se tumba sobre su cadena haciendo que su mandíbula cruja en el vacío.

La abuela se vuelve hacia las nietas.

—Johanna es demasiado joven. Con quince años todavía puede ir a bañarse y a disfrutar de las vacaciones. Céline, tú puedes trabajar conmigo. En los campos no, claro, teniendo en cuenta tu estado.

Primera provocación pública. El resto se ha dicho en la intimidad de la telefonía móvil, de hija a madre, transmitido de manera oral al marido entre la sopa y el estofado, una noche de hace dos semanas.

—Yo les hago la comida a los trabajadores. Tú me ayudarás.

Céline dibuja una pobre sonrisa para responder a su abuela. De todos modos, en realidad no tiene elección. Todo se le echa encima, pero ya ha trabajado en la propiedad. Ha ayudado en los campos: cerezas, melones y la vendimia los fines de semana, porque la uva se recoge a principios de otoño y hay que ir a clase. Pero era diferente. Céline comprende que algo ha cambiado, irremediablemente, y eso le pica en la garganta. A ella también le habría gustado ir a bañarse, dar vueltas por el centro comercial de Cavaillon, robar pintalabios en el Yves Rocher, montar de paquete en una *scooter*, correr en la noche cálida. Es una especie de pena doble. El tono de su abuela es frío, la proposición, inapelable, siempre ha sido así. La abuela no tiene dulzura. No más que su hija. A lo mejor la tuvo antes, no se sabe.

—A mí me gustaría ir al festival —anuncia Jo de repente.

Entonces Céline vuelve a respirar, dándole las gracias a su hermana por haber desviado la atención hacia otra persona.

—¿El de Aviñón? —se sorprende la abuela.

—Sí.

—¿Qué quieres hacer allí?

Todas las miradas se vuelven hacia Jo, llenas de desconfianza. Céline tiene ganas de apretarle la rodilla a su hermana por debajo de la mesa por este increíble entretenimiento, una ola de gratitud sumergida.

—Hay programada una obra de teatro que he estudiado en el colegio.

Los rostros se relajan un poco. Séverine arranca láminas de cartón de su paquete de cigarros rubios.

—¿Teatro? ¿De verdad quieres ir al teatro?

—¿A la pequeña le gusta el teatro? —pregunta el viejo.

Sin duda a Manuel no le agrada esta sensación que perdura y se amplifica día a día: la de perder el equilibrio, la de comprender cada vez menos las cosas que lo rodean. Su mujer, sus hijas.

Teatro, ¿y qué más?

Séverine niega con la cabeza.

—Aviñón está demasiado lejos. Con mis horarios yo no puedo llevarte.

—Cogeré el autobús. O le pediré a Saïd que me acompañe.

Se vuelve hacia su abuelo.

—Tendrá días de vacaciones, ¿no?

—¿Quién?

—Saïd.

—¿El hijo de Kadija? ¿El moraco que nunca se quita las Ray-Ban?

Ella asiente sin sonreír.

—¿Lo ves mucho?

Al viejo no parece hacerle mucha gracia. De hecho, Manuel está contento. Séverine se enfada.

—Hace dieciséis años que las niñas son amigas tuyas, papá. Viven a cincuenta metros de nuestra casa.

El abuelo entrecierra los ojos, se sirve otra copa de vino tinto.

—Kadija es buena trabajadora.

Manuel adelanta su copa para que el viejo se la rellene, pero el otro no parece darse cuenta. Deja la botella sin ninguna delicadeza entre los platos. Unas avispas enormes se aglutinan en el fondo de los platos o se posan, voraces, en el interior de las cáscaras de melón.

—Los marroquíes trabajan bien, en general.

—Ah, ¿sí? —pregunta Manuel tenso e irónico, ya borracho.

Coge la botella que ha dejado el viejo.

—Lían menos mierdas que los argelinos.

—¡Claro!

Manuel le da la razón asintiendo con la barbilla mientras se echa tinto en la copa, enseguida el vino le salpica la mano.

El abuelo no le entra al trapo. No le gustan los árabes —¿a quién le gustan por aquí?—, pero hoy se niega a ponerse de acuerdo con su yerno en un asunto tribal, una familiaridad que autorizan casi veinte años de domingos y los cadáveres regordetes que llenan la mesa. El embarazo de la niña, eso no es aceptable. Uno no permite que eso suceda cuando se es padre de familia. Que ella deje que se la tiren tiene un pase, pero que el hijo de puta que la ha preñado se case con ella, por Dios.

Manuel se lleva la mano a la boca, se chupa las gotas de vino que se deslizan hacia la muñeca. Se encoge por dentro. La historia se repite, obligatoriamente. Al mismo tiempo que la rabia, todavía contenida, se solapa. El viejo sería capaz hasta de hablar bien de ese mierdecilla de Saïd solo para molestarle, para hacerle sentir que no vale más que un árabe.

Eso no ha cambiado, a pesar del camuflaje, a pesar del rechazo de las viejas ideologías de la familia, a pesar de Séverine y a pesar de los árabes. Nada ha cambiado, Manuel sigue siendo pobre. Un pobre idiota que

cosecha el desprecio del padre de su mujer. Trigo gracias a la tierra. Ah, puede hacerse el listo, el propietario de tierras. Sólido, vivo. Y ni siquiera necesita mancharse las manos. La sangre de los trabajadores, los frutos de la herencia y de una región quemada por el sol. Diez ancestros en el cementerio de la esquina. Ella es de aquí, Séverine, pero él no lo será nunca. Él es un sintierra y seguirá siéndolo. Esperaba que la maldición se acabara con sus hijas, que serían inteligentes, como él, para casarse con chicos de aquí, para que a sus hijos nunca los trataran de extranjeros.

Siente el reproche en el silencio del viejo. El hijo de puta que preñó a la preciosa Séverine hace diecisiete años fue él. Pero si se hubiera negado a casarse, el viejo habría sacado el fusil. La cabeza del español habría explotado en pleno vuelo, como la de un faisán, nunca nadie ha tenido la menor duda al respecto.

Así que el odio vuelve y, con él, las sospechas, royendo todo como la carcoma ataca las vigas.

Su hija, su hija querida, tan prometedora por su belleza, un reflejo de su madre mejorado. La mira recolocarse el flequillo sobre la frente. El tema adquiere forma en imágenes y la rabia vuelve a subir un nivel más, al imaginar a ese bastardo de Saïd haciéndole cosas a Céline. Al imaginárselo reírse de él al recomprar sus hurtos por una miseria y ganando una burrada con esos anticuarios ladrones. Riéndose de él, sí. Riéndose bien. «¡Cabrón!» Ya no es un crío, no, tiene unos hombros anchos y tonificados, unos hombros de hombre. Riéndose de él. Ganando más pasta que él. Follándose a su primogénita. Las imágenes, en su cabeza, empiezan a parecer pesadillas.

Llega la tarde, pesada y amarilla. Por suerte, después del café, el viejo acaba levantándose para echarse la siesta, con lo que pone fin al suplicio.

Manuel titubea un poco al acercarse a la camioneta, mientras que Séverine le quita las llaves de las manos antes de que a él le dé tiempo a reaccionar.

—Conduzco yo, tú has bebido.

Sin ver la agresividad tenaz en los ojos de Manuel, las manos que le tiemblan, Séverine se sienta al volante. Arranca como quien se escapa, evitando la mirada de su madre. Manuel se sube al asiento del copiloto, sacando el codo por la ventanilla abierta mientras su mujer maniobra con la camioneta en la gravilla. Le alivia que el viejo no lo vea montado en el asiento del pasajero. No tiene fuerzas para discutir, y Séverine sabe ser dura, sobre todo con su madre cerca. Las niñas, hundidas en el asiento trasero, se dan tortas por conseguir un poco más de sitio, extienden las piernas la una sobre la otra hasta darse patadas con los pies descalzos, como las crías que son. Ahora a Manuel también le gustaría dormir. Volver a casa y dormir toda la tarde. Al resto del mundo le pueden dar por el culo bajo el espesor de un mes de julio extremadamente caluroso, él no quiere pensar en nada: solo dormir, dormir, hacer que se calle el volcán en erupción que le duele como mil demonios. Tiene que ir a ver a su padre. Pero no hoy, no. Irá más adelante. Cierra los ojos.

El aburrimiento

Johanna camina bajo el sol. Nació de este calor, de un amor brusco, un poco atropellado, una noche de vino e insomnio húmedo. Nació como por casualidad, como Céline, pero un año después. Su llegada al mundo provocó menos revuelo que la de su hermana: la juventud de Séverine ya no era tan evidente, ya estaba perdida por culpa de haberse metido mano en Privilège. Así que al final estaba a la orden del día volver a estar entre pañales. La gente incluso esperaba que continuara, después de todo el padre era español, ella iba a encadenar críos, año tras año; españoles o árabes, siempre eran los inmigrantes quienes parecían que jugaban a ver quién tenía más hijos. No se dieron cuenta enseguida de que la niña tenía un ojo de cada color. El médico de Protección Materno-Infantil no detectó nada mientras le hacía el examen médico antes de marcharse del hospital, miraba sobre todo a la madre, con una sonrisa que se situaba entre la sorpresa — segundo parto sin ser apenas mayor de edad— y la fascinación de que Séverine todavía fuera guapa. Se dieron cuenta más adelante, casi un año después: el iris azul pasó a ser de un gris verdoso; decían que debía de haber presenciado algo que los ojos de la niña no habían soportado, decían que era un castigo, decían que era un ojo mágico, que veía lo que los demás no podían; que su iris se había dado la vuelta y que la habían cambiado. Decían que era raro, que auguraba una catástrofe que estaba por venir. Aquí, todo lo que se sale un poco de lo ordinario se comenta, se descascarilla, se convierte en tema de conversación. Bajo el punto de mira de los rumores de bar, proféticos y con un par de vinos de más, no hay

conformidad salvo la costumbre. Solo la costumbre puede hacer que sea banal algo que no lo es.

Johanna, por su parte, bendice esta particularidad. A lo mejor, piensa a veces, es esta singularidad la que la obliga a dirigirse a otras partes, a desear huir, a imaginarse mundos que todavía no conoce. Arropada por la ilusión de la normalidad, a lo mejor se habría parecido a su hermana.

Se ríe con la boca abierta, de repente, como una loca que se da permiso. De todos modos, no hay nadie que la escuche. Inmersa en la garriga, camina y busca la sombra demasiado rara de los pequeños pinos pegajosos por la savia, tira piedras delante de ella, se aburre un poco. Lo sabe bien: aquí, el aburrimiento es un arte, casi una forma de vida, y su aburrimiento, el de ella, apesta a espera. No tiene ganas de ver a sus compañeras del colegio ni a la pandilla del pueblo: todavía siente odio hacia Lucas, Enzo, esos gilipollas cuyas motivaciones lee con una lucidez sorprendente. Céline no está ahí para compartir el aburrimiento y la echa de menos. Hace demasiado tiempo que, a pesar de sus diferencias, pasan la vida la una pegada a la otra.

Jo busca soluciones. Debe ser paciente y no tiene la edad de la paciencia ni el temperamento. Sueña con explosiones, con eventos grandiosos, con una guerra nuclear. No es más que una espera perniciosa, plagada de angustia. Al final el embarazo de Céline no ha supuesto ningún cambio de verdad y sigue siendo su hermana la que se encuentra en el centro de las miradas. Pero se está incubando algo, zumba en el aire espeso, silencios familiares. Lo siente, irritada como un diente bajo una uva verde, alerta.

Rompe las piedras blancas, se agacha para desmenuzarlas contra otras rocas. La luz reduce a nada el mínimo recodo de sombra. Jo siente envidia de los animales más pequeños, los insectos crujientes. Sueña con prenderle fuego a todo este secarral. Que no quede nada, que la tierra quemada se salve muriendo. Y si el incendio se extendiera hasta alcanzar las villas, le

gustaría que también destruyera su urbanización. Bailaría de alegría sobre sus cenizas mezcladas.

Al caer por un terraplén salvaje, Jo se despelleja los pies y los tobillos en las zarzas, aterriza en un campo de olivos. Sigue una hilera de árboles para encontrar la carretera y la urbanización. Aquí no hay nada que hacer. Sin moto, sin coche, es la muerte. Incluso para ir a Cavaillon —¿a hacer qué, además?— hace falta un vehículo. Podría haberle pedido a Saïd que la llevara al Partage des Eaux, podrían haberse bañado. Pero afrontar la horda de bañistas no la conectaba a las masas. En el fondo, quizá sea aquí donde mejor se siente, errando por el campo como un animal del sur, un lagarto o algo de esa misma especie. La tierra todavía conserva sus explosiones, el ancla muy a su pesar en este país que tan a menudo odia. La tierra que extiende su poder difuso hasta en lo que le da asco. No la tierra que se posee, sino la tierra que la vio nacer, que la encarcela como una cuna.

Llega a la urbanización por la carretera, con las chanclas resonando en el arcén mal asfaltado de la carretera, con los muslos descubiertos quemados por un sol sin nubes, calientes y lisos como la espalda de una nutria. La casa está vacía, lo sabe y no se para. Va un poco más lejos. La puerta está abierta, así que entra en casa de Saïd. Debido al contraste, tarda un tiempo en adaptarse a la habitación sombría; la luz exterior todavía la ciega. Al fin, adivina con más claridad a Saïd, inclinado sobre un montón de tela en el que descansan una gata y una camada de gatitos. Es cierto que la gata negra lleva semanas arrastrándose por ahí, gorda como una vaca, con la tripa llena. El otro día, Jo la vio caerse cuando intentaba saltar la tapia que rodea el jardín. Debe de haber dado a luz por la noche, los gatitos son diminutos. El joven levanta la cabeza para sonreírle, le hace un gesto para que se acerque. Jo da dos pasos y se queda inmóvil, con la mirada fija sobre la cesta. La aversión repentina cuando lo entiende, el asco por lo que va a seguir, pero la inquietante atracción de la escena la obliga a mirar. Se sienta en el borde de una banqueta dorada.

Cuando Saïd coge a uno de los gatitos con sus grandes manos marrones, la madre levanta sus ojos hendidos hacia el humano al que conoce bien, una mezcla entre la confianza absoluta y la súplica. El minino que acaba de atrapar maúlla en la palma de su mano. Es gris, de un tono claro, casi azul, y sus ojos aún ciegos se abren y se cierran intentando comprender el mundo. Sus insignificantes chillidos descubren sus minúsculos dientecillos ya afilados. Jo casi puede sentir su corazoncito animal latir contra los dedos de Saïd, sus protuberantes costillas contra la piel fina. Se levanta para seguir al joven, incapaz de apartar los ojos de la bola de pelo ardiente de vida.

—Nadie te obliga a mirar.

Pero ella abre la puerta del baño, lo deja pasar y se precipita después de él.

En el fondo de la bañera, tres hermanos del pequeñín gris se extienden suavemente sobre una toalla de rizo: dos negros y un pelirrojo. Jo se echa para atrás.

—¿Por qué miras si te da asco?

—No me da asco.

Se pone de rodillas delante de la bañera, se inclina hacia los pequeños cadáveres, recorre con los dedos la pelusilla apenas desarrollada de su pelaje. Son tan pequeños que la distancia de una oreja a otra es como su pulgar. Acariciando una cabeza, de un negro brillante, se dice que podría aplastarle el minúsculo cráneo apretando un poco más fuerte.

—¿Después qué haces?

—¿Qué quieres que haga? Los tiro.

Saïd coloca el algodón empapado de éter sobre el hocico del gatito. El olor ha impregnado el baño como en los antiguos hospitales. Su torso desnudo ocupa el espacio, sus Ray-Ban de fanfarrón levantadas sobre la frente. Le brilla la piel, gotas de sudor perlan toda la longitud de sus brazos.

Jo se muerde con suavidad el interior de las mejillas; le cuesta soportar el repugnante olor del anestésico.

—¿A la basura?

—Sí, claro, a la basura. ¿Tienes otra idea?

—No sé. Puedes enterrarlos, ¿no?

Él la mira a través del espejo, con ironía en la sonrisa, con el gatito muerto aún en la mano.

—¿Quieres que les hagamos un funeral con una caja de zapatos y flores?

Ella sonríe de lado ante la burla, odia que la pillen en un delito flagrante de sensibilidad.

—Solo es que me parece asqueroso, en la basura. Con el calor se descomponen y luego apesta.

Saïd coloca con delicadeza el cuarto gatito en el fondo de la bañera.

—Le he dejado dos. Sonia le ha encasquetado uno gris a una amiga y mi madre quiere quedarse otro.

Se encoje de hombros al decirlo.

—Nadie más quiere hacerlo, ¿sabes?

En el olor del éter, inclinados sobre los gatitos muertos, sus brazos desnudos se tocan.

—¿Hacemos otra cosa?

Saïd coloca su mano sobre el muslo de la joven al decirlo, sube hacia el interior, hacia sus pantalones cortos demasiado apretados para poder ir donde él quiere.

—¿Tú padre no está?

—Se fue al pueblo antes de ayer. No vuelve hasta finales de agosto.

Desliza una mano bajo la camiseta de tirantes de Jo, sobre la piel cálida de su vientre, agarra un pecho.

—¿Tus hermanos?

—Se ha llevado a Fouad y a Nordine con él. Sonia está en casa de una amiga.

—¿Qué amiga?

—Sophie.

—¿Esa puta?

—¿Por qué dices eso?

Avanza con la boca hacia el pezón duro en medio de un pecho diminuto. La deja descansar ahí despacio.

—No me cae bien.

Saïd se ríe.

—Más vale no cruzarse contigo.

Vuelve a intentar pegar la boca a su pecho.

—Eso depende.

Al levantar la cabeza, descubre sus preciosos dientes sonriéndole. Ella le acaricia el cuello con la punta de los dedos, él tira de los tirantes de su camiseta hasta desnudarle el hombro. Ella no sabe muy bien lo que quiere, pero cuando él desciende con la boca por su vientre, se endereza, por fin lo ha decidido.

—¿Vamos a mi casa? No hay nadie.

—Si tu padre se entera...

—¿Tienes miedo?

—No es eso.

—Entonces ¿qué es? ¿Te pasa algo con mi padre que yo debería saber?

Un mechón castaño cae despeinado sobre su ojo azul. El verde desafía al joven.

—No, no pasa nada. Es solo que prefiero que no sea en tu casa...

Siente que se lo toma mal, la mira fijamente, un poco inquieto, durante unos segundos sin responder. Ya casi la tenía, joder. Levantándose el tirante con un dedo, ella se aparta y se levanta, con un mohín despectivo en los labios.

—No, tienes razón. Es mejor un aquí te pillo aquí te mato en una cabaña de piedra que huele a pis. O encerrados en un cuarto de baño lleno de gatos

muertos.

—Jo...

Ella se levanta, casi de un salto, con una mano apoyada en el lavabo y la otra en la cintura.

—Da igual. Me piro.

—No, espera.

Él se endereza, intenta agarrarla. Ella se suelta dando un tirón, el brazo extendido, la mano abierta.

—Suéltame, eres demasiado tonto.

Jo sale del cuarto de baño, con los dientes apretados. Él corre detrás de ella.

—¡Te he dicho que esperes!

—¡En tus sueños! Que te toques bien pensando en mi culo. La próxima vez reaccionarás más rápido.

Jo sale a la luz. La gente es pequeña, el mundo no tiene límites.

OceanofPDF.com

Café en un mazagrán

Todas las mañanas, Séverine deja a Céline en casa de sus padres. Nunca entra. Los domingos ya son suficientes. Solo hay tres kilómetros entre la urbanización y la granja de los abuelos, pero Céline no puede coger la bicicleta estando embarazada, a menos que quiera perder al niño, lo que, en el fondo, podría ser una solución. Simplemente corre el riesgo de vivir a pesar de todo y de que nazca mal, o idiota quizá. Nadie tiene ganas de que a Céline le pase lo mismo que a la cuñada de la cocinera, que tuvo un problema en el sexto mes, atada a su hijo tonto, una cara inmóvil sobre un cuello de tortura, doblado, repugnante. Nada de escuela, temporadas en un centro especializado para respirar un poco más, pero la vida está muerta, acabada, su única ocupación es su monstruito babeante, que chilla con cada visita. Así que Séverine se desvía antes de ir a trabajar.

Julio se alarga. El embarazo de Céline es bien visible ahora, como si la aceptación hubiera autorizado a su cuerpo a desarrollar sus formas. Ella todavía se hace ilusiones, pero todo ha terminado: su tripa la sitúa ahora entre las intocables.

La propiedad de los viejos se alza entre un campo de cerezos y viñas. No es nada impresionante, ni piscina ni un porche lujoso ni tumbonas mullidas. Piedra y árboles, máquinas llenas de barro en el cobertizo, herramientas llenas de tierra apoyadas contra el muro oeste. Austero, inmutable desde hace años, desde la infancia de Séverine. Hay un tractor rojo aparcado debajo de las ramas de un tilo enorme. El otro, el que su padre utiliza para

la siembra, no está. Y la mesa grande bajo la ventana, la gran mesa de las comidas familiares.

Esta mañana, Séverine parece estar muy cansada, por eso, cuando su madre le hace gestos para que entre, por primera vez desde que ha empezado el verano, se dice que sí, que a lo mejor es agradable, con su madre y con su hija, en la cocina de su infancia, beber un café demasiado claro en un mazagrán.

Aparca el coche bajo el tilo, cerca del tractor. Los trabajadores ya han llegado, sentados por aquí y por allá alrededor de la masía. Fuman, hablan un poco antes de trabajar. Una decena, en camiseta de tirantes, sobre todo los habituales, jóvenes o menos jóvenes. Algunas mujeres, todas árabes, como Kadija. Dos estudiantes, no más. El viejo siempre se decanta por los profesionales. No tiene alma de tutor y, además, le molestan los críos que hacen aquello como afición. No pueden entender cómo funciona un equipo; se adaptan, pero no captan la compleja armonía, los entresijos necesarios de poder. De esos que miran de soslayo cuando le echa la bronca a un tipo de sesenta y tantos un poco tardón o cuando comprueba los bolsillos de los gitanos si falta una herramienta. De los que vuelven a las aulas y garrapiñan becas para pagarse los estudios. De ningún modo sus cosechas van a ser un lugar donde hagan experimentos exóticos esos intelectuales desgraciados. Prefiere a los árabes y a los gitanos. Se entienden mejor, aunque se odien.

Cuando Séverine y Céline pasan delante de los obreros, ruedan los buenos días. Los de la esquina se alegran de ver a Séverine, la conocen desde siempre. Ella no se detiene, pero responde, por supuesto, da un par de besos. Mientras Céline intercambia un par de palabras con Saïd, Séverine dibuja una sonrisa especial para Pascal, que le cae muy bien, salía con él a los quince, pero con su hija detrás de ella, la madre en la cocina y el trabajo esperándola, no tiene ganas de detenerse. Y además está ese pequeño vértigo de los instantes vividos mil veces, idas y venidas, visitas familiares:

ella ya no sabe qué podría hacer con eso. La mayoría de las veces los sufre, simplemente, intentando siempre —en vano— ignorarlos.

Las dos entran en la casa.

Céline le da un beso a su abuela. Séverine le da un beso a su madre. Sin apenas rozarla con los labios, solo eso. Por culpa de la vergüenza, como siempre.

La madre de Séverine llena un termo de café, se lo tiende a Céline, que lo coge y se da media vuelta para servir a los obreros. Sin mirar a su hija, la vieja se lava las manos en el fregadero de piedra rojiza. Dedicar un tiempo considerable a secarlas. Séverine se pregunta por qué ha entrado, por qué esta debilidad idiota, y se acuerda; va a buscar dos mazagranes en el armario y los coloca sobre el hule. Siente lo blando que es por encima del tejido, la capa de lona que se supone que amortigua los golpes para proteger la madera lacada de una mesa demasiado grande. Séverine sueña con manteles de lino grueso y mesas de cristal, sabiendo bien que ni siquiera en su casa ha podido asumir nuevos gustos. Apoya la punta de los dedos en el material, aguantando las ganas de clavar las uñas.

—Deja de hacer eso —resopla la madre, que sirve el café y se sienta en frente de su hija.

Se oyen las risas, fuera, más vivas desde que Céline se ha unido al equipo, y su voz.

—Se desenvuelve bien. Sabe cómo hacerlo, la pequeña.

Como Séverine no responde, la vieja añade:

—Se hace respetar, no te creas.

—Yo no creo nada.

—Tú crees que vales más que ella. Tú crees que vales más que todo el mundo.

Un gran cansancio se apodera de Séverine, mayor que el provocado por la falta de sueño, la falta de tranquilidad que a veces le produce ojeras, en

medio de la noche. Levanta los ojos hacia los de su madre, de color azul claro y duros. Suspira. La vieja mira el reloj.

—¿A qué hora entras a trabajar?

—En media hora.

Un silencio, para evaluar los minutos que faltan, da tiempo a lanzarse tres verdades, mancillar el sabor del café.

—Te recuerdo que tú no eras mucho mayor.

—¿Y? ¿Chillaste de alegría por un casual?

—No.

—¿Estabas orgullosa? ¿Estabas contenta?

La vieja no responde, su sonrisa arrugada, congelada como una máscara.

—Sucedió así y ya está.

—Sucedió así y puede seguir siendo igual, ¿no?

—¿Qué puedes hacer ahora? Ese niño no va a sentarse en el regazo de su padre.

Su mirada inspecciona a Séverine, buscando una respuesta que nadie tiene, excepto Céline.

—No sabemos quién es. No quiere decirlo. Y ¿sabes qué? A lo mejor tiene razón. A lo mejor no vale la pena que lo sepamos.

—Esa no es la cuestión —suelta la vieja.

—Entonces ¿cuál es la cuestión?

—El deshonor, hija mía. Las malas lenguas que hablan, los vecinos. El niño, ¿piensas en el niño?

Séverine niega con la cabeza, buscando auxilio en un trago de café que ya está tibio... y asqueroso. Café barato, siempre el mismo, porque cada céntimo ahorrado cuenta. Y piedra movediza moho no cobija. Y más vale pájaro en mano que ciento volando. Y ¡mierda!

Vacía el mazagrán como si fuera un chupito de vodka, con la garganta abierta, el codo en el aire.

La vieja aprovecha:

—Manuel, por lo menos, se casó contigo.
—Joder, mamá, no hablamos de mí, ¡hablamos de Céline!
—No me hables así o...
—¿O qué?
—O llamo a tu padre.

Camina —casi corre— hacia el coche cuando Pascal la coge del brazo. Ella se suelta con un sobresalto violento.

—Eres idiota, me has asustado.
—Solo soy yo.
—Sí, pero avisa. No hay que lanzarse sobre la gente de ese modo.
Él le sonríe con timidez.
—Solo quería saber cómo estás.
—Bien.

Abre la puerta del coche a modo de negativa, brusca y con prisa. El hombre se encoge de hombros, una media sonrisa dibujada. La inspecciona en la luz de la mañana, que tiene un color bonito, más bronce que marrón. Ella recuerda que le gustaba mucho.

—Perdóname.
—Estás tensa. ¿Es por tu hija?

A espaldas de Pascal, los trabajadores se ponen en marcha hacia el campo de manzanas.

—Deberías irte. Ya conoces a mi padre.
—¿Sabes?... Ha generado unos cuantos problemas, toda esta historia...

Séverine se tensa. Su rostro se endurece de golpe, el hombre puede ver que se le hunden las mejillas por el esfuerzo de mantenerse tranquila. La recuerda muy bien de cuando eran adolescentes, aunque no hubieran estado juntos mucho tiempo. Nunca habría dejado tirados a sus amigos, pero estaba colado por una chica; hasta el punto de acordarse de detalles como

ese, de la suavidad de su piel en la curva del codo, del olor de su pelo o de su sudor. De sus mejillas hundidas por la cólera.

—Es solo que... No sé, me gustaría ayudar, ¿entiendes?

—¿Ayudar?

—Encontrar al chaval, vamos.

Séverine niega con la cabeza con mucha dulzura sin dejar de mirarlo a los ojos: él entiende que ha dicho una estupidez.

—Sois todos igual de tontos.

—Séverine...

—¿Qué tal tu mujer?

—Bien...

—¿Y tu hijo?

—También.

—Me alegro.

Séverine se sube en el coche, cierra con un portazo. El ruido del motor envuelve las últimas palabras de Pascal, su última tentativa de decir que no es tan tonto como ella cree.

OceanofPDF.com

El recorrido del goteo

No hay nadie en los pasillos del hospital. Hace calor a esta hora, los pacientes mueren poco a poco en el sudor debajo de los ventiladores. Manuel avanza como un condenado a muerte, la respiración acelerada, fuerte y estridente: como un eco de la de su padre, yacente en la habitación del fondo a la derecha. No se acuerda del número, pero eso no importa, sabe dónde está, podría ir con los ojos cerrados, lleva ya un mes y queda mucho tiempo, eso han dicho los médicos. Pasa delante del puesto de enfermeras, las chicas ríen entre ellas, están cansadas, se han quitado las batas y se han quedado en camiseta de tirantes, tiradas en las sillas de plástico, jugueteando con los cigarrillos que se fumarán en un rato, cuando tengan el valor de bajar. Pero hace tanto calor y el turno ha empezado tan pronto... Levantan la mirada hacia él, lo saludan con una sonrisa. En la pared del fondo hay un montón de fotos pegadas, tarjetas que informan del nacimiento de un bebé, postales con chicas rubias que besan el objetivo en playas sobreexpuestas. Justo al lado, notas de servicio subrayadas con rotulador, las tablas de rotación, los horarios de cada una. Una de las enfermeras juguetea con un paquete de obleas de chocolate, las galletas industriales sin marca que se reparten a los pacientes. El chocolate fundido en el interior del plástico no es muy apetecible. La enfermera se levanta al reconocerlo.

—Se va a alegrar de verlo.

Manuel gruñe, nada más. Sin embargo, sonrío, porque le han enseñado a ser encantador con las chicas. Esta tiene más de cincuenta años, pero para

Manuel, que también pasa de cierta edad, las mujeres siguen siendo chicas. Sobre todo las que uno puede tocar, las que han crecido cerca y las que hacen un trabajo que ensucia las manos. La enfermera lo anima con la mirada. Sin saber si él duda o espera, lo escucha murmurar:

—¿Duerme?

Las chicas de paliativos parecen más vivarachas que las demás, se ha dado cuenta de eso cuando da vueltas por el hospital, solo, cuando baja a fumar o a coger un café de la máquina para escapar de la habitación de su padre. Un no sé qué del pintalabios de más, la risa viva, frecuente, la dulzura estudiada para hablar con los familiares. A veces se pregunta cuál se lo anunciará. No se queda con los nombres. Están la morena, la rubia, la de los pendientes raros, la gorda, la jovencita. No distingue a las enfermeras de las celadoras. Forman un magma apenas tranquilizador, hacen lo que él es incapaz de hacer: manipular el cuerpo roto y enfermo de su padre, cambiarle el gotero, darle de comer con la cuchara, limpiarle el culo. Le gustaría no pensarlo, pero les mira las manos, siempre.

Las suelas se le pegan al linóleo. A cada paso, hacen un ruidito esponjoso, un ruido sucio. Cuando entra en la habitación, no mira enseguida al hombre que está acostado, sigue primero el recorrido del gotero. Lo conoce, ese recorrido, hasta lo ve por las noches, sobre todo de noche, y después la mano marcada de venas gruesas, colocada sobre la sábana como un animal muerto, con la aguja clavada dentro. Luego sube hasta el rostro alargado, con sus ojos inmensos y el cráneo casi liso bajo los cabellos finos que vuelven a crecer: la pelusa de un polluelo. Las pantuflas inservibles a los pies de la cama, el aire que pasa por su garganta, sus dedos amarillos. Repite el inventario Manuel, el camino hacia el hombre que lo devuelve a la infancia con su mera presencia. Algunos rodeos antes de osar afrontar a su padre y su mirada del fin del mundo.

Pero hoy algo se agita debajo de la sábana, la mano que no tiene la vía hace vaivenes en medio de la cama, levanta la sábana de forma regular. Esto

interrumpe el recorrido de Manuel, lo deja paralizado en una incomodidad helada a pesar del calor.

—Ya no me corro —susurra su padre, con los ojos perdidos.

—Papá...

—No se levanta, ni siquiera cuando me lavan las más guapas.

Manuel se vuelve hacia la puerta, le dan ganas de huir, vergüenza también.

—Ya verás, cuando te pase a ti.

La mano sale de debajo de la sábana, se coloca, frágil, a lo largo del cuerpo tumbado.

El hijo tiembla por dentro, una tensión desagradable. Busca en su cabeza para encontrar una escapatoria. Mira la mano de su padre.

—Vas a perderla —suelta Manuel señalando la alianza.

En su dedo demasiado delgado, el anillo flota, deslizándose a veces hasta el nudillo.

—No irá muy lejos, ya sabes. Y, además, nunca me la he quitado, sigo pensando en tu madre. Todos los días desde que murió.

—Lo sé, papá.

Un silencio falso ocupa el espacio, lleno de respiraciones atropelladas y de fantasmas. Santo cielo, esa ventana, abrirla de par en par al verano, así, enseguida. Manuel se apoya sobre los codos en el marco, un poco mareado, por la falta de palabras sobre todo. Al mismo tiempo, no es algo nuevo, antes era aún peor. Pero ahora que la muerte avanza, hay cosas que salen, licencias sin rodeos, el olvido de ciertos códigos, y eso no le gusta. Le duele ver al viejo debilitado, aunque ha soñado mil veces con enfrentarse a él. Sobre todo porque ha soñado mil veces con enfrentarse a él. Esto lo vuelve loco, la enfermedad, los tubos, el final, pero por Dios «que termine», se dice. Y la vergüenza lo come de pensarlo con tantas ganas.

—¿Cómo está Séverine?

—Bien.

—Tiene un trabajo difícil. Con todos esos críos, está bien lo que hace.

—Es camarera, papá. Solo les sirve la comida.

—¿Alimentar a los niños no es nada para ti?

—Papá...

Al viejo le cuesta respirar, Manuel tiene miedo. Lo lamenta, una vez más.

—Trabajo en una obra en Bonnieux, ¿te he hablado de ella? Hemos reconstruido una pared de mampostería, menuda cosa, me habría encantado que lo hubieras visto.

Los enormes ojos de su padre se pierden en el marco de la ventana.

—Diles a las niñas que vengan a verme.

—... el patrón dijo que tenía buena pinta, a lo mejor la próxima vez me pone de jefe de equipo.

—Ya no me queda mucho tiempo, están de vacaciones, pueden venir.

Un nuevo silencio, más feo que el anterior, señala el final de la visita.

Sobre la mesita de noche yacen unos periódicos —*La Marseillaise*, *La Provence*—, viejos, de hace un par de días. Manuel se pregunta quién se los trae, a lo mejor una enfermera. O a lo mejor Séverine, que se pasa a veces a darle un beso a su suegro al volver del trabajo. Se obliga a sonreír antes de salir de la habitación, se da la vuelta en el último momento para mirar a su padre.

—Se lo diré a las niñas, papá.

OceanofPDF.com

Edward Bond

—¡Ha estado genial!

La chica lo suelta con el rostro serio de la fe eterna. Jo se aferra a este fervor que acaba de compartir durante cuarenta minutos en el minúsculo teatro de Bourg-Neuf. No hay mucha gente en esta representación de *Summer* de Edward Bond: cinco espectadores, pero el tipo de la entrada ha dicho: «Vamos a actuar de todos modos, es Aviñón, es así, hay demasiados teatros y demasiadas representaciones, cinco espectadores son bastantes». Iba maquillado, también actuaba en la obra: la taquilla, la actuación, el desmontaje del decorado y la limpieza también, sin duda. La ciudad está petada de carteles y de gente, demasiados, por supuesto, una locura extraña invade un poco más las calles año tras año. El festival de Aviñón ha adoptado muchas facetas. Ha habido una efervescencia mágica, con el tiempo, la plaza del palacio de los papas está recubierta de salvajes magníficos, disfrazados o no, actuando o trenzando cabellos largos, declamando poemas incluso al pavimento, mendigos sublimes. Por la noche, fiestas, escaladas acrobáticas y borrachos en el peñón de Doms, a pesar de la prohibición municipal. Incluso hay fiestas en los recintos cerrados del patio del palacio, en las salas traseras de los teatros, pero con las restricciones en forma de decretos, con la limpieza humana en una gestión cada vez más diestra, Aviñón se parece cada año un poco más a un decorado, *El show de Truman* en el que se agitan parisinos y turistas el tiempo que dura el festival. Todos se ponen de acuerdo para decir que, de todas formas, el festival era mejor antes.

Johanna lo descubre ahora, así que sin duda lo encuentra increíble, con esos millares de carteles que se comen las paredes de la ciudad y la gente que ha venido de fuera. Y además los pasacalles, sobre todo, la fascinan. No va a superar nunca que los comediantes se planten en plena calle, disfrazados y gritando fragmentos de textos, arengando a las multitudes sentadas en las terrazas. En su mundo, cada uno intenta conservar su orgullo, aunque sea miserable. Por supuesto que lo intenta en el colegio, pero no solo ahí. Su padre no aceptaría nunca ir a una fiesta disfrazado, su humillación sería total. Que algunos acepten las muecas, el maquillaje, el juego, le abre posibilidades. Todavía se siente incómoda, pero las fronteras se mueven, el ridículo cambia de campo.

La chica le sonríe.

—La puesta en escena ha sido brillante. ¿Te ha gustado?

Jo se pregunta si es parisina. Una amabilidad estudiada, excesiva, un toque de condescendencia. Entusiasmada como una monja extática, pero cada uno de sus gestos responde a unos códigos de elegancia que hacen que Jo tenga la impresión de que ella es fea, pobre y tonta.

—Sí.

—Mira, hay una inteligencia, una comprensión del texto... Me encanta este texto. Bond es único de verdad.

Jo asiente. No había oído hablar de Bond antes de hoy. Su profesor de teatro del colegio intentó sin mucho ahínco que interpretaran fragmentos de Molière.

—Sí, ha estado bien.

Lo piensa de verdad. A ella también la ha trastocado, aunque no tenga palabras para decirlo. Le gustaría tenerlas, de repente, para responderle a esta chica increíble, no mucho mayor que ella, que parece tan segura de sí misma. Jo tiene ganas de llamar su atención, de convertirse en su mejor amiga o de ser ella, es imposible saberlo. Ha elegido esta obra porque le ha gustado el cartel y porque la entrada no era cara: las ventajas de lo

extraoficial, de la sobrepuja de las compañías que rivalizan por sobrevivir. Le suena el teléfono. Saïd. La chica la mira con insistencia, no parece que tenga ganas de irse. Parece que encuentra interesante la compañía de Jo. Ella se aleja, solo un poco, para responder a Saïd. «No, aún no, pero sí, ven a buscarme. ¿Eh? Ahora mismo no, pero en un rato. ¡Sé que vienes aposta! En media hora en la muralla, en la puerta de Sainte-Catherine.»

Se vuelve hacia la chica, se guarda el teléfono en el bolsillo con un aire culpable, como si la otra pudiera ver la cara de Saïd, su coche viejo, e incluso oír su acento. La chica no tiene acento. Caminan juntas hacia la calle Teinturiers. La chica habla de la obra de teatro y de otra que ha leído, una maravilla, ¿Johanna la conoce? Se llama Garance. A Jo le duele un poco el estómago; no sabe qué decir y le molesta que sea incómodo. Le gustaría que le diera igual, como normalmente le sucede con los ricos. Pero las idiotas de su colegio que montan a caballo los miércoles por la tarde no han leído a Edward Bond. Siente de repente ese malestar incierto, el desgarró que deja entrever que el dinero abre un mundo diferente al de los coches de lujo y las vacaciones en el extranjero. No es la primera vez, pero se pone roja de repente, debido a las palabras de esta chica, su entusiasmo gemelo del suyo, pero mejor alimentado. Johanna se siente traicionada.

—¿Vives aquí?

Garance asiente.

—Mi madre vive dentro de la muralla. Yo voy al instituto Saint-Joseph.

—Por supuesto —suelta Jo riéndose.

—Sí, lo sé —dice Garance, con los ojos entrecerrados de diversión.

Un poco molesta también, quizá.

—Perdóname...

—Da igual, lo he entendido. Pero, ¿sabes?, no está tan mal.

Jo no responde.

La calle abarrotada de mesas invita a pararse, a tirarse horas allí bebiendo una Coca-Cola helada. De repente, Garance ve a unos amigos y se

pone a lanzar grititos de alegría interpelándolos. Sentados alrededor de una mesa baja clavada en la arena —un bar moderno que da la ilusión de una playa en pleno corazón de Aviñón—, los amigos de Garance responden a sus gritos con exclamaciones igual de excesivas y eufóricas. A Jo esto la embriaga. No dice hola. Se mete las manos en los bolsillos, mira a la mesa sin simpatía. Le parecen guapos y brillantes. Siente golpes fuertes en el estómago, no le gusta la situación, esas personas que sueltan gritos histéricos para decirse hola. Un poco como Céline y sus amigas, pero para nada igual.

—¿Te tomas algo con nosotros? —propone Garance.

—No, no puedo.

—Te invito.

—Tengo pasta, no necesito que me invites.

—No quería decir eso.

Jo planta sus extraños ojos en los de la otra, que se ilumina con una sonrisa.

—Tus ojos son increíbles, no me lo puedo creer, ¡no me había dado cuenta!

De repente es Jo la que se siente mal, mierda, los cumplidos no son su pan de cada día. Tiene claro que no es flirteo y tampoco es para reírse de ella. Jo se muerde los labios, mira a su alrededor como si esperara encontrar en la decoración un desfile de la incomodidad. Pero es Garance quien se decide, sin darse cuenta de nada:

—Dame tu número, te llamo, así tendrás el mío.

Los amigos de Garance han retomado su conversación, hablan de música. Jo nunca ha entendido que alguien pueda hablar de música. No se habla de música, la música se escucha. Como mucho puedes bailarla o hacer que otra persona la escuche, solo eso.

—¿Para hacer qué?

—Damos una fiesta en Gordes dentro de quince días, en casa de mi padre, algo gordo para celebrar que termina el festival. Con mis amigos. ¿Quieres venir?

Jo se encoge de hombros, parece que le da igual. Se muere de ganas de ir.

Le da su número a Garance.

OceanofPDF.com

Nunca como ellos

Los chicos han terminado pronto y no han tardado en ir a la casa de apuestas. Les suele gustar ir, pero a Manuel le falta diplomacia últimamente, así que Patrick le ha propuesto tomarse el aperitivo en otro sitio, no tenía ganas de que su amigo se volviera loco y le rompiera la cara a otro albañil.

La mayoría de las veces, es más bien al revés: Patrick es más inquieto que una mosca, está dispuesto a darle un puñetazo en la mandíbula al primero que lo contradiga solo por el placer atávico de pegarse con los demás. Manuel calma los ánimos cuando puede, lima las asperezas con palabras amistosas y cervezas conciliadoras. Una vez, solo una vez, se llevó una hostia, pero no era para él; error de cálculo, el objetivo se movía demasiado y Manuel, tan obstinado como de costumbre, quiso evitar la pelea. Aquello había calmado a todo el mundo. Porque Manuel era el más fuerte, eso se sabía. Solo había que ver el tamaño de los azulejos que levantaba para hacer una pared. Solo había que ver la velocidad con la que era capaz de levantar un muro. Y lo grandes que eran sus curtidas manos. Nadie le iba con mierdas para no llevarse una hostia tan fuerte como el puñetazo de un boxeador. Cada músculo se le marcaba como una amenaza, un desafío al resto de la manada.

Llegan a casa de Manuel con un *pack* de cervezas en cada mano, el pecho descubierto, con la camiseta metida por la cintura del pantalón, golpeándoles la parte trasera de los muslos como si fueran colas de animales. Séverine ve la televisión en el sofá.

—Podías haberme dicho que no volvías solo, me habría arreglado.

Patrick se ríe, va a plantarle un beso en la sien a Séverine, que apenas levanta la cabeza por miedo a perderse alguna sutileza de su programa: unas chicas bailan en el escenario y después sus entrenadores las insultan. Una de ellas llora en su camerino, se la ve sorberse los mocos en primer plano, con el pintalabios manchándole la mejilla mojada.

En todos estos años, Patrick la ha visto peor vestida, unas mallas y una camiseta de tirantes no van a ponerlo enfermo.

—¿Dónde está Valérie? —le pregunta Séverine.

—En casa, pero si te apetece, puede acercarse.

—Claro que puede venir a tomar el aperitivo, tengo algunas sobras.

Con una cerveza en la mano, Manuel se planta en medio del salón.

—Mañana madrugamos.

Patrick le está escribiendo un mensaje a su mujer para decirle que se una a ellos.

—Venga, no vamos a quedarnos toda la noche en tu casa...

Séverine levanta los ojos hacia el cielo, creando con Patrick una complicidad contra su marido, un clásico.

—¿Y mi cerveza? ¿O solo bebes tú?

—Vete a servir.

Patrick se burla, va a buscar dos, una para él y otra para la mujer de su amigo, el gran señor.

Mientras se quita las gotas de silicona pegadas a los dedos, Manuel pregunta si las niñas han vuelto.

—Céline está en su habitación.

—¿Y Jo?

—Aún no ha vuelto. Está con una amiga nueva, se pasa las horas en Aviñón.

—¿Una nueva amiga? —pregunta Patrick, que conocía a las niñas desde antes de que existieran.

Séverine vuelve la cabeza hacia él, las bailarinas de la pantalla empiezan una coreografía vestidas de putas texanas.

—Sí, una chica que va al instituto de Saint-Joseph.

Los dos se ríen. Manuel no.

—¿Eso os hace gracia?

—Pero, bueno, ¿qué haces todavía con esa cara? ¿No podemos relajarnos un poco?

—Si pudiera, yo también metería a la pequeña en el Saint-Joseph.

—Deja de decir tonterías, le irá bien en Cavaillon —suelta Séverine.

—¿Para que termine como su hermana?

—No veo la relación —responde Séverine con más dureza.

—¿No la ves?

—¿Crees que las niñas ricachonas no se quedan preñadas?

Patrick se acerca a la puerta bebiendo su cerveza. Hace como que espera a Valérie, cruza la cortina de plástico como si fuera a buscarla. En realidad, se aleja unos metros y observa el macizo de Luberon, que se vuelve naranja a esta hora. Aunque escucha las voces de todos modos.

—A lo mejor se dan cuenta antes, no lo sé.

—¿Podemos dejar de hablar de esto mientras hay gente en casa? ¿Sería posible?

Patrick se enciende un cigarro con su mechero Zippo. El olor familiar del gas lo tranquiliza. Aprieta la mandíbula, muerde el filtro. Séverine debe de haber subido el volumen, una versión de *Jolene* invade el jardín en este momento. La voz de la cantante no tiene nada de la mordacidad desesperada de Dolly Parton, pero su *please don't take him just because you can* le produce a Patrick los mismos escalofríos. Levanta la vista hacia la ventana abierta de la habitación de las niñas. Céline fuma un porro, en sujetador, apoyada en los codos. Lo mira sin decir nada, chupa del filtro de cartón despacio, para no quemarse. Se quedan así un rato. Él no le ve la tripa, solo los pechos que se desbordan, el encaje a punto de desgarrarse, la

carne suave e hinchada. Y sus ojos sin expresión que no se apartan de los suyos. Se acuerda del día en el que Manuel apareció como un tarado en la casa de apuestas para anunciar que había nacido, con las manos temblando, los ojos húmedos como los de una nenaza. Y la cogorza que siguió. Se pregunta en qué piensa Céline, el corazón le late a mil por hora. Ella tira la colilla que todavía suelta humo a sus pies. Él la aplasta con la punta del zapato. Después vuelve a levantar la cabeza, pero Céline ha desaparecido.

Al final son Manuel y Séverine quienes se reúnen con Patrick en el jardín. Séverine se ha puesto una camiseta de manga corta y una falda, se ha recogido el pelo en una cola de caballo, parece una animadora americana con un par de años de más en el contador. Pero le queda bien. Cuando aparece Valérie, trae cacahuetes, un paquete enorme de cacahuetes con cáscara, pega bien con la cerveza. Y después los hombres se pasan al pastís. Hablan de la obra, en Bonnieux, y del estanque que la propietaria les hace construir justo al lado de la piscina. Hablan con una mezcla de envidia y de burla, porque un estanque no sirve para nada, es una tontería, un capricho de ricos.

—Pero ¿para qué sirve? —insiste Valérie.

—Para que quede bonito. O para meter peces, yo qué sé.

Patrick bromea. Aplasta los cacahuetes entre los dedos, saca el fruto, los mastica de dos en dos. Un montón de cáscaras fibrosas se acumula en el cenicero, que amenaza con desbordarse. A veces, de manera furtiva, lanza un vistazo hacia la ventana, buscando a pesar de sí mismo la silueta de Céline, que no vuelve a aparecer. Manuel intenta mostrar una cara más tranquila a su mujer, a su amigo, a la mujer de su amigo. Se dice que Séverine es más guapa que Valérie y sus kilos de más, su flequillo rubio y sus pendientes de bisutería. Es un pensamiento agradable. Se dice que se

está bien ahí, en el atardecer después de un día de trabajo; casi se convence de ello. Destierra a su padre, destierra a su hija. Bebe demasiado rápido.

Por la puerta y las ventanas abiertas todavía se oye el televisor, fragmentos de noticias terribles y espectaculares que no parecen preocupar a las masas, a primera vista. Las bombas han arrasado varias ciudades de Oriente Próximo; los accionistas han ganado miles de euros en dividendos; los sindicalistas intentan llegar a un acuerdo con los jefes de una empresa enorme para evitar dos mil despidos.

—Habría que matarlos a todos —suelta Manuel.

—O hacerles vivir con el salario mínimo —propone Valérie.

Es simpática, Valérie. Bueno, no siempre, pero tiene un ímpetu pedagógico, un rechazo de lo violento, aunque sea la primera en cabrearse. Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo se calla porque no pasa muy a menudo; Patrick tampoco es mal tipo y la vida no es fácil para nadie. Además, ella también se enfada, cuando las cosas van mal entre ellos, no hay que creerse que se queda de brazos cruzados.

Las noticias continúan: una madre ha encontrado a su hija después de veinte años. Un cantante viejo ha muerto. Un grupo radicalizado de un barrio de las afueras de París ha sido desmantelado. Se ha incendiado un campo de refugiados en el este. Se alarga el estado de alarma.

El sonido de un motor acalla de repente las noticias y un coche entra despacio en la urbanización, un coche desconocido. Aquí todos conocen el coche de los demás, la marca y la fecha de salida de fábrica, incluso las pegatinas del parachoques trasero, los «Bebé a bordo» y otros «Adelántame, idiota». Este coche no lo han visto nunca, un Audi A3 nuevo, negro como el hollín, que frena delante de la casa y se detiene. Cristales tintados, imposible ver quién está al volante. Los bebedores se callan. Y emergen las piernas de Jo, del asiento del pasajero. Sale del coche, con el pelo todavía mojado, con un aire de niña en la sonrisa, vuelve a cerrar la puerta. Para saludar a sus padres y a los otros, se vuelve a poner una

máscara sin alegría, dando dos besos como si fuera un desafío. Los cuatro siguen callados. Pero todo el mundo quiere saber.

El coche vuelve a arrancar, para ir a aparcar cincuenta metros más lejos. Alrededor de la mesa todavía hay un silencio duro, lleno de preguntas. La tapia es lo suficientemente baja como para que cada uno pueda espiar a su vecino; los cuatro giran el cuello para observar el coche y a su ocupante. Es Saïd el que sale. Cierra el coche con la llave, hace un ruido como de sable láser y los faros parpadean antes de apagarse. Entra en su casa.

—¿Y ese coche? —gruñe al fin Manuel.

—Tiene pasta, el idiota —silba Patrick.

Jo niega con la cabeza.

—Bueno, trabaja.

—Con un sueldo de jornalero, pagarse un coche como ese...

Manuel no dice nada más, tiene la mirada fija, pone los ojos en blanco.

—Ponme otro pastís —le dice a Séverine, y ella lo hace sin rechistar.

Hay momentos, como ese, en los que lo comprende. Muy a menudo, de hecho, como si nada. A veces simplemente hace como que lo pasa por alto. Mira a su hija, de pie al comienzo de la noche, que duda entre sentarse o largarse con su hermana al piso de arriba.

—¿Qué has hecho hoy?

—Nada.

—¿Nada?

—He visto una obra de teatro en Aviñón y he estado bañándome en el río Sorgue.

—¿Ha estado bien?

—Normal.

Jo se encoje de hombros, coge un puñado de cacahuetes.

—¿Los cacahuetes no es lo que se les da de comer a los monos?

—¡Tú sí que eres mona!

Patrick le da una palmada en el muslo; ella se aparta y le lanza una mirada fría. A él le importa todo una mierda y se pone a imitar a un chimpancé, soltando gritos ridículos. A pesar de todo, ella sonríe.

—Adiós, viejos —suelta antes de entrar en la casa.

*

—No tengo hambre.

—Bueno, esfuérzate un poco.

La pizza congelada que Jo ha calentado en el microondas desprende un olor a grasa y a hierbas provenzales.

—Hace demasiado calor para comer algo así.

—Venga...

—Me dan ganas de potar.

—Creía que iba a quedar mejor.

—Bueno, lo que tú digas, pero si me pones eso debajo de la nariz, lo voy a echar todo.

Jo mastica su trozo de pizza, encorvada en su cama, cara a cara con la de Céline.

—¿Qué tal con la abuela? ¿Aguantas la presión?

—Sí.

Céline se coloca una mano sobre su vientre desnudo y redondo. Se rasca el ombligo con sus uñas rosas, acaricia la piel dibujando espirales a su alrededor, alargando el círculo y volviendo al centro.

—¿Aún siguen ahí Patrick y Valérie?

—¿No los oyes?

Las risas suben hasta la habitación, algunas opiniones sobre todo y trozos de chistes. Valérie se ríe demasiado fuerte.

—Sí.

Céline suspira como una moribunda, con un brazo por encima del rostro, con los ojos aún maquillados cerrados.

—¿Has ido al río con Saïd? Hoy no trabajaba, no lo he visto.

—Sí.

—Joder, qué bien se está contigo, das detalles, siento que compartes, me gusta.

Jo se ríe sin hacer ruido.

—He vuelto a quedar con mi amiga, la de Aviñón.

—Cuenta.

—Hemos ido a ver un par de obras de teatro.

—Vaya, qué revelación...

—Hay una fiesta en su casa dentro de dos semanas. ¿Vendrás?

Céline rueda sobre el costado, se clava el pulgar en la mejilla.

—Me paso el verano en casa de los abuelos en medio de gente mugrienta y ya no veo a nadie. Así que sí, iré a tu fiesta de empollones. Lo que sea por escapar de este puto verano de mierda.

Se inclina para coger un trozo de pizza. El queso ha empezado a solidificarse. Tiene una pinta asquerosa, pero su hermana tiene razón, necesita comer algo. Las dos cenan en silencio, esperando en vano que un soplo de aire entre por la ventana. Pero la noche sigue siendo bochornosa. La voz del padre sube hasta ellas, sin que entiendan las palabras.

—Jo...

—¿Sí?

—Nunca seremos como ellos, ¿verdad?

Ella no responde enseguida. Duda, sopesa la pertinencia de una respuesta demasiado lúcida. Ante la duda, elige una mentira a medias.

—No, nunca.

—Apestas, Manuel.

—Séverine...

—Ni siquiera te has duchado cuando has vuelto.

Ella aprieta los dientes, sus ojos se posan más allá del hombre que se restriega contra ella respirando demasiado fuerte.

—No me cabrees.

Patrick y Valérie se han marchado después de los cacahuets y la cerveza. Las niñas no han vuelto a salir de su habitación y no lo harán hasta el día siguiente. Así que han comido sobras de pollo en el sofá, viendo el final de una película bastante tonta, una comedia romántica con un desenlace demasiado previsible. Sin hablar, sin evocar al sujeto doloroso: una tregua.

Después, Séverine se ha levantado para meter los platos en el lavavajillas. Manuel ha seguido sus piernas y su culo, muy excitado de repente.

—Para, ahora no.

Él intenta besarla, pegarse a ella, la empuja contra la pared, a ella suele gustarle mucho que él sea más fuerte. Antes, decía que era tranquilizador, sus brazos, su voluntad. Después no lo ha vuelto a decir, pero él siente que le sigue gustando, que se vuelve casi dulce, muchas veces. Ella intenta zafarse, pero él presiona, fuerza el camino para colar una rodilla entre sus muslos.

—¡Que me dejes, hostia!

—Joder, eres mi mujer, ¿no? ¡Sigo teniendo el derecho de follarme a mi mujer!

Ella intenta empujarlo con sus bracitos, pero no surte efecto; entonces arruga la nariz con un asco casi actuado, excesivo. Él se mantiene duro y sólido, no la deja salir. Agitándose, ella se restriega un poco más contra su rodilla, a pesar de sí misma. Eso la excita, entonces le da un tortazo. El aliento del hombre apesta a alcohol, su respiración cargada se acelera. Le

sube la falda a Séverine y tira de sus bragas; ella le da otra bofetada. La enorme cabeza de Manuel apenas se mueve bajo sus tortas. Séverine ahoga un grito mordiendo con violencia su cuello de toro. Para él el mordisco es un aliciente, una confesión. Ella siente la pared de gotelé en su espalda. Manuel penetra en ella con tanta furia que ella lo deja entrar, abriéndose aún más para evitar el dolor, con los muslos levantados, las pantorrillas apoyadas en sus riñones.

A veces, ella se imagina a otro, alguien que no existe y que la desearía por primera vez. No tiene rostro ni forma precisa. Nada de un atleta ni de un actor, o a lo mejor una mezcla de todos, con algo nuevo e indecible que ella codiciaría sin conocerlo. Un hombre que bailarían, quizá. Sus bragas moradas, colgadas de uno de sus tobillos, se balancean rítmicamente contra el culo de Manuel y este detalle le produce ganas de llorar. Consigue descansar una pierna en el suelo, como un hilo que la reconectara con el mundo. En cuanto al resto, la espalda está pegada contra la pared, pero no es tan doloroso; los movimientos que imponen el ritmo inclinan su cuerpo por el deseo del otro. Siente el hedor del sudor familiar y la urgencia del desaliento —que no sabe nombrar— le hace cerrar los ojos. Séverine repasa en bucle las palabras que le dijo a Charlotte: le encanta su vida, no la cambiaría por nada y Manuel sigue estando tan fogoso como al principio.

Los condenados de la tierra

De niña, a Céline le encantaba masticar las almendras aún tiernas. Se suponía que eso te ponía enfermo, pero a ella nunca le sucedió. Verdes y peludas, colgaban en racimos a lo largo del camino a la escuela. Céline las pelaba con los dientes. Ahora, los almendros ya no le interesan, la carne lechosa le parece insípida. Simplemente encuentra algo de placer en aplastar algunas cáscaras secas con una piedra cuando las almendras ya están maduras. Y otra vez. El gesto en sí le parece obsoleto, un remanente de la infancia de la que se alejó al aprender a maquillarse. Solo Jo disfruta todavía encontrando dos almendras gemelas en el corazón de las cáscaras, picando a su hermana para que jueguen a Filipina, un juego estúpido en el que cada una se come una almendra y debe ser la primera que, al día siguiente, grite: «Buenos días, Filipina» para que se cumpla su deseo. Cosas de críos. Se acuerda de ello por culpa de los almendros que bordean el camino entre la carretera comarcal y la propiedad de los viejos.

En la cocina, que su abuela mantiene impecable, Céline llena un termo de café para los trabajadores, como todas las mañanas. En una cesta ha metido trozos de panceta y queso, pan, una botella de vino. El perro se ensaña con un hueso, lo escucha jadear al gruñir en el extremo de su cadena, por la ventana abierta. Para evitar al animal al salir, ha tirado recto entre dos almecees del patio y ha ido a ofrecerles su descanso a los condenados de la tierra que trabajan en el campo de los manzanos.

—¿Por qué te empeñas en traernos panceta cuando tres cuartos de los que estamos aquí no la comemos? —pregunta Saïd rebuscando en la cesta.

—No soy yo, es mi abuela.

—Lo hace aposta.

—Es posible, sí.

Pilla un trozo de queso y se lo come sin pan.

—No cambiarán, ¿eh?

—Cobardes... —murmura un argelino viejo abriendo la botella de vino.

—¡A ti en cambio te encantan la panceta y el vino, cerdo! —exclama Saïd riéndose.

—Yo soy cabilio, sé lo que es bueno. Pero la intención, hijo mío, es cabrearnos.

A Céline no le gusta.

—Y aun así os dan trabajo. Son majos para ser cobardes.

El cabilio sonríe a Céline, parece sopesar las palabras que vendrán a continuación. La luz profundiza sus arrugas, él cierra los ojos ante el sol. El resto de los trabajadores se acercan, meten la mano en la cesta. Desenrollan sus cuerpos, se estiran, tienden los ojos hacia la nieta del patrón, hermosa y casi madre, plantada en la tierra como una estatua barriguda. Ella no sabe lo que piensan de ella. El viejo se inclina hacia ella. Desprende un olor a sudor un poco agrio, lleno de cansancio.

—¿Sabes lo que hizo tu abuelo el año pasado?

—¿Por qué se lo cuentas? —suplica Saïd.

—¿Por qué no debería hacerlo? Tiene que saberlo, ya no es una niña. A lo mejor lo encuentra normal o una gran ocurrencia.

—Déjalo, Céline no es así.

Añade algo en árabe que la chica no entiende.

—¿Qué hizo mi abuelo?

Saïd cierra el pico, firmando la rendición con su silencio.

—Contrató a sin papeles para la vendimia —continúa el viejo—. Todas las vendimias. Estarían contentos, pensarás. Incluso les dejó dormir bajo el porche, con el tractor. Trabajaron como si su vida dependiera de ello, porque en efecto así era.

—Ya está bien, Shems, no digas más —gruñe Pascal, que también se acerca.

Todos parecen conocer la historia, pero están atentos a la reacción de Céline.

El viejo cabilio echa un trago de vino directamente de la botella antes de continuar. Dosifica su efecto, entre la cólera que ensordece las palabras y el papel de narrador que saborea conforme los demás se reúnen a su alrededor.

—Recogieron la uva en un tiempo récord, los muy idiotas. Estaban motivadísimos. Tu abuelo fue el primero de la región que puso la uva a fermentar. Y ¿sabes lo que hizo después de la vendimia?

Céline sabe bien que no espera una respuesta. De todos modos, niega con la cabeza para que continúe.

—Avisó a la prefectura y a la policía.

Shems se saca un cigarrillo sin filtro de su paquete flácido. Está un poco torcido por el extremo, así que lo endereza antes de ponérselo en la boca. El olor del tabaco negro marea a la joven, que espera para comprender lo que ya ha comprendido, que tarda un poco.

—Un grupo consiguió huir por los campos y largarse. A los otros los detuvieron. Lo mejor es que, de hecho, tu abuelo no tuvo que pagarles.

Céline encaja el golpe. No consigue saber si está sorprendida o no, si debería estarlo. Con lo que escucha desde siempre sobre los árabes, los rumanos, los judíos, y son ellos los que la cagan, muchas veces. Solo hay que ver los atentados, ella también ve la tele. Todo esto es un poco confuso, aunque en realidad le da igual. Diente por diente y no hay humo sin fuego, algo parecido.

No dice nada. Solo siente que la infancia hace la maleta de verdad, con las almendras verdes y los secretos que se escupen como flemas.

OceanofPDF.com

Ni nada ni nadie

El niño tiene mocos secos en la mejilla. Séverine se pone en cuclillas para limpiarle la cara. En el colegio del pueblo donde trabaja, Séverine no solo se ocupa de servir la comida con un gorro de papel en la cabeza. También vigila a los niños durante los recreos, mientras los maestros fuman cigarrillos en el aparcamiento, y también ayuda durante la clase: recoger los juguetes, limpiar mocos, presionar algodones rojos sobre las rodillas rasgadas y contar otra vez las tijeras de puntas redondeadas. Y les devuelve los niños a sus padres a la salida de la escuela. No lo odia. Es un trabajo. Mal pagado y matador, pero tan importante que no ve cómo podrían pasar sin sus servicios. Es evidente que sueña con otra cosa, a veces. Pero no sabe con qué.

En verano no para. El campamento sustituye a la escuela, pero son los mismos niños, la misma cadena la que trae la comida y los recreos son más largos.

Empuja al niño hacia su madre, que se apresura a meterle un pan de leche en la boca. La madre del niño, Séverine la conoce, por supuesto, es la hermana pequeña de una compañera de clase; aquí, aparte de los jubilados estadounidenses y los parisinos de vacaciones, conoce a todo el mundo, ese es el problema.

—Me he enterado de lo de tu hija.

Séverine cambia la cara, una expresión poco atrayente, pero eso no desmotiva a la otra.

—Si necesitas cualquier cosa...

—¿Como qué?

La sonrisa de la madre se queda congelada, se transforma en una risa nerviosa.

—No sé.

—Entonces, si no lo sabes, ¿por qué hablas?

La mujer joven tira de su hijo contra sí como un escudo. De repente tiene una visión fugitiva pero clara de Séverine con dieciséis años, cuando ella acababa de entrar en el instituto, una niña perdida en medio de la crueldad infame de la preadolescencia. Una vez Séverine hizo llorar hasta a una vigilante. Segura de sí misma y victoriosa, eligiendo sus amigas y sus enemigas en la jungla en la que reinaba. En la época en la que reinaba.

—Solo quería ayudar.

—No necesitamos nada ni a nadie.

Al llegar a casa, se encuentra a Jo en la cocina. Con los pies sobre la mesa, su hija traga patatas fritas con pimentón después de mojarlas en yogur.

—Nunca he entendido cómo puedes comer eso.

Johanna cambia de tema:

—He puesto el lavavajillas.

Séverine empieza a vaciarlo, colgando las cacerolas por tamaño en la pared, encima del fregadero.

—¿Por qué estás tan enfadada con Céline?

La voz de la adolescente resuena en un silencio de cocina, partido solo por el sonido de los platos de Pyrex que su madre apila ahora en la encimera. Séverine aprieta los labios, sus mejillas se mueven como si masticara las palabras antes de escupirlas:

—Se lo ha buscado.

Jo la observa, a ella y a sus ojos fijos, perdidos de repente en las juntas de la pared.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender. La vida no son cuentos para niñas. La vida duele. Tú eres más joven y sé que ya lo has entendido. No hay que contarse historias porque después, al final, es peor.

Termina de recoger los platos, pasa el pulgar por las amapolas en relieve, en los bordes huecos.

Jo lava su tazón a mano en el fregadero, sin responder. La madre continúa:

—Tienes que dejar de quedar tanto con Saïd.

—¿Por qué? ¿Qué tenéis en su contra?

—Yo nada, pero tu padre está demasiado tonto ahora mismo como para que tú añadas más razones.

—Somos amigos de toda la vida.

—Ya no sois niños y no sé cómo lo ha hecho para pagarse el coche, pero teniendo en cuenta su salario de trabajador agrícola...

—¿Y qué?

—Está claro que trafica.

Jo se vuelve, el enfado apenas contenido.

—Como si os importara que traficase. Además, papá trabaja en negro fin de semana sí fin de semana no, pero Saïd, si tiene pasta, es porque está claro que es un camello.

—Yo no he dicho eso.

—De hecho, sí. Es exactamente lo que has dicho.

Séverine suspira. Mira a su hija y sus ojos furiosos. Tan extraña, esa mirada, tan rara. En el fondo, a ella le da igual que Jo quede con Saïd o con cualquier otro. Solo le gustaría que la dejaran tranquila. Le habría encantado encontrar la casa vacía, no hablar, no tener nada que escuchar. Habría preferido estar sola, eso es todo.

Siente un gran alivio cuando Jo sube a su habitación. Apuntando con el mando hacia la pantalla como si fuera un arma, Séverine se tumba en el

sofá. Como teme la llegada de los otros dos, le echa un vistazo inquieto al reloj de Mickey: otra cosa fea de la que jamás ha sido capaz de deshacerse. Una hora de tranquilidad. Sube el volumen.

OceanofPDF.com

La procesión de las flores

El sistema de sonido reproduce un fragmento de Louane, que se retransmite por todos los altavoces de la ciudad. Jo tiene ganas de encontrar la fuente del delito para arrancar los cables. No puede, cada vez que escucha la introducción, visualiza el asesinato de la cantante, un baño de sangre y las cuerdas vocales arrancadas. El problema es que ninguna verbena de pueblo, ninguna manifestación pública escapa a su repertorio este verano, una maldición que no parece que vaya a terminar antes del otoño.

—Estás exagerando, tampoco es un horror —dice Saïd, riendo.

—Prefiero la antigua danza de la Tarántula.

Céline se pone a cantar en el oído de su hermana las palabras que se conoce de memoria, marcando cada sílaba e insistiendo en las notas del estribillo, a todo pulmón.

—Para, eres una pesada.

Aun así, le hace reír. Es agradable ver a su hermana hacer el imbécil, los hombros iluminados, en medio de la muchedumbre. Un apoyo salvador. Da la impresión de que todo se puede salvar, el verano y lo que venga después.

La calle Gambetta retumba con los acordes que aborrece Johanna y decenas de grupos se cruzan, se evalúan y se funden en la tarde, que se anuncia festiva, a pesar de las animadversiones musicales y los odios tenaces de los grupos que se evitan por un instante pero que se buscan con la mirada. Aquí, la gente todavía se viste de domingo cuando tiene la ocasión. L'Isle-sur-la-Sorgue, último día de julio, y la procesión de las flores ve desfilar los barcos a lo largo del río bajo los gritos de los

habitantes. Las barcazas de remos, las típicas *nego-chin* inestables, sepultadas bajo flores.

Cuando Jo, Céline y Saïd eran niños, decenas de plátanos centenarios rodeaban el río Sorgue en el propio centro de la ciudad. Una maldita enfermedad de las plantas obligó al ayuntamiento a cortar todos los árboles de raíz; así es como las riberas se convirtieron en explanadas. Hoy en día, los transeúntes que se colocan en la orilla del agua para ver pasar los barcos se cuecen tranquilamente. L'Isle-sur-la-Sorgue es pequeña, pero menos sombría que Cavaillon. Puede que el río, que atraviesa la ciudad y le regala sus fondos translúcidos, su lecho de algas mojadas, le dé un encanto anticuado. O el mercadillo y sus turistas. Algunos lugares todavía están pavimentados y las escuelas en niveles menos catastróficos que la de Cavaillon. Dos ciudades hermanas que sin embargo son incomparables. Incluso Jo se da cuenta, el decorado influye, no es algo nuevo. Los niños gritan, con las piernas desnudas al correr, cada vez que pasa una nueva barca. Hay temáticas, igual que en las carrozas, pero en el agua. Un año, las niñas participaron. Estaban en la barca egipcia, con los ojos pintados de negro, con los párpados dibujados en forma de triángulo, como Cleopatras preadolescentes falsas. Al principio se reían mucho, pero luego se cansaron de actuar como figuritas en esa barca de equilibrio relativo. Al verano siguiente, prefirieron quedarse en tierra firme, alternando aplausos y bromas para esas carrozas flotantes con colores de un país o de un tema. Habían elegido, verano tras verano, la decadencia con los compañeros, latas y risas bajo el ojo reprobatorio de los que estaban en el río.

De hecho, los tres se acercan ahora a la barcaza que acoge todos los años al grupo. No lo hacen aposta, sino por acto reflejo. Los del pueblo y algunos del instituto, la mayoría viven en Cavaillon.

Lucas es el primero que los ve. Sentado a lo amazona en el asiento de su *scooter*, hace un movimiento a la vez de sorpresa y de alegría al ver a Céline, pero se contiene, colocándose una máscara de indiferencia sobre su

hermosa cara, salpicada de ligeros granos como si fueran estrellas. Se masajea la nuca sin saber muy bien qué hacer. Saludar o no, encontrar una broma inteligente, un insulto, pelearse o desaparecer detrás de su montura. Ève y Vanessa los ven, esas de las que Céline ya no habla. Manon suelta un gritito al examinar la silueta de Céline. Ella, en cambio, sigue enviándole todos los días mensajes de preocupación a su amiga. Y luego Enzo le sonríe, como antes, entonces ella se vuelve hacia Saïd y su hermana, con los ojos brillantes, las manos temblando, revoltosas: frente, pelo, orejas, tripa.

—Voy a hablar con Manon.

—¿Estás segura? —resopla Johanna.

Saïd y ella la ven caminar hacia las otras, con la panza por delante, un apéndice engorroso, inapropiado. No es el momento de recuperar su lugar de reina, solo el de existir de nuevo.

—Ni siquiera entiendo por qué aprecia a esos gilipollas.

—Son sus amigos, Jo.

—Son imbéciles.

Ella no se acerca. Los mira, uno a uno, llevarse su lata a la boca, mover la pelvis, los brazos, soltar una risa excesiva. Se mete las manos en los bolsillos de detrás de los pantalones y se da media vuelta.

Desde la otra orilla, Patrick observa a las niñas. Se está tomando algo en una terraza con Valérie. Es domingo y no hay ninguna chapuza prevista, nada más que un día ocioso y caluroso; se está bien. Se ha puesto guapo, se ha quitado los restos de pintura y de cemento hasta de debajo de las uñas con un cepillo. Con nerviosismo, juguetea con la varilla de plástico del cóctel, una mujer desnuda que recorre el tubo de plástico naranja. Patrick frota con el pulgar los muslos en miniatura de la chica *pin-up*, sin darse cuenta. Valérie cuenta algo, una historia desagradable con la responsable de la sección, una zorra que les ha quitado parte del salario por una pausa para

fumar demasiado larga. Al principio, era provisional, seleccionar las lechugas en Crudette, esperaba encontrar otra cosa, tener un niño antes, salvo que el niño nunca llegó y al final se quedó con el trabajo. Pero con el último plan de reestructuración, no es seguro que pueda seguir en Crudette. Tiene miedo de encontrarse entre los próximos despidos, así que tiene que evitar las pausas para fumar demasiado largas.

Patrick no escucha. Finge que lo hace, apoyándola en los silencios, con sonrisas dirigidas a nadie. Estira su perfil nervioso de derecha a izquierda, con la nariz abierta, se aplasta los rizos con la palma de la mano. El niño nunca llegó y no era culpa de no haberlo intentado. Valérie contó los días, apuntó fechas con bolígrafo rojo en el calendario, los días en los que follar se convertía en coito en aras de la reproducción. Los médicos buscaron, analizaron, preguntaron. No llegaron a descubrirlo. Por parte de Valérie, todo funcionaba de maravilla, una buena máquina engrasada y un útero acogedor. Le pusieron un tratamiento, para aumentar sus posibilidades, pero nada de nada. Ni siquiera un huevo sin embrión o un principio de embarazo que acabara en aborto. Los médicos no encontraban qué era lo que iba mal, los análisis de Patrick también eran buenos, a pesar de algunos espermatozoides débiles, había dicho un especialista que no había medido los efectos de ciertas palabras. Había añadido que era normal, que no había por qué preocuparse, que eso no impedía del todo la concepción de un niño. Pero el orgullo, por Dios.

Al final seguían juntos y era tan extraño como lógico: una lógica retorcida, llena de lamentaciones en forma de cansancio, de rencores familiares y reconfortantes.

Valérie suda en su blusa con volantes en los hombros, le dibujan aureolas marrones en los brazos. Entre los tratamientos y la espera, se ha deslizado hacia este cuerpo flácido, no desagradable, por cierto, sino un valle de carnes redondeadas demasiado voluminosas para ser bonitas.

Dejaron pasar lo del niño. En fin, es lo que se dice, un fatalismo de fachada. Incluso se han acostumbrado a presumir de las alegrías de la ausencia de hijos, no se privan, mientras sus amigos se quejan de los suyos, de hacer valer su suerte como si la hubieran decidido ellos mismos.

Los parisinos se instalan en las mesas vecinas, se sorprenden de que los precios sean tan bajos «en provincias». Son felices como colonos.

Patrick observa a las hijas de Manuel. Céline se ha sentado en la orilla del agua, con una mano sobre la tripa. Se echa el pelo para atrás. Es guapa, pero no como antes. Patrick mira a todos los críos que la acompañan, entrecerrando los ojos para reconocerlos mejor.

—¿Escuchas lo que te digo?

—Perdona.

Valérie acaba por darse la vuelta. Cuando vuelve a colocarse en frente de Patrick, ya no sonríe. Tiene la boca un tanto torcida, interroga a su marido con la mirada.

—¿Crees que Manuel sabe que están aquí?

Él se encoje de hombros, se termina su copa. Mientras toquetea su móvil, posa los ojos en Saïd y Jo, que se dirigen hacia el callejón, hacia el aparcamiento de la presa. Un inmenso *nego-chin* cargado de bailarinas interrumpe su campo de visión.

*

En el Audi que huele a nuevo y a marihuana, Saïd intenta corregir las dudas de la última vez. Se da cuenta de que no va a ser sencillo. Con las chicas siempre es complicado. Con Jo, aún más. Esa agresividad que incubaba sin cesar y sus ganas de salir a ver si el mundo vale la pena para agitarse. En el fondo, comprende vagamente esos impulsos, pero no cree que en otra parte la vida sea mejor. Es lo mismo. Solo hay que acostumbrarse a las cosas para que vayan bien y uno pueda abrirse hueco, aunque sea en un agujero.

Además, ¿qué sabe ella de la vida con quince años? A él le encanta tener tres años más, a veces le da la impresión de dominar la situación. Las chicas de su edad lo aterran, y a ellas no les ha chupado la sangre de las rodillas raspadas. Eso une, las caídas de la bici en carreteras llenas de baches.

Pero ahora está un poco acojonado. Ella todavía está de morros.

—Está bien este coche, de todos modos, se deja ver.

Jo le lanza una mirada sin pasión. Se bebe la cerveza como una *rockera* desencantada, sentada sobre una de sus piernas dobladas y con la otra apoyada en la guantera. Echa la cabeza para atrás cuando suelta el humo de su cigarro. Es demasiado teatral, pero funciona. Saïd se ríe con nerviosismo.

—Venga, no hagas como si te la pelara.

—Me la pela.

—Ah, ¿sí?

Suspira como una mujer cansada.

—Pues sí, me la suda tu coche.

—¿Tienes algún problema?

—No. Sí.

—¿Es tu hermana?

—No lo sé.

Después, como si le hubiera picado un mosquito, se agita, buscando el botón para abrir la ventana.

—Qué calor.

—Espera, tengo aire acondicionado.

—Maravilloso...

Le ofende, a Saïd, la ironía de Jo. El coche le ha costado un riñón. Está orgulloso. Jo deja vagar sus ojos desiguales tras el parabrisas, está en otra parte y empieza a gustarle.

—¿En qué piensas?

—En Antígona.

Hoy lo está desanimando mucho.

—¿Nos piramos?
—¿Sabes quién es Antígona?
—¿Nos largamos a un rincón tranquilo?
—No sabes quién es.
—¿Eh?
—Antígona. No sabes quién es.
—¡Me la pela, joder! ¿Una amiga tuya?

Sabe que no es la respuesta correcta, lo sabía antes de contestar, pero le ha tocado bien las narices. Cuando se da esos aires de tía que sabe más que él, cuando se lo recuerda, le metería una torta. Además, está su piel desnuda, el vacío de la clavícula, y sus piernas, y está seguro de que ella también tiene ganas, entonces ¿por qué lo pica? Se siente bien con ella, la mayor parte del tiempo. Y a veces tiene la impresión de que ella lo coge de la mano y él la sigue sin creérselo demasiado. Normalmente, debería ser al revés, es lo que se dice a veces sin comprenderlo de verdad.

Jo se quita las sandalias, se hace un ovillo contra la puerta, con las rodillas en la barbilla. Termina por aflojar las mandíbulas.

—¿Dónde quieres ir?

Que cambie de tema lo relaja un poco. Y tiene ganas de llevarla donde ella quiera, hay un montón de rincones tranquilos que conoce bien, algo encontrará.

Cuando gira la llave de contacto, *Paper Plans* de M.I.A. explota por los altavoces y los sobresalta a los dos. Saïd se inclina para bajar el volumen. No oyen el primer golpe que le dan en la puerta de delante, en el lado del conductor. Solo reaccionan cuando estalla el retrovisor.

—¡Estáis zumbados! —chilla Saïd, saltando fuera del coche.

Manuel lo encara, Patrick está un poco apartado.

—¿Qué haces con mi hija?

—Papá, joder, ¡qué más da! —ruge Johanna saliendo a su vez del coche. Se endereza frente a su padre. Manuel la coge de la muñeca.

—Tienes quince años, así que cierra el pico, sigo siendo yo quien decide.

El agarre del padre sobre los huesos de su muñeca es igual que una trampa para un loco: aparte de mordiendo su propia carne, no ve cómo puede escapar. O morder la del otro, a lo mejor funciona: le clava los dientes. Él le suelta la muñeca para darle una bofetada, un revés que la tira, la deja con el culo en la gravilla del aparcamiento. Ella se sujeta la barbilla, se toca con prudencia la nariz con la punta de los dedos, para comprobarlo. No hay sangre, pero le duele, se pone a lloriquear en voz baja.

—Vuelve a montarte en tu coche de mierda.

La voz del padre como un gruñido que todavía vibra en su cabeza, y Saïd que la mira, se muerde los labios impotente, aprieta los puños.

—Ya está, Manuel, el bastardo se va. Eh, que te largues —añade Patrick. Saïd escupe en el suelo, a los pies de Manuel.

—Es la segunda vez, y ahora vas y me tocas el coche. Así que...

—¿Así que qué?

—Ya volveremos a hablar.

—Eso, sí.

—¿Le has explicado a tu amigo cómo llegas a fin de mes?

—¡Cierra el pico!

Saïd se monta en el coche, rabioso como un animal atrapado.

—Panda de desgraciados —suelta al arrancar.

Jo se levanta frotándose las manos contra los muslos. Va un poco andrajosa, entre las lágrimas y el sudor; se frota los ojos con el dobladillo de su camiseta.

Con los labios hoscos de repente, Patrick se acerca a Manuel.

—¿De qué hablaba?

—No lo sé.

—¿Te crees que soy tonto?

—No...

—¿Qué trapicheos tienes con ese moraco?

—Joder, ¡que me dejes!

Patrick se coge la cabeza con las dos manos.

—Estás chalado, Manuel. ¿Qué coño haces, en serio? ¡Con ese mierdecilla! ¿Estás de coña? ¿Pensabas contármelo?

—Venga ya, no eres mi mujer.

—Somos amigos desde hace veinte años. ¡Veinte años! ¿Y traficas a mis espaldas con un idiota que se trajina a tus hijas?

El puño sale disparado, se estrella contra el pómulo de Patrick. Se quiebra con suavidad, casi blando. El hombre se masajea antes de embestirlo como un buey, primero la cabeza en el vientre, los puños martilleando sus costados. Manuel suaviza el golpe, atrapando a Patrick con determinación para hacerlo retroceder. Pero no lo consigue, el otro está nervioso y pesado como un mosquito. Así que el baile continúa, con sus pies levantando el polvo como pezuñas, con las cabezas rojas y sudorosas, los puños apretados, los brazos caídos, los músculos tensos. Manuel es el más fuerte, pero Patrick es rápido y está furioso por haber sido traicionado. Eso le duplica las fuerzas. Sus jadeos debido al calor y al esfuerzo parecen gruñidos de amor o de agonía.

—¡Parad!

La voz de Jo, como una lluvia de otoño. Apenas la oyen. Tiene que gritar dos veces, tres, antes de que se separen, babas en los labios, narices húmedas, respiraciones roncadas y erráticas.

—Nadie se me trajina —sisea Jo—. Sois idiotas.

Sacude la cabeza como una mula, los ojos llenos de lágrimas que contiene con todas sus fuerzas porque no va con ella hacerse la plañidera. Lloriquear de dolor porque se ha llevado una galleta vale, pero frente a todo lo demás hay que saber mantenerse digna.

—Eso no cambia que trafiques con él —insiste Patrick, que no suelta su rencor, listo para volver a retomar la pelea.

—Ya lo hablaremos más tarde, entre nosotros.

Está claro, la cría no tendría que haberlo escuchado; Patrick se da cuenta y su complicidad de viejos amigos resurge enseguida, más compacta que su cólera.

—No conoces a ese tipo de tíos, Jo. No sabes de lo que es capaz.

—¿Ese tipo de tíos?

—Cuando no trafican, se largan a Siria o se dejan dar por el culo en los aeropuertos.

—No, se os va la olla demasiado.

—Solo tienes que ver las noticias.

—No sabes nada de la vida, tienes quince años.

—Nosotros los conocemos, trabajamos con ellos.

Ambos encadenan las réplicas, enfrente de una Jo desconcertada.

—Somos amigos desde el parvulario, ¡joder!

—Pero ya no estáis en el parvulario.

Los viejos se alían, veinte años de amistad y moretones en la cara. «Veinte años de tonterías», piensa Jo. La ceja de Patrick sangra un poco. Se diría que son niños a la salida del colegio. Niños que juegan a ser hombres y que tienen fuerza.

—Lo confundís todo, no entendéis nada.

—¿Te crees más inteligente? Soy tu padre, soy yo quien decide. Te llevo a casa.

Patrick intenta suavizar la orden:

—Venga, Jo, no pongas esa cara, súbete en la camioneta, tu padre tiene razón.

Ella le lanza una mirada llena de rabia. Piensa en Saïd, que ha huido, dejándola sola frente a esos dos idiotas. Mientras se sube en la camioneta, siente que su móvil vibra. Un mensaje de Garance para fijar la fecha de la fiesta. El sábado que viene. En seis días, se irá de fiesta con ella y sus amigos. Una inquietud alegre, una euforia que esconde como puede, que

apacigua su rabia, durante unos segundos, de estar apresada por su padre. Manuel sube a su lado.

—¿Dónde está tu hermana?

—No lo sé.

Con los brazos cruzados, Patrick se queda cerca de la puerta. La sangre ya se le ha oscurecido en la esquina de la ceja.

Los dos hombres siguen desafiándose con la mirada, antes de que Manuel suspire.

—Te lo explicaré, Patrick. Mañana te lo explico. No vamos a dejar que un criajo meta mierda entre nosotros de ese modo.

Los rasgos de Patrick se relajan bajo la evidencia, la promesa renovada. Amigos como gorrinos. A las duras y a las maduras, todo eso. Golpea con la palma de la mano contra la puerta, como quien halaga a un animal. Cuando la camioneta arranca, se masajea la nuca y la mandíbula, inquieto: está casi seguro de que Manuel ha contenido parte de sus golpes. Eso le pone mal cuerpo, habría preferido que su amigo le hubiera dado una paliza de verdad.

A las duras y a las maduras

Si le hubieran preguntado a Manuel en qué momento se hicieron amigos de verdad, Patrick y él, lo habría pensado un buen rato, enumerando incontables recuerdos en común, y a lo mejor, sí, a lo mejor se habría detenido en aquella empalagosa tarde de junio del 92, cuando, al saltarse las clases para ver *It* en la habitación del padre de Patrick, él pudo llegar hasta el final con Nathalie en la habitación de al lado. Hacía semanas que Patrick le suplicaba a su amigo por su prima, haciendo uso de sus propios encantos, salpicando a su colega de un aura misteriosa y carismática. O a lo mejor habría elegido una de las mil veces que Patrick le había cubierto delante de Séverine, cuando perdía la paga del día en boletos de lotería en la casa de apuestas. O la vez en la que, mucho antes, habían acabado los dos borrachos en el despacho del director, librándose por los pelos de que los expulsaran, cómplices en la cogorza y en el desafío.

Pero si le hubieran hecho la misma pregunta a Patrick, habría dicho, sin dudar, que su amistad había adquirido la consistencia del cemento aquel día de noviembre del 90, cuando le presentó a su madre.

El vigilante entró a mitad de clase. Le dijo un par de palabras a la profesora de Historia, cuya mirada se posó al instante en Patrick.

—Bardin, te esperan en secretaría.

El tono había perdido su severidad habitual, ritualizado por el enfrentamiento diario con la horda salvaje que formaba aquella clase de adolescentes cuya testosterona competía con su estupidez. En aquel momento, ella se había ablandado como quien baja la guardia, porque el

teatro escolar se borra, atrapado por la vida. Tras una ligera duda, había soltado:

—Gómez, tú lo acompañas.

Manuel salió disparado, cogiendo su mochila con la esperanza de no volver a clase. Fue una buena jugada: ni el uno ni el otro volvieron a poner los pies en el instituto aquel día. La madre de Patrick ya había intentado suicidarse y aquel día casi lo había conseguido, utilizando los cables del televisor para colgarse. Fue una prima suya quien pudo intervenir a tiempo, al llevar a casa a la hermanita de Patrick después de haber estado una hora paseando en el parque. Por culpa de la lluvia, habían regresado antes. Se había desenvuelto bien para ser una chica tan joven, marcando el número de urgencias y luego el de su tía, con los dedos temblando y la niña colgada de la cintura. Se acordaría de ello durante mucho tiempo, incluso instalada en otra vida, lejos de Cavaillon. Es posible, por cierto, que este evento no tuviera nada que ver con su deseo de huir. El cuerpo había adoptado un ángulo raro, nada que ver con la cuerda colgada de una viga y la silla tirada bajo los pies como en las películas. La madre de Patrick se había enrollado el cuello con los cables sin ni siquiera desenchufarlos y se había dejado caer hacia delante, arrodillada, con el peso de la parte superior de su cuerpo haciendo fuerza suficiente en las vías respiratorias contra los cables de plástico para crear la asfixia. Antes se había tomado bastantes pastillas de Stilnox para que fuera más sencillo. Había vomitado, un poco. Después vinieron los bomberos, irrumpiendo en el salón, moviéndose a su alrededor. Todavía estaban allí cuando llegaron los dos niños. La tía había llamado al instituto porque, en aquellos momentos, reunir a la tribu, aunque fuera imperfecta, había sido un acto reflejo. Y además el padre no valía nada, ante los ojos de la tía. En realidad, Patrick estaba de acuerdo con ella, el padre no valía gran cosa, mucho menos desde que se había largado de la casa.

Ni casco plateado ni tan siquiera sirena en lo alto del camión, los bomberos estaban acostumbrados; no era la primera vez y —por suerte— no sería la última. Se llevaron a la madre de Patrick bajo los ojos de los dos adolescentes. Primero a urgencias y luego estaba prevista una estancia en un psiquiátrico. Patrick se lo esperaba, sabía vivir sin ella, siempre y cuando su tía o su prima se ocuparan de su hermana. Se las apañaba, en medio de la cochambre y en la ausencia que llevaba al vacío. Aquel día, Manuel se quedó bloqueado ante el vómito apenas seco en el rostro de aquella que los demás llamaban «la loca». Y ante el apartamento más bien asqueroso al que nunca lo habían invitado.

Patrick se preguntó durante mucho tiempo por qué había arrastrado a su amigo aquel día, aparte de por la oportunidad de saltarse las clases. Quizá hubiera llegado el momento, quizá le hiciese falta un testigo de todo aquello.

Para él, fue en aquel momento en el que se unieron como ladrillos pegados al cemento. Porque Manuel había cerrado la boca. Cerrado los ojos ante el apartamento grasiento y feo, ante la madre gris y loca. Porque después de que se fueran los bomberos, de que la tía los hubiera acompañado, Manuel había recogido de entre los cojines del sofá la carátula de un VHS y le había propuesto, como si fuera un miércoles normal:

—¿Vemos *Terminator*?

OceanofPDF.com

Las orillas del río Durance

El líquido gelatinoso y frío, untado en su vientre, sorprendió a Céline. La sonografista, con gestos expertos, extendió el gel, presionando a veces, insistiendo en ciertas zonas. Un poco brusca, un poco rígida, tensa por la juventud de su paciente, la presencia pesada y silenciosa de la abuela. Séverine se negó a acompañar a su hija. El trabajo, dijo, pero Céline lo entendió muy bien.

Querían saberlo, pero no dijeron nada, ni la vieja ni la joven, cuando la ecografista anunció, sin alivio en la voz:

—Es una niña.

Una maldición que se repite, es el mismo principio, no había que creer que se podía cambiar el curso de las cosas. Céline, aquello empezaba a tomar forma en su cabeza, esa vida en su vientre. Entonces, el sexo del bebé... Pero la abuela apretó los dientes.

Al salir de la consulta, la vieja se fue a hacer compras. Céline quedó con su hermana, en un rincón especial cerca del río Durance, el gran río blando que rodea el instituto general en el que Jo entra en septiembre y al que Céline no irá nunca. Hace fresco. Cuentan que los yonkis van a chutarse ahí. A veces se cruzan con putas, las que no tienen medios para desempeñar su trabajo en un Clio de segunda mano en las orillas de los caminos vinícolas. Caminan sobre condones usados, a veces, entre los juncos y el lecho pedregoso del río. No tiene nada de bucólico.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Está entero? ¿No tiene el careto torcido como tú?

—Entera.

—Ah.

—Sí. Y mi careto torcido te manda a la mierda.

Ni siquiera tienen energía suficiente para enfadarse. No se miran, lanzan sus miradas a los remolinos contaminados, relucientes, como si la otra orilla fuera más interesante. Pero eso ya es Orgon, ciudad dormitorio: Cavaillon en versión peor. No hay nada que esperar de ese lado; habría que coger la autopista que arranca a cien metros de allí y conducir hasta Marsella al menos para esperar un lugar importante. Oyen coches, el ruido cargado de la rotonda que ahoga el del agua. En el centro de la rotonda: un melón gigante, reemplazado por un Papá Noel de luces parpadeantes a partir del 2 de diciembre. Desde la cala en la que se queman, lanzando piedras al agua, no ven la carretera ni el Decathlon ni el McDonald's. Solo los adivinan.

—¿Habrías preferido un niño?

Céline se encoge de hombros sin responder.

—¿Te da igual?

—No lo sé. A lo mejor, no lo sé.

—¿Qué vas a hacer después?

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a volver al instituto, después?

Céline se sacude el pelo, tira su cigarro al Durance.

—Me la pela.

—¿El cigarrillo o el instituto?

—Eres tonta. Eres tú la que me la pela.

Dejan que se acomode el silencio, familiar. Silba entre los juncos, una brisilla. Y después Céline continúa:

—Me la pela el instituto. De todos modos, no me habría sacado el bachiller. Me da igual dejarlo, incluso me viene bien. Tú eres la intelectual de la familia.

—Ya veremos.

—Si hasta quedas con los ricos de Saint-Jo.

—¡Cierra el pico!

La risa de Jo resuena baja, se echa hacia atrás, se estira y se apoya en los codos.

—Tú vas a currar con los abuelos toda la vida, qué gozada.

—A lo mejor. En todo caso, la abuela me podrá ayudar, porque si tengo que contar con mamá...

—Está claro.

—Buscaría trabajo. Si consigo una plaza en la guardería, ya veré.

Lo dice tranquila, como si no pasara nada, pero al final casi le alivia no volver al instituto. El día del festival de las flores se dio cuenta de que las cosas habían cambiado y no para mejor. Incluso Manon no había entendido nada, extasiada ante la tripa de Céline, ilusionadísima por el niño que vendrá, en plan «Va a ser tan guay, los bebés son tan monos... ¡En realidad tienes mucha suerte!». Céline no dijo nada, siempre era mejor que las miradas de pena de los demás, que las sonrisas incómodas que decían que iba a acabar en otro mundo y no había vuelta atrás posible.

—¿No le vas a decir nada al padre?

—No.

—Sinceramente, por lo menos le podrías hacer aflojar pasta.

La mirada de Jo inspecciona a su hermana, insiste con los ojos.

—No quiero pedirle nada, olvídalo.

—Bueno, al menos parece que sabes quién es, eso me tranquiliza.

—Venga ya, me agotas, no soy una puta.

Los camiones pasan por el puente que cruza por encima del río Durance; las chicas siguen con los ojos el desfile.

—¿Has ido a ver al abu al hospi?

—No, iré pronto.

—¿Te apetece un McDonald's?

—Sí, y después volvemos a ponernos guapas para la fiesta de los ricos.
Sus ojos se pierden más allá de la autovía. Vistas desde los coches, son tan diminutas como ratones.

OceanofPDF.com

Preparativos

Hay tíos, en el barrio Docteur-Ayme de las afueras, que están dispuestos a partirles las piernas a quien sea en cuanto se les da la oportunidad. Saïd conoce a varios. Quería hacer un esfuerzo por Jo y Céline, pero esto ha ido demasiado lejos, esos viejos gilipollas van a recibir su merecido. Solo no puede plantarles cara, pero la próxima vez no estará solo. Claro que eso va a terminar con sus negocios con Manuel. Pero conoce a gente: no le será difícil encontrar a otro albañil dispuesto a robar dos o tres trastos viejos en las obras de los ricachones. A veces, algunos se pasan de burgueses, pero ¿qué quiere decir pasarse? Algunos de sus colegas los llamarían «mariconazos hinchados de pasta». En realidad, esa gente no le molesta a Saïd. Son como el maná para la continuación de su negocio. Mientras haya ricos, él sabrá sacarles partido, colarse en las ruinas y contentar a todo el mundo, sacando beneficio en el proceso. Al final, Saïd, como Manuel y Patrick, gana una minucia: sus beneficios harían que cualquier propietario de una villa se partiera de risa. Pero el orden de las cosas no le molesta, y su codicia sigue siendo razonable. Un joven prudente, adaptado a su época. Sin embargo, muchas veces tiene la necesidad de defender su territorio, un atavismo frecuente. Su coche no se toca, no hay más que hablar. Y no se le amenaza de ese modo. Saïd respeta a los viejos, aún más al padre de sus amigas, pero hay que dejar las cosas claras, no dejarse pisotear, no permitir que esos tíos le falten al respeto. Así que ha llamado a dos amigos y los espera preparado. Con tres basta. Suficiente para impresionar a los otros dos, y tampoco son demasiados, que no parezca que es una paliza. Espera

delante de su casa, apoyado en el coche, liándose un cigarro. De vez en cuando, le lanza una mirada al retrovisor arrancado que cuelga de los cables y eso lo vuelve a cabrear. No pasa nada. Pequeñas olas, mantienen el impulso, lo tranquilizan respecto a la legitimidad de su proyecto. Por supuesto, también está su trabajo en la finca, su puesto de temporero, el de su madre, sobre todo. Pero esto es algo entre hombres, Manuel no irá a largar sobre él delante de su suegro. ¿O sí?

Vistazo al retrovisor: está haciendo lo que debe, tiene razón. Una calada, larga, los ojos cerrados. Sus colegas no llegan aún, tiene tiempo. La gata pasa maullando, ojos de loca: esta idiota todavía no ha comprendido que no volverá a ver a sus pequeños, lleva días buscándolos por todas partes. Saïd aprieta los dientes. Le da igual, hostia, solo es un animal, después de todo. Escupe el humo espeso por la boca y la nariz, pensando en las piernas de Johanna.

*

Ha dudado, pero no mucho tiempo, y ha optado por una camiseta de manga corta negra y unos pantalones vaqueros cortos, unas esparteñas. Y después se ha maquillado, para quitárselo todo con el algodón y la crema y volver a empezar. El simple hecho de dedicarle tiempo a eso y de dudar la enfurece. Así que, en lugar de disfrutar, Jo empieza la noche con un enfado tenaz que le cuenta a su hermana. Le resulta imposible reconocer que simplemente tiene miedo, miedo de encontrarse en una fiesta en la que solo le caiga bien a una persona —con suerte—, miedo de no gustarle a la gente, miedo de que no la quieran. Se imaginaba que le daba igual todo eso.

—¿Te vas a poner esos? ¿En serio?

Jo mira fijamente a Céline y sus pendientes de plumas rojas.

—¿No te gustan?

—Son feos. Parecen... No sé, no me molan.

—Te dedicas a meterte conmigo. Siempre me criticas.

—Para nada.

—Sí, aún más desde que tienes nuevos amigos.

—No son mis amigos. Y no me hacían falta para criticar tu ropa.

—Es cierto, de verdad que eres gilipollas.

—O tus pendientes de ramera.

—La ramera sabe maquillarse.

Una mezcla de fracaso y risa infantil se dibuja en el rostro de Jo. Es preciosa cuando sonríe, sus hoyuelos como anzuelos en la cavidad de sus mejillas. Al envejecer sin duda será más guapa que su hermana, pero todavía no es evidente, apenas existe.

—Venga, ayúdame, pero no me pongas un kilo de pote.

En el pasillo, los pasos de la madre, aunque ellas creían que estaban solas. La puerta se abre bruscamente.

—¡Podrías llamar!

—¿No pretenderás que pida permiso?

—Pues sí.

—No empieces, Céline, y cambia de tono.

La niña le sostiene la mirada, última arrogancia antes de romperse.

—¿Dónde pensáis ir?

—A una fiesta, en Gordes.

—¿Con tus nuevos amigos? —pregunta Séverine, señalando con la barbilla hacia Johanna, que gruñe a modo de afirmación.

La madre se queda mirando fijamente a Céline.

—Tú no vas.

—¿Qué?

—Tú no vas, punto.

Séverine se da cuenta de que es una tontería luchar por que Céline se quede. Con un poco de suerte, Manuel saldrá con Patrick después del curro. Muchas veces lo riñe por eso, pero en el fondo le encanta: estar sola y poder

reñir. Se pregunta si todavía tiene poder para impedirle a su hija hacer lo que sea, sin el apoyo de la amenaza paternal. Sabe la respuesta.

Lágrimas rabiosas aparecen en los ojos de la adolescente.

—¡Tengo dieciséis años!

—Tienes dieciséis años y te quedas aquí. ¿Tú te has visto, con la tripa?

—¿Y qué? ¿Eso me impide irme de fiesta y ver a gente?

—Te quedas aquí, punto.

En el fondo, la madre y la hija saben que Céline saldrá de todos modos, por la ventana si hace falta. Pero por lo menos fingen, eso es importante. Séverine se vuelve hacia Jo, sentada en la cama, las rodillas juntas y los codos apoyados en ellas.

—¿Con quién vas?

A Jo le encantaría decir que la llevará Saïd, solo para fastidiar a su madre, pero en realidad no ha vuelto a hablar con él desde la última vez. No acaba de perdonarle que huyera y la dejara sola con su padre y Patrick. Pero, sobre todo, aunque le cuesta confesarlo, no quiere mezclar los ambientes. Ya está un poco inquieta por presentarse allí con su hermana, así que con Saïd... Se repite que de todos modos él se aburriría, así que no merece la pena correr el riesgo.

—La hermana de Garance viene a buscarme en coche.

—¿Aquí?

—No, al pueblo.

Casi un grito de Jo, una preocupación en su respuesta. Eso le duele a Séverine, que se acuerda de que ella también, con la misma edad, habría preferido esperar a sus amigos al borde del camino en lugar de en la cocina de la granja, bajo la mirada de los viejos. Se pregunta si ahora le toca a ella el turno de ser vieja, vuelve a apretarse la cola de caballo separándola en dos mechones y tirando de ellos.

—Quédate a dormir allí si todo el mundo ha bebido.

Antes de salir de la habitación, en un impulso que no sabría explicar, Séverine acaricia la pluma escarlata de su hija mayor.

—Son bonitos. Te quedan bien.

Cuando Jo sale, Saïd no la ve. Está de espaldas a ella, a treinta metros, con el trasero apoyado en el guardabarros delantero de su coche. Jo le hace un gesto a su hermana, va sin hacer ruido hasta el camino de asfalto. Mientras espera a Céline, que sale por la ventana, observa una bandada de murciélagos que roza la cima de los cerezos, se precipitan sobre los tejados de las casas dispersas a lo largo de los campos. Se parecen a las cenizas que flotan por encima de una hoguera de papeles quemados. A Jo le gusta, la hace sentirse un poco triste sin saber por qué y sin que sea desagradable. Un espacio de dolor y de plenitud: la belleza suele provocarle este efecto. Todavía es joven: necesitará tiempo para identificar lo indecible, esos islotes de belleza en medio del caos, esas cosas fugaces que salvan.

—¿Qué miras?

Céline se limpia el sudor de la sien, el de por encima de los labios, mientras mira a su hermana. Un poco sofocada, recogiendo el pelo con una mano y sujetándose con una pinza, continúa:

—Casi no puedo saltar la tapia con el bombo.

—¿Te has cambiado los pendientes?

—A mamá le parecían bonitos. Era sospechoso.

Delante de la cruz, en la entrada al pueblo, un Laguna blanco las espera. La hermana de Garance es puntual.

Jefe de obra

Lleva así desde por la mañana: mal ambiente e insultos a sus espaldas, está seguro. Manuel mira a los otros sin amabilidad, trabaja en silencio. Patrick le da un toque en el hombro, de vez en cuando, tampoco demasiado, la relación sigue estando tensa. Ahora que sabe lo del tráfico con Saïd, las cosas van mejor: Manuel se lo ha explicado, de camino a la obra. Lo ha recogido con la camioneta en el cruce de Coustellet, delante del estanco, y se lo ha soltado en la carretera. «No va a ser un moraco quien eche por tierra nuestra amistad.» El otro no ha dicho nada, ha mantenido los dientes apretados y los ojos entrecerrados fijos en el borde de la carretera mientras Manuel se lo contaba. Ahora mismo, entre dos paladas de cemento, no puede impedir volver a la carga.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No lo sé, la primera vez fue un venazo y como el chaval trabajaba en el mercadillo, hablé con él.

—Podrías haberme metido en el plan, sabes que no nado en la abundancia.

—Me dijo que tenía que quedarse entre nosotros.

—Joder, Manuel...

—Sí, lo sé, lo sé.

Se callan. El sol de la tarde les quema la piel. Su espalda es morena como la de los árabes.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Con el mierdecilla, que qué vas a hacer.

—No lo sé. Si es el que le ha hecho esto a mi hija...

Levanta los ojos para ver si alguien escucha.

Los otros obreros no lo miran, y esa voluntad de evitarlo —para no hacerlo sentir incómodo— provoca el efecto contrario. Es evidente que todo el mundo habla de eso, de la pequeña. Guapa, ofrecida a las miradas con sus camisetas de tirantes y los vaqueros ajustados. Demasiado hermosa, sin duda. Manuel se imagina que se ríen a sus espaldas. Es mentira. En realidad, los chicos sienten lástima de él y, aunque se autoricen entre ellos algunas consideraciones un poco obscenas, a sus ojos son cumplidos de hombres. Seguro que a Manuel no le gustaría, a pesar de que es capaz de hacer los mismos comentarios mordaces sobre la camarera del Fin de siècle que tiene la misma edad que Céline. No ve la relación.

—Si es él el que ha preñado a Céline...

Lo repite, para que la idea cale.

—Si es él, joder..., lo mato. Le destrozo esa jeta de rata.

Cuando la propietaria sale del porche en plena obra para ver cómo avanzan los trabajos, sus cejas fruncidas ocultan su hermosa frente. Está furiosa: todavía no han puesto el brocal de azulejos italianos.

¿Qué narices hacen esos obreros en su jardín? ¿Les paga por hablar?

Manuel siente que una ola de rabia se aferra a su estómago. Es a ella a quien debería partirle la boca, pero está fuera de lugar. Quizá porque es una mujer. Lleva un bañador de color azul marino, con una camisa de lino que le llega hasta la mitad de los muslos y un sombrero de paja, cuyas largas alas caen en forma de ola sobre el rostro tenso debido al enfado.

—¿Es usted el jefe de obra?

—Sí —murmura Manuel.

—¿Es usted quien da las órdenes a todos los... otros?

—Soy yo, sí.

Por culpa del toque de atención, ya no se siente tan valiente. Sin embargo, le gusta que el patrón le haya endiñado la responsabilidad de la obra. Pero, bajo la mirada asesina de esta idiota que se ha puesto como un basilisco, le molesta verse obligado a estar al mando. Le diría de buena gana cuatro cosas a la burguesa. Pero los azulejos de mármol a mil euros la pieza se le atraviesan en la garganta.

Ella hace una mueca al ver que sus esparteñas de tacón se hunden en la tierra blanda.

—Le advierto que si la terraza y el estanque no están terminados en los próximos tres días, no estoy segura de si les pagaré.

—¿Perdone?

—Escuche, hace un mes que han invadido mi jardín, han removido la tierra, la terraza está inaccesible, por no hablar de la piscina. ¡Estamos a 10 de agosto!

—Su hija se casa el 18, ¿no?

—No es solo la boda de mi hija. ¡Son mis vacaciones!

Manuel mira al resto del equipo, los ocho chicos que siguen trabajando en absoluto silencio, con la oreja puesta en el intercambio, pero haciendo como si no les importara un comino.

—Me voy ahora mismo a pasar dos días fuera, a Menton. Cuando vuelva, las obras habrán terminado.

—No sé si...

—Su jefe dijo que estarían terminadas a principios de agosto.

Con una voluntad manifiesta de obtener una respuesta clara y humilde, dado que Manuel no relaja la mandíbula, la mujer saca su teléfono móvil del bolsillo de la camisa.

—¿Lo llamo para recordárselo o cree que puede acelerar las cosas usted solo?

—Tranquila.

Un ladrido seco.

Espera a que vuelva dentro, tras las cortinas traslúcidas del porche, para hablar con los chicos.

—Hay que darse brío. Habéis escuchado lo mismo que yo.

—Y las horas extra ¿nos las paga ella?

—Puto gitano, ¡cierra el pico! —lo corta Manuel—. Llevas con nosotros dos semanas y no suelo verte después de las seis de la tarde, así que no des por saco.

El joven dice una palabrota y escupe. Su mujer acaba de dar a luz a su segundo hijo, tiene que volver a casa.

—Ah, ¿sí? ¿Tu hijo y tu mujer? Entonces ¿ayer en la casa de apuestas estabas con ella? ¿Ahora trabaja en el bar?

El otro se acerca. No parece para nada que tenga ganas de reírse. Los demás sueltan sus herramientas. No le sienta demasiado bien el papel de jefe a Manuel. Los que lo conocen se quedan mudos, saben que es fuerte y capaz, y además siempre es previsor, pero el joven gitano no lleva con ellos mucho tiempo. Para él, Manuel solo es un jefe, y no le gustan los jefes.

Antes de que el gitano tenga tiempo de plantarse delante de Manuel para invitarlo al combate, ya lo han rodeado dos chicos para evitar que haga una tontería. Manuel sisea:

—Dejadlo. Así también hablamos de las tuberías de cobre que desaparecieron hace dos días...

—Para, Manuel —aconseja Patrick—, la rubia está mirando, va a llamar al jefe si las cosas se tuercen.

Con el móvil en una mano y la otra agarrada a la cortina, tiene los ojos bien abiertos y espera la primera señal de violencia para llamar a la pasma, mucho antes que al jefe. Manuel abre las manos, levanta bien alto las palmas y le lanza una mirada fugaz a la propietaria.

—Tranquila —suelta un poco fuerte—. Tranquila, no pasa nada. Todo va bien, ¿ve?

Ella desaparece detrás de la cortina. Los hombres están tensos. Inmóviles en el calor pegajoso, esperan como niños, lanzándose miradas inquietas o bravuconas. Despacio, vuelven al trabajo. El gitano intenta desafiar a Manuel con la mirada antes de volver al curro, pero es demasiado tarde, el momento ha pasado, a Manuel ya se le ha olvidado.

Trabajan una hora o dos, el tiempo que tardan las colinas de alrededor en perder el blanco y transformarlo en dorado. La propietaria vuelve a aparecer, vestida esta vez, gafas de sol en la frente y bolso en mano. No sonríe, no saluda a nadie. Se dirige solo hacia Manuel y le tiende las llaves de la casa, un manojito recogido por una herradura que pesa en la palma del albañil.

—Dos días. Confío en usted.

Su tono excedido dice lo contrario, pero en realidad no tiene elección. Nadie retomaría las obras en curso si echara a esta cuadrilla. Y, además, los otros no serían mejores, lo sabe; Dios, pero qué lentos son, no es tan complicado terminar un trabajo a su debido tiempo, esta gente del sur..., parece que todo les da igual: la importancia de las cosas, los plazos, el respeto. Se monta en el Audi gris, está cansada. Tras rebuscar en su bolso, encuentra sus pastillas de codeína, se traga una a palo seco esperando que el portero automático le abra la puerta.

Todos los chicos se levantan para ver desaparecer el coche al final del camino, entre las viñas.

Los albañiles han recogido el equipo en silencio. La hormigonera y todo lo demás, guardados en el garaje. En la esquina está todo lo que se puede robar, es bien sabido, ningún albañil cometería la imprudencia de dejarse por ahí sus herramientas en una obra. Cada uno vuelve a su casa, nadie hace alusión a nada y ese gran silencio de la noche pesa mucho. Como suelen hacer en tales ocasiones, tendrían que haber bajado al pueblo a tomar algo

todos juntos hasta pimplarse, pero nadie lo ha propuesto. No es la primera vez que tienen un propietario que los pone entre la espada y la pared, ese no es el problema. El problema es Manuel, y esa impotencia que lo vuelve altivo, que los hace vacilar a todos. Si uno de ellos se quiebra, y no es el más débil, quiere decir que ninguno está a salvo. Así que se distancian, como una barrera de protección. Menos Patrick, que, a pesar del silencio, ha sabido llevar a su amigo hasta Robion, una ciudad dormitorio que tiene un bar agradable. Han dado cuenta de varios vasos de pastís con sirope en la barra del Petit Cheval sin decir nada. Sin embargo, la presión no ha disminuido. El pie de Manuel se agita con nerviosismo contra la barra, en el suelo. Gira su vaso con un gesto seco, compulsivo, como quien le da cuerda a un reloj. Cuando extiende el brazo para pagar, el dueño se acerca y niega con la cabeza, «Invito yo», dice, aunque es mucho, seis vasos por lo menos; a Manuel no le hace gracia.

—¿Le doy pena o qué, a este maricón?

—Para, le caes bien, solo es eso.

Pero Manuel ve ojos por todas partes, risas, y en cada amabilidad, un insulto. Le da la impresión de que todos los hombres con los que se cruza que conocen la historia se han follado a su hija.

—Tengo whisky en el coche —dice al fin—. Vamos a mi casa.

Así que se despiden de la clientela con un gesto, tocándose unos sombreros imaginarios que nunca han llevado.

Conducen en silencio, rápido. Se cruzan con un Laguna blanco, pero nadie, ni de una parte ni de la otra, se da cuenta de quién es quién. De todos modos, no tiene importancia, es solo una casualidad sin consecuencias.

Cuando llegan a la urbanización, ya casi es de noche y la luz de los faros ilumina a Saïd, apoyado contra su coche. Solo.

La larga noche

—Has conseguido venir, ¡es genial! Y has venido con...

—Mi hermana, Céline.

Con un bikini blanco y mojado, agarrando con la mano el portón de la villa, Garance no puede evitar abrir los ojos ante el cuerpo rebosante de Céline, con la forma de su tripa bajo una camiseta *Love don't pay the bills*. Duda, busca en la actitud de Céline una señal que le indique cómo reaccionar, si entusiasmarse o no, encontrar las palabras. Como no sabe qué decir, Garance lo compensa con una sonrisa llena de amabilidad como la que saben poner las personas con las que la vida ha sido amable. Sacude los cabellos mojados, alisándoselos con las palmas contra la cabeza.

—Venid. Hemos puesto el bufé en el exterior. De momento todo el mundo está en la piscina. ¿Habéis traído el bañador?

Las chicas la siguen, descubren la piscina de treinta metros con fondo de mosaico, llena de jóvenes en bañador, saltando en el agua turquesa. Cae la noche.

—Voy a encender los focos —anuncia Garance.

Las chicas la siguen con la mirada, entra en la casa corriendo, rubia y perfecta.

—¿Conoces a los demás?

Jo recorre la turba con los ojos, echa un vistazo sin mirar en realidad.

—El tío que fuma en la tumbona, allí. Y las dos chicas que se ríen con las piernas en el agua. Me crucé con ellas una vez.

—No está mal, el tío. ¿Cómo se llama?

—Côme.

—¿Qué?

—Côme.

Se callan. Céline se dirige al bufé para coger dos cervezas. Las miradas se posan sobre ella, su tripa, sus ojos, su tripa, sus pechos, su tripa otra vez. Hay algo suave en las conversaciones. Dice hola y después abre las cervezas con un abridor, consciente de que la observan. Las chapas dentadas rebotan en el suelo, ruedan hacia la piscina. No se agacha para recogerlas.

Jo tiene calor y el corazón le late a toda velocidad. De repente tiene ganas de huir, pero la gran piscina le pone ojitos; sumergirse en el azul, frenar el sudor y el picor que siente en la raíz del pelo. Su hermana le tiende una cerveza.

Del fondo de la piscina emana la luz de los focos, que tiñe los rostros de un color turquesa cinematográfico. Un grito colectivo acoge la luz y un grupo de bañistas se lanza al agua. Son guapos, todos, jóvenes y con buena salud, y eso parece banal. Los cuerpos tensos, lisos y bronceados, se cruzan y se pegan en un *ballet* alegre de hormonas en ebullición. Côme se acerca a ellas y levanta su vaso para brindar con sus cervezas. De pie es muy alto, le saca una cabeza a Jo, y tiene una musculatura de jugador de bádminton. Céline le sonríe.

—Voy a cambiarme al cuarto de baño —resopla Jo.

Côme se ríe con la cabeza hacia un lado, los hoyuelos marcan su rostro todavía infantil a pesar de su pose.

—No vayas al de abajo, está ocupado... Sube a la primera planta, al fondo del pasillo, tercera puerta a la derecha.

Le dice eso a Jo, que se aleja, sin apartar los ojos de Céline.

En la casa, Jo hace como que no se sorprende. Tensa y desconfiada, mira los sofás esquineros del salón de cien metros cuadrados y el contrabajo apoyado en la pared, las partituras desordenadas sobre una cómoda. Se ha

olvidado del consejo de Côme, se acuerda ya delante de la puerta del baño, alertada por los jadeos. La chica gime con suavidad y la puerta está entreabierta. Por lo que Jo supone, parece agradable. Echa un vistazo al interior: una espalda lisa y bronceada y unas piernas femeninas alrededor de la cintura de un tío. Se cruza con la mirada de la chica, que no parece molesta..., al contrario. Las pupilas dilatadas y su risa, de repente. «Está colocada», piensa Jo, extrañamente aliviada de que no sea Garance. Siente pena por esta chica, lo bastante tonta para dejarse follar con la puerta abierta contra un lavabo, para que los demás la vean. Como si no supiera que una reputación te sigue con tanto ahínco que puede transformarte en lo que quieran los demás. A Jo le da pena, pero aun así es gracioso que le arda el interior de los muslos y se queda inmóvil un poco más de lo necesario, fascinada por la mecánica de la pareja.

Cuando por fin se aparta, las imágenes la acompañan, como la risa de la chica. Y la voz del tipo, retumbando.

—¿Qué pasa?

—Nada, sigue, no pares.

Jo acelera, se extravía cerca de la cocina, donde se mueven otros jóvenes, apilando comida en platos, se ríen con tantas ganas que se las contagian, incluso sin saber por qué. Pero no son amigos suyos, así que sigue por un pasillo lleno de libros, abrumada por los títulos que no conoce. Al subir la escalera, se siente una princesa, imagina que está en su casa. Pero no funciona. Sacude la cabeza, piensa en hogueras.

Entreabre las puertas, hileras de habitaciones con colchas de colores crudos, encuentra al fin el baño, tan grande como un salón, con una bañera y dos lavabos gemelos.

En el espejo de cuerpo completo se mira sin indulgencia y se desviste despacio. El ruido ni siquiera llega hasta ahí de lo grande que es la casa.

En el silencio amortiguado registra, en bragas, los cajones del cuarto de baño. Cremas, perfumes, pastillas. Toallas blancas mullidas, dobladas como

en una tienda. Abandona sus incursiones.

Con el culo apoyado en el lavabo, desliza una mano hacia su sexo, sin quitarse las braguitas: una trampa, la barrera de tela bajo su mano le da la impresión de inocencia, de secretos consigo misma. Los labios hinchados, humedecidos por el ir y venir de sus dedos, vuelve a pensar en la pareja de abajo. Y en Saïd, un poco. Jo se arquea y cierra las piernas al mismo tiempo, respira fuerte, pero sin gemir: conoce el arte del disimulo. Tras quince años compartiendo habitación con su hermana, ha tenido que aprender a ser discreta. Tras quince años sin tener un lugar para ella, escuchándolo todo a través de las paredes finas como el papel, quince años soñando con la intimidad. Ahora sabe hacerlo, da igual dónde, da igual cuándo. Incluso se ha dado el caso de que ha disfrutado en público, apretando los dientes y los muslos, cuando se aburre demasiado en clase. Pero a veces, cuando se encuentra por casualidad un vacío, una habitación que solo es para ella durante unos minutos, lo aprovecha.

*

—Sube.

Saïd mira a los dos hombres sin preocuparse. Sus amigos van a llegar, se siente fuerte. No responde, niega con la cabeza riéndose.

—Hemos dicho que subas.

Ronca, rasgada por la rabia, la voz de Manuel estalla en la oscuridad. La mano sobre el tirador de la puerta de la camioneta, parece que cree que Saïd va a obedecer, que solo tiene que levantarle la voz como a un niño caprichoso. Mueve la cabeza hacia la cabina, dientes apretados.

—¿Tenemos que ir a buscarte?

—Yo no me muevo de aquí y os juro...

Manuel suelta la puerta. Sin que Saïd tenga tiempo de verlo venir, el pie de Manuel se estrella violentamente contra sus huevos. Dolor blanco: se

dobra, sin respiración. Le duele tanto que se tambalea y cae de rodillas, las manos ahuecadas sobre sus partes, los ojos llorosos. En su cabeza, mil insultos que no pueden emerger porque la boca se le llena de babas, al borde del desmayo. Patrick lo levanta de un brazo, Manuel, del otro. Tiran de él hacia la camioneta, arrastrando sus pies y sus rodillas por la tierra. Con las manos todavía sujetas a su entrepierna, Saïd abre los ojos a pesar de las lágrimas. Todo pasa muy deprisa. Entre los dos lo meten en la parte delantera, Patrick rodea el vehículo y se instala a su derecha, mientras que Manuel arranca.

—¡Maricas! —resopla al fin Saïd, hecho un ovillo entre los dos albañiles.

—Cállate.

Manuel conduce deprisa, con la mirada fija en la carretera, sin la luz amarillenta que barre el alquitrán.

Sus colegas van a llegar, pero demasiado tarde. Saïd lo comprende entre dos espasmos. Sin embargo, lo que todavía no comprende es el odio de estos dos y lo que quieren de él en realidad. Pasta, la ha ganado, es cierto, pero no para pagarse una villa, eso seguro. Beneficios, poco más que nada, tampoco un botín. Tiene su coche, por supuesto. No es que quisiera derrochar, pero siempre le han gustado los coches y era la primera vez que podía darse el capricho y cambiar su tartana. Sin embargo, sus contactos siempre le han dicho: «No te hagas el listillo, no llames la atención y todo irá bien». No hay que cambiar las costumbres, sobre todo en un pueblo. A la gente no le gusta que nos salgamos de lo establecido, eso les recuerda que ellos están dentro.

Avanzan un buen trecho, en silencio. Saïd siente dolor. Recupera el aliento, pero le sigue tirando, el dolor. Palpa, acaricia, sopesa: todo sigue en su sitio, es gracioso que eso lo alivie.

La carretera se vuelve más caótica. Las ruedas muerden los terraplenes de hierbas secas, que se prenden fuego con la mínima colilla. Manuel

parece saber adónde va. Al final aparca delante de un gran portón, enorme y muy labrado. De su bolsillo saca el manojito de llaves, que tintinean con la herradura —las manos le tiemblan un poco— y la abre.

Son las once y se levanta el polvo cuando la camioneta circula despacio sobre la alfombra de gravilla y aparca delante de la puerta del garaje.

*

Céline se ríe de todo lo que dice Côme. Es muy gracioso, pero no entiende todos sus chistes. Él lo sabe, lo hace a propósito. Lo entretiene que esta chica se ría a carcajadas cada vez que suelta una ocurrencia. De repente tiene la impresión de estar solo, pero le gusta saberse por encima, a un lado, hacerse reír a sí mismo. Disfruta su soledad superior, es su droga. Y además es guapa, esta chica embarazada salida de Dios sabe dónde. No es del mismo tipo que las de la casa, seguro, y es gracioso que eso lo excite. Y como su inteligencia le ofrece la elegancia de un cinismo un tanto desesperado, se autoriza a sí mismo a pensar que sí, que sería divertido tirársela, con su enorme bombo y su vulgaridad que aflora bajo cada carcajada. Sería hermoso, decadente, nuevo. Se aburre muchísimo.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Céline suelta una risilla y empieza la tercera cerveza que le tiende Côme. Se siente sucio y le parece delicioso.

Se han acercado unos amigos, para interesarse por la novedad. Côme se lo permite, también le gusta tener público. Es pan comido: se siente fuerte, dispuesto a interpretar al verdugo y al protector. Al mismo tiempo, nunca ha forzado a nadie, no es eso. Está seguro de que ella tiene ganas, que será ella quien se lo pedirá. Esta idea lo vuelve loco, está medio empalmado en su bañador Speedo azul oscuro.

Bebiéndose la cerveza a traguitos, Céline se dice que ha hecho bien en venir. Que es un cambio respecto a los jornaleros, que esta gente sí sabe

celebrar fiestas. No ve ni desprecio ni condena en sus ojos, le parecen guapos y graciosos, y podría decirse que la encuentran guapa. Céline tiene dieciséis años.

*

El sillón Voltaire es perfecto. Manuel lo ha cogido del salón y lo ha llevado hasta el garaje, mientras Patrick sujetaba a Saïd contra el suelo, con un brazo sobre la espalda. El chaval no ha entendido de primeras que la situación era grave, ha seguido parlotando, humillado, pero todavía intranquilo. O digamos que no ha entendido lo suficiente.

Manuel corta un trozo de cinta aislante, cerrando con un poco más de fuerza los puños de Saïd sobre los reposabrazos, y le rodea la tripa con el resto.

—No, Manuel. Estás loco, joder, no sé por qué...

Patrick echa un trago de whisky, deja la botella en un rincón, coge un cilindro de PVC con una mano. Pone una cara graciosa mirando al joven atado al sillón Voltaire. Es casi cómico, con una aureola de clavos del tapizado sobre la cabeza, apoyado en el terciopelo rojo y las manos sobre los reposabrazos de madera labrada.

—¿Ha dicho algo?

Manuel niega con la cabeza. Un tic nervioso hace que le tiemble la boca, como una sonrisa mecánica que solo sube de un lado. Un movimiento que no puede contener, que siente palpar contra su mejilla. Saïd los mira, a uno después del otro, despavorido. Escupe en el suelo.

—Estáis enfermos, joder, ¡no he hecho nada! ¿Me escuchas?

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Manuel bebe a morro y deja la botella en el suelo.

—¿Nos has llamado enfermos?

El tubo de PVC se estrella contra el pómulo del chaval.

—Panda de tarados, gilipollas de mierda, no sabéis ni lo que oís...

—No, tú no lo sabes —susurra Manuel, el aliento cargado—. No tienes ni idea de en qué lío te metiste el día que tocaste a mi hija.

Saïd se queda callado, la boca entreabierta.

—El día que la preñaste y seguiste haciendo el ganso, sin ser un hombre, te metiste en la mierda.

«¿Céline?» Saïd cae al fin.

—Pero ¡yo nunca he tocado a Céline, hostia! ¡Nunca!

La evidencia emerge con el grito: dice la verdad. Incluso Manuel, a pesar de su cólera, debería darse cuenta. Pero en ese momento, sinceramente, a todo el mundo le importa una mierda la verdad. Es demasiado tarde para preocuparse por eso.

—Acabarás cantando, no tengo prisa.

—Por La Meca, ¡nunca he tocado a Céline!

—¿Por La Meca? ¿Crees que eso te va a salvar?

Saïd coge aire con esfuerzo, murmura unas palabras solo para sí mismo. Por mucho que los tíos ponen la oreja, no lo entienden. Manuel mantiene el semblante firme, pálido. Agarra la botella y le da un buen trago. Le tiende el whisky a Patrick, pero este lo rechaza con un gesto. Tras dejar la botella, Manuel cierra los ojos, aprieta los puños. El chaval sigue rezando en susurros.

—Más fuerte, no escuchamos nada.

Manuel tiene los ojos inyectados en sangre, no está ahí para hacer justicia, venganza, borrón y cuenta nueva. Tiene entre manos una revancha, no la va a soltar.

—No tengo nada que deciros, hijos de puta.

El pie del albañil le golpea la tibia, Saïd chilla. Manuel, de pie, suda respirando fuerte. El tic de la mejilla no lo abandona. Se cruza de brazos.

—¿Sabes? Tenemos toda la noche por delante.

*

Zapatos. Zapatos y ropa. Una habitación entera. Una habitación del tamaño de un dormitorio. Jo se levanta sobre la punta de sus pies desnudos, en bañador, envuelta en una toalla que ha cogido del baño. Tiene un velero debajo, azul marino sobre fondo blanco. Desde ahí, escucha la música, *trip hop*, a lo mejor Morcheeba, no está segura. Algo viejo, en todo caso, le gusta mucho. Con su mano libre —la que no sujeta la toalla bien apretada por encima de sus pechos— acaricia la ropa como si fueran brazos.

—¿Qué haces?

Jo se sobresalta, pillada con las manos en la masa. Se vuelve hacia Garance, las manos temblorosas sobre la toalla.

—Nada, miraba.

—Puedes. Si te gusta algo, te lo presto.

—No, tranqui.

Jo casi la empuja para salir del vestidor.

—¿Has visto a mi hermana?

—Está con Côme. Además, él... ella..., en fin, a lo mejor deberías ir. Es un poco pesado, Côme, a veces.

—¿Cómo de pesado?

Garance se encoge de hombros con aire molesto, pero Jo no se preocupa demasiado: en lo que respecta a pesados, hay margen antes de llegar a los niveles de Lucas o Enzo.

—He cogido prestada la toalla...

—Has hecho bien. ¿Bajamos?

Jo adelanta a Garance en la escalera. Recorre la barandilla con la palma de la mano, una especie de murete blanco y redondeado como en las casas griegas. Bajo los pies desnudos, los cuadrados de cemento con dibujos ocre, secos y frescos, como los que pone a veces su padre en casas que no son la suya. Aquí tiene ganas de tocarlo todo. Desde las paredes llenas de

libros hasta el cuerpo lacado del contrabajo que se vuelve a encontrar cuando llega al salón.

—¿Eres tú la que toca?

—No, es mi hermana. Yo toco el piano, está al otro lado.

Un gesto vago hacia la otra parte de la casa y Garance conduce a Jo hacia el jardín y los gritos.

La piscina la espera, la atrae, y ella suelta su toalla sobre una tumbona, concentrada en el azul. Nadie le presta atención, ni siquiera los bañistas que arman jaleo. La piscina es lo suficientemente grande para que ella se deslice y nade sin tropezar con nadie. Jo se deja hundir, aislándose de los ruidos. Los bajos siguen resonando bajo el agua como un corazón enorme, pero ya no distingue los detalles.

Solo después de varios minutos en el agua se preocupa al fin por su hermana.

*

Cuando tenían quince años, Manuel se acuerda de que les gustaba conducir su *scooter* y aplastar ranas los días de lluvia. Acudían a las carreteras, numerosas y suicidas, y explotaban con júbilo bajo las ruedas. Esta noche no llueve. El calor lo deprime, pero Manuel ya no siente nada. Sus puños se estrellan contra el rostro de Saïd, que en realidad ya no parece un rostro. Mira fijamente las dos ranuras sangrientas que se entreabren para contemplarlo. Se dirige a ellas.

—¿Todavía no tienes nada que decir?

Ya no espera una respuesta. Solo tiene en cuenta la tensión en sus dedos, en su vientre, que piensa aplacar con cada golpe. Sí, eso le sienta bien. En realidad, en el fondo ya no le importa quién haya dejado embarazada a su hija. Es demasiado tarde. Ha tenido su oportunidad, puede que sí o puede que no, pero lo que es seguro es que se la ha tirado. Está convencido. Solo

tiene que volver a pensar en la mirada de la propietaria, en la de su suegro, en la de su mujer. En la ausencia de mirada de su padre. Aunque esta mierda de árabe se cree superior con su coche y sus chanchullos, le hará bajar los ojos. Es lo único que le queda.

Patrick se bebe lo que queda del whisky. Se siente fatal, a punto de vomitar. Impotente para detener los eventos, para dar marcha atrás. Sus manos tiemblan sobre la botella vacía.

—Para, lo vas a matar.

*

Céline sigue riendo. Incluso y sobre todo cuando Côme desliza sus manos a lo largo de su espalda. Los amigos lo miran de arriba abajo, en plan «No te atreverás, está embarazada y además tiene dieciséis años». Pero la admiración en sus ojos, el desafío y todo, «Côme hace cosas absurdas que nadie se atrevería a hacer». Incluso hay dos chicas presentes, pasivas, un poco distantes.

Céline ríe, pero esboza un gesto de rechazo cuando el joven le tiende otra copa. Esta vez es vodka, ha pasado de la cerveza, la cogerza llega demasiado despacio y además se ve obligada a ir a mear cada cuarto de hora, es un rollo. Él insiste, y como ella no quiere perder esa sonrisa, esa atención que la hace bella, coge el vaso con hielos.

—Ya verás, lo acabo de sacar del congelador, te sentará bien.

El grupito que la rodea la mira beber con gula, un tío corre a volver a servirle otra copa a pesar de que su cabeza dice no; su boca dibuja una mueca.

—Para, déjalo, Côme. Ves perfectamente que no quiere más.

Céline le da las gracias de repente, no le guarda rencor por la copa de antes: ya la ha olvidado. Ella le sonríe. Es un fanfarrón, este idiota. Si

Céline se mueve demasiado, se tambalea, así que busca con los ojos un sitio donde sentarse. Él la adelanta, la coge de la cintura.

—Por aquí, preciosa, no nos des un susto.

La dirige hacia la casa, bajo la mirada del resto, sus risas de admiración y un tanto culpables. La manada duda, espera un gesto por parte de Côme, una salida, una amabilidad. Mientras tanto, él no se priva: con la mano libre, saca su iPhone en modo cámara y lo agita como si fuera una galleta delante del hocico de un perro. Ni una palabra, solo una sonrisa golosa que brinda a la galería, una promesa; sin que Céline reaccione, demasiado ocupada en caminar recta y en saborear la dulzura del brazo que la envuelve, que le da seguridad.

Johanna sigue a su hermana con los ojos. No ha presenciado la escena, pero entiende perfectamente que Céline está borracha y que Côme es un cabrón. No es pesado como los compañeros del instituto técnico, no. Pero sigue siendo un cabrón, de otro tipo.

En el tiempo en el que sale del agua y recupera la toalla, ya no los vuelve a encontrar. Die Antwoord empieza *Enter the Ninja* y todas las chicas siguen a la diáfana cantante chillando *I am your butterfly, I need your protection, be my samurai*; saltan, emocionadas y medio desnudas. Alguien sube el volumen y el ambiente se caldea un poco, retumba en sus vientres, los cuerpos se desarticulan en coreografías salvajes, la piel mojada, plantas de los pies golpeando el suelo, cinturas estrechas en movimientos circulares y sugerentes; nada de complejos feos, es una locura que estas chicas estén bien alimentadas, como si el mundo les perteneciera.

Jo recorre con los ojos, busca entre los bailarines, intenta a pesar de sí misma moverse al ritmo de *Banana Brain*, que acaba de empezar, aún más espasmódico, más loco. El calor está por todas partes, el de la noche densa, el que sube a lo largo de los cuerpos. El corazón se le acelera, no sabe si por culpa del ambiente, de la música o de la preocupación por Céline. Va a pasar algo, Jo lo siente igual que los animales perciben las catástrofes

minutos antes de que sucedan. No tiene por qué ser algo grave, sino desagradable, algo que le gustaría evitar. Vuelve a pasar por el salón, toca con un dedo supersticioso la madera del contrabajo, pero a penas, conjura la mala suerte cogiendo fuerzas de donde puede, incluso en los lugares más enigmáticos.

Ignorando la planta de arriba, busca por instinto nuevas habitaciones, se acuerda del gesto evasivo de Garance cuando ha hablado del piano. Sí, el pasillo del fondo acaba en otra estancia, cuyos ventanales ofrecen una visión infernal del macizo de Luberon, pero la noche es demasiado oscura para que se dé cuenta y, además, está pensando en otra cosa. Detrás del piano, negro de media cola como en las películas, distingue a la pareja, en un sofá de color crema. Côme enciende una lamparita, para no perderse nada. Céline se ríe, borracha, la camiseta subida por los brazos. Côme le ha quitado el sujetador y sus senos estallan hinchados bajo la tenue luz, por encima de su tripa. Jo se queda inmóvil, sorprendida por la belleza de la escena. Si ese cabrón no estuviera grabándola, le habrían dado ganas de guardar el momento. Es lo que hace él, pero por otras razones. Incluso la mano rubia de Côme que acaricia, pellizca, palpa, tiene algo sobrecogedor. Jo se acerca y le arranca el iPhone, sin dejar de mirar a su hermana.

—Vístete, nos largamos.

Côme se da la vuelta, su rostro pasa de la iluminación al miedo, y muy rápido a la cólera.

—¡Devuélvemelo, joder!

Con el pulgar, Jo pasa la galería de fotos y vídeos, los borra todo lo rápido que puede. En lo que él tarda en levantarse y agarrarla por la muñeca, ha hecho desaparecer el vídeo y las tres fotos de su hermana que le había hecho justo antes. Intencionadamente, Jo suelta el teléfono, que rebota con suavidad en la alfombra. Qué pena, le habría gustado que se rompiera, que se partiera como una ceja bajo un puñetazo.

Côme recoge lo que es suyo, se vuelve hacia Céline, que se ha bajado la camiseta, un poco atontada.

—No hacíamos nada malo, Jo.

—Tú no.

Papeles invertidos, como tantas veces. ¿Cuándo llegará el día en el que alguien la proteja a ella? ¿Se preocupe de evitarle enfados, le eche una manta por los hombros, le sujete la frente mientras vomita? ¿Sucederá algún día? ¿Se dejará llevar? Saïd, quizá, pero ella tampoco le concede mucho espacio, todo hay que decirlo.

—Ven conmigo.

—¿Dónde?

—Subimos a buscar mi ropa y nos largamos de aquí.

Céline baja la mirada, recoge su sujetador de entre los cojines del sofá. Se muerde los labios, no se atreve a volver a mirar a Côme. Él aprieta los dientes, la mirada fija en la pared negando con la cabeza. Se acerca a Jo y le bloquea el paso, sin hostilidad. Se pasa la mano por el pelo rubio, se detiene en la nuca. Tiene los ojos casi acuosos cuando le susurra:

—No se lo habría enseñado a los demás.

—Y una mierda.

—Te lo juro. Es lo que tenía pensado hacer, pero...

—Pero ¿qué? ¿Te habrían entrado remordimientos, cabrón?

Parece perdido, no está acostumbrado a esto. Parece un niño, de repente, o un hombre mucho más viejo.

—No lo sé.

—Yo sí lo sé.

—No, te equivocas. Creo... que me lo habría quedado para mí.

—Tarado —suelta Jo, y se lleva a Céline con ella a la planta de arriba.

La escalera, el vestidor, las habitaciones, los baños, vuelve a recorrer el camino que ahora conoce. Coge su ropa, mete su bañador en una bolsa de plástico. Una rabia sorda le tensa la mandíbula, le impide llorar. Se precipita hacia el vestidor, coge un bolso de viaje grande de cuero envejecido, de una elegancia que le resulta extraña. Bajo la mirada un tanto aturdida de Céline, Jo recoge de manera mecánica la ropa más suave que cae en sus manos y la lanza al fondo del bolso.

—Estás loca —se atreve a decir Céline, que recupera su sonrisa tonta de borracha y una chispita de codicia se enciende en sus ojos.

Se inclina para coger un par de zapatos y añadirlos al botín. Luego otro par y una chaqueta, bueno, ya que estamos.

Con el bolso lleno, las dos bajan los escalones. Al pie de la escalera, Jo detiene a su hermana, le coloca el bolso en los brazos.

—Espérame aquí.

Se mezcla entre los demás que han invadido el pasillo, se abre paso entre los gritos, las risas, hasta la cocina y coge a la vez una botella de champán y una caja de pizza. Al volver con Céline, avanza hacia la salida haciéndole un gesto con la cabeza. Una versión electrónica de Aretha Franklin acompaña su huida.

Think, think, think, let your mind go, let yourself be free.

No se cruzan ni con Garance ni con Côme. No miran a nadie.

Y nadie las mira.

*

Manuel ha dejado de dar puñetazos. Tiene los nudillos rojos, la cabeza bañada en sudor. Se diría que intenta recuperar el aliento, pero le lleva tiempo. Se siente vacío, como si un tiburón blanco se lo hubiera comido por dentro, y ni siquiera siente ya la respiración, aunque la oye, ruidosa y áspera, sin aliento por el terror. Nota que su respiración llena todo el garaje.

El tiempo se le escapa en su respiración de garganta, la arritmia de su corazón.

—Joder, Manuel...

Es lo único que Patrick consigue decir, y Manuel no responde. Ni siquiera está seguro de que lo escuche. Así que se lo repite.

—Joder, Manuel. Mierda. Mierda. ¿Está...? Joder. Ay, mierda.

Duda todavía, Patrick. Se dice que a lo mejor va a salir bien.

—Va a salir bien.

En voz baja al principio, solo para él, luego a su amigo inmóvil.

—Va a salir bien. Joder, joder, joder. Va a salir bien.

Su propia voz lo tranquiliza, aunque sea para decir tonterías. Su voz ronca, en ese garaje brillante por el calor húmedo, tiene el tono carnosos de las grandes tragedias, de las promesas vacías.

—Va a salir bien.

Verificar, primero. Sí, pero esa sangre... No quiere poner ahí las manos, ya piensa en polis-balística-muerte-cárcel. Tiene que pensar por dos. Se lo debe al hombretón despavorido que todavía jadea por haber golpeado tan fuerte y durante tanto tiempo. Inclinandose sobre él, Patrick desliza los dedos contra el cuello de Saïd, a pesar de la sangre. El peso de la mandíbula rota, en su mano, le provoca ganas de vomitar. El silencio, bajo la piel, le confirma lo que ya sabe. Uno no sobrevive a una paliza como esa.

—No te muevas. Vamos a por una lona.

Patrick busca, encuentra una de esas lonas transparentes que aíslan la tarima cuando rehacen pinturas murales. Piensa en técnica, eficacia. Desenrolla un buen trozo sobre el cemento del garaje. Con su navaja Leatherman, corta la cinta adhesiva, a la altura de las muñecas, teniendo mucho cuidado de no estropear el sillón Voltaire, aunque ya está pensando en el mejor modo de deshacerse de él.

Paralizado, Manuel todavía no se ha movido, ni siquiera hace un gesto para secarse el sudor que le corre por el cuello, inunda su nuca.

—Ahora necesito que me ayudes.

Patrick coge a Saïd con decisión, que le den a la sangre, y lo intenta dejar en la lona. Le cuesta.

—¡Manuel, joder! Ayúdame...

Entonces, por fin, este vuelve la mirada hacia su amigo y se activa, como un títere obediente. Entre los dos, acuestan el cuerpo débil sobre la lona. Patrick le sujeta la cabeza para que no se golpee en el suelo, la suelta con suavidad, dejando que los dedos se le deslicen detrás de la nuca rizada: una amabilidad de vivo, una excusa. Es él quien dobla la lona sobre el rostro machacado, las ampollas rojas, el cuerpo torcido. Duda si vaciarle los bolsillos, verificar..., pero ¿verificar qué?

—La cinta americana, Manuel, a tu lado.

El hombre obedece, desenrolla la banda adhesiva y se agacha también para pegar la lona alrededor del cuerpo.

—Espera.

Manuel se levanta, parece que se pone a pensar y enciende un cigarro. Entre los dos, el cuerpo de Saïd yace bajo el grosor del plástico y las marcas de sangre se pegan al gris opaco. Manuel piensa en las series que ve a veces en la televisión con Séverine, en las que los polis siempre encuentran al culpable. Ya no es un tic lo que hace que se le mueva la cara, sino un temblor que le recorre el cuerpo. Sacude la cabeza como un animal estúpido.

—¿Qué estamos haciendo?

Patrick finge que no lo entiende, aparta los brazos al encogerse de hombros, en plan «¿Tienes otra idea?».

Manuel cruza el garaje, dándole la espalda a la escena, vuelve. Resopla, se seca al fin las gotas de sudor con la camiseta. Apagando el cigarro contra un frasco de aguarrás, se convence de que no tiene elección. Coge mucho aire.

—El estanque.

Los dos hombres ya no se miran. No se hablarán. De momento, hay que actuar rápido y bien. Le dan vueltas en la cabeza. Se ponen manos a la obra.

*

Han conocido muchas noches de verano. Luminosas y cálidas, rara vez oscuras: hay muchas estrellas la víspera de que haga bueno. Esta noche es muy clara, una luna casi llena, una quietud interrumpida solamente por el canto de las cigarras, a lo lejos. Y el ulular de un búho, a intervalos regulares. Jo cuenta los segundos entre cada graznido, como entre un relámpago y su trueno. Avanzan por el arcén de la carretera, se resguardan en la cuneta cuando pasa un coche.

—Somos tontas por escondernos. Sería mejor que hiciéramos autoestop.

—Espera.

—¿Has visto lo lejos que estamos? Yo no vuelvo a casa andando, te lo advierto.

—Tranquila. Primero sígueme.

Johanna todavía lleva la caja de pizza y la botella. Coge un caminito que sube, su hermana la sigue. Caminan unos minutos, pero Céline se cansa, así que Jo le pasa la pizza y coge el bolso, que pesa mucho más.

—¿Lo reconoces?

—¿No era aquí desde donde Anthony les tiraba piedras a los coches?

—Sí, y no solo él...

—Venga ya, lo hice una vez...

—¿Por qué cada vez que un tío hace algo absurdo tú lo sigues?

Céline ríe, Jo continúa.

—Fue después de la merienda campestre, esa en la que nos obligaron a vestirnos con el traje típico de la Provenza.

—¡No me lo recuerdes!

—Qué angustia...

Acaban en medio de una inmensa roca plana: la llaman la roca de la Mantequilla, pero nadie sabe por qué. Sobresale en el valle y la carretera pasa justo por debajo. Jo hace saltar el corcho del champán. Hace eco a su alrededor.

—Al final no estuvo mal que los viejos no vinieran a vernos. No hay fotos...

—Bah, tú estabas mona con tu gorrito de puntillas.

—Calla. Tú no estabas mejor.

Las dos se ríen. El champán se ha vertido por las piernas de Jo. Bebe y hace una mueca.

—Ni siquiera está bueno. Tendría que haber cogido una cerveza.

Céline abre la caja de pizza y esta vez tiene tanta hambre que la devora. Ha pasado el quinto mes, ya no tiene náuseas. Un poco demasiado borracha esta noche sin ninguna duda, pero la comida ayuda y parece que aguantará. La cosa se mueve un poco, hace un par de días que la siente. De momento, todavía finge que la ignora. Se inclina hacia Jo, frota la cabeza contra su hermana como un gato.

—Gracias.

Y como esta levanta una ceja, perpleja, añade:

—Por lo de hace un rato.

No volverán a hablar de ello, es casi demasiado. El bolso yace a los pies de Johanna, el champán se deja beber. Se sumen en el silencio como se sumergen en el agua de una piscina: de repente, al mismo tiempo y con deleite. Una después de la otra, solas las dos. Esto puede durar mucho tiempo y es precioso, aunque ellas no lo sepan. Volverán a casa dentro de un rato, los sábados por la noche pasan coches sin descanso, incluso aquí, en el agujero del culo del mundo, en este pueblucho de turistas ricos que conocen demasiado bien.

Céline mueve los dedos de los pies pintados en las sandalias de tacón, se quita las tiras deslizándolas, coloca la planta del pie en la piedra. No está

tan fría como había pensado. Está borracha, pero bien.

Entonces, en el silencio, con los ojos fijos en los dedos de los pies, Céline se da permiso para pensar en él.

La historia había empezado el último verano. Quizá antes. Quizá siempre había albergado esa esperanza de niña de que él la considerara una mujer. Quizá incluso fuera por él por lo que se había vuelto más alegre, por lo que había ejercido sin tregua su poder de atracción. Los Lucas y los otros no eran más que pruebas, cobayas para estar preparada para un hombre, uno de verdad. Uno que supiera allí donde ella creía desconocer.

A los chicos, Céline los volvía locos, pero en el fondo ella seguía soñando con escenas de un romanticismo anticuado, con puestas de sol en la playa como las que decoraban las paredes de su habitación. Alardeaban entre ellos, se lo contaban a los amigos. Ella hacía cosas, es cierto, bastantes cosas en realidad. Un montón de cosas que a las otras chicas les costaba, incluso a las mayores que ya no eran vírgenes. Por eso acarreaba tras de sí una reputación que solo los pueblos saben confeccionar.

Patrick la besaba desde siempre, para hacerla reír, para jugar. Ella era como una sobrina, como la niña que nunca había tenido. ¿En qué momento había cambiado? ¿En qué momento se había convertido en una obsesión, un problema o una solución? Para Céline, la confusión estaba ahí desde hacía tanto tiempo que no habría podido rastrearla con claridad. No le gustaba pensar en esos momentos del fin de la infancia en los que miraba crecer sus pechos en el espejo del cuarto de baño. Prefería soñar con las manos de Patrick acariciándolos como si tuvieran el tamaño perfecto.

Pero había un recuerdo, más vivo que los otros, que ella asociaba al principio de toda esta historia, en el cual volvía a pensar de vez en cuando con una especie de fervor incómodo, de esas incomodidades que acentúan el deseo.

Se habían ido todos a las salinas de Giraud, el pícnic en el remolque de la camioneta. Patrick y Valérie se habían llevado con ellos a las niñas, en la parte de atrás del 205. La camioneta los seguía, Manuel y Séverine en la cabina. Cuando salieron de las carreteras principales, aparcaron en el arcén. Patrick, Céline y Jo se montaron en la parte trasera de la camioneta, mientras que Séverine se unía a Valérie en el vehículo de menor cilindrada. La carretera, Céline se acuerda como de un gran grito, una tempestad de viento sobre sus figuras, aullidos de risa, carcajadas de animales. De pie, agarrados a la barra transversal que hay por encima de la cabina, desafiaban a la carretera de frente, Manuel se entretenía desviándose de repente para que perdieran el equilibrio. Fue un poco estúpido y peligroso, pero fue divertido. Patrick se había pegado a Céline, su vientre a sus nalgas, un brazo alrededor de su cintura, protegiéndola de un golpe. En el recuerdo de Céline, había rebaños de toros oscuros a lo largo de la carretera y los primeros flamencos rosas les habían arrancado carcajadas sobreexcitadas. Eran tan raras las salidas en familia o con los amigos de los padres... El fin de semana, los hombres hacían chapuzas; las mujeres, la compra. Las niñas entraban en estado vegetativo delante del televisor o se iban a fumar a los campos con los amigos del pueblo. Los fines de semana se pasaban sin hacer nada, siempre eran demasiado cortos a pesar de sus quejas de aburrimiento sideral. Céline no recuerda haber ido más allá de las salinas de Giraud, ni ese día ni otro. Ni siquiera ha cogido el tren nunca, salvo una vez, para ir a Aviñón con el instituto cuando tenía catorce años. Una visita al palacio de los papas y a un palacete, se moría de aburrimiento en medio de los cuadros religiosos y mal proporcionados.

El metal vibraba bajo sus pies y un viento cálido acompañaba aquel sábado excepcional, luminoso. La erección de Patrick contra sus nalgas la había impactado y tranquilizado: una confirmación. Jo no había visto nada, demasiado asombrada por el vuelo de los flamencos, la pesada belleza de los toros, los sentidos abotargados por los primeros olores del yodo, la

cercanía de las salinas. Ellos habían seguido riendo, cómplices de lo prohibido, portadores de un secreto enorme y silencioso. Lo sabían. No era más que una cuestión de términos, de ocasión. Si la diferencia de edad le suponía un problema a Patrick, así como el hecho de que fuera la hija de su mejor amigo y que tuviera quince años, Céline no tenía nada que hacer. Con el tiempo sabría incluso reconocer que este aspecto le había añadido interés a todo el asunto. Una de las emociones más clásicas, como si ser deseada por un hombre pudiera convertir en mujeres a todas las jóvenes. Compensar su ingenuidad, sus sueños de tonterías. Ella se apoyaba ligeramente. La excitación que la había invadido en aquel instante no la podía comparar con nada. Una mezcla de terror y de alegría absoluta. Era nuevo, era un mundo.

En la playa, Patrick se había comportado como siempre, rivalizando en virilidad con su amigo Manuel, abrazando a Valérie, corriendo detrás de Jo o Céline para mojarlas, como un tío jugando al monstruo imaginario. Céline terminó dudando.

A la vuelta, él se puso al volante del 205. Valérie se quitaba la arena de los tobillos, intentaba que Céline y Jo hablaran, mudas y hundidas en el asiento de atrás. A pesar de sus esfuerzos, nunca había conseguido tejer un vínculo muy caluroso con ellas, ni siquiera cuando eran pequeñas.

En un algún momento, Patrick pasó por encima de una nutria y la mató, manchó la carretera de sangre. Las chicas gritaron del asco, pues se habían dormido, la una apoyada en la otra.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—Sí, claro, los cojones...

—Los cojones tendrías que usarlos un poco más.

Jo sonríe en la noche, piensa en el torso desnudo de Saïd, en el calor de los cuartos de baño, en el olor vomitivo del éter.

Su sonrisa se hace más grande, le pasa la botella a su hermana: de perdidos al río.

—Ya sucederá, no te preocupes.

OceanofPDF.com

Estanque

Los chicos silban de admiración. Incluso el gitano muestra respeto en su actitud desde que ha visto cómo han avanzado las obras.

—¿Lo habéis hecho los dos solos?

—Sí, nos quedamos anoche para avanzar —explica Patrick—. Hicimos el encofrado, pusimos las mallas de alambre soldado.

—¿Y el hormigón?

—Lo hemos echado esta mañana temprano, cuando hemos llegado.

Los chicos están asombrados, casi se sienten idiotas por haber buscado bronca ayer. Un jefe de equipo que trabaja más que un obrero, eso se respeta. Miran a Manuel de arriba abajo asintiendo con la cabeza.

—Podrá echarle agua para la boda de su hija —se burlan los chicos.

—Tendrá que esperar una semana para que se seque del todo —precisa Patrick—, pero debería de estar listo. No nos va a poder echar la bronca.

El equipo cierra filas frente al enemigo.

Manuel no dice nada. En lo alto de su enorme cuerpo de gladiador, su cabeza se tambalea por el cansancio y su tic no ha parado, es incluso peor: su mejilla se mueve sola bajo las gafas de sol. Tiene las manos destrozadas bien metidas en los bolsillos de su cazadora, aunque ya hace demasiado calor para llevarla puesta. Se frota los dedos entre sí, las gotitas de hormigón se estrellan contra la tela. Sus falanges doloridas, irritadas hasta sangrar, le recuerdan que está vivo.

En bucle, repasa fragmentos de la noche. La primera parte la oculta: demasiado oscura, demasiado alcoholizada, y, además, volverá muy pronto.

De momento, piensa en las etapas escrupulosas de los acabados del estanque. El lecho de gravilla en el borde, el cuerpo tendido en el fondo, dibujando un arco, y el hierro por encima, que llevaron entre los dos. Y luego los cuarenta centímetros de hormigón vertidos sobre este, cincuenta para no equivocarse, para estar seguros, ser prudentes. Lo hicieron rápido, cada movimiento calculado, eficacia. No era solo la historia de unos tíos acorralados, estaban lejos —pensaban ellos— de las películas del género. Precisamente, preparar la obra en medio de la noche y mover la hormigonera les arrancaba una sonrisa. Sin pensar, solo hacer y hacer que el cuerpo se agitara con movimientos familiares. No se miraban.

Cuando el sol salió sobre sus cuerpos rotos y sucios, sus ojos vacíos, habían terminado. El sillón Voltaire ha visto serradas las patas, roto el respaldo; yace, a trozos, bajo una parca de caza vieja y cepos retorcidos, al fondo del remolque de la camioneta. Esperará un poco: los rastrojos se queman a finales de otoño, a veces incluso en invierno.

El hormigón se ha endurecido lo suficiente para que puedan respirar. Y que empiece el infierno.

Dándole la espalda al equipo, Manuel saca un cigarro, que enciende protegiéndolo con sus manos como si el mistral se lo fuera a llevar todo por delante. Pero no sopla el aire en la colina. Solo hay luz, calor endémico y azul.

En nuestro pueblo también

Aunque Jo se sorprende de no ver a Saïd en los días que siguen a la fiesta en casa de Garance, no se preocupa en realidad. Está el verano, ese bolso de ropa que pesa a los pies de su cama, Garance que intenta llamarla y ella que no le responde. La vuelta al instituto en el punto de mira, la languidez de un mes de agosto que se alarga, pegajoso. Solo cuando los guardias aparcan en la urbanización, las cosas se mueven, surgen las preguntas.

Al principio, no se puede decir que se alarmen. La madre de Saïd ha denunciado su desaparición y, dado que es mayor de edad, que los polis vayan a preguntar es casi un favor que le hacen. Todos los años hay un montón de gente que desaparece, que se va lejos, que deja que la olviden. Pero los guardias preguntan de todos modos. No se interesan por su horario del día que desapareció, sino que son preguntas raras, sobre la infancia de Saïd, la gente que frecuentaba.

Sin embargo, no hay mucho que decir. Saïd nunca ha llamado mucho la atención. Un chaval del pueblo que ha frecuentado la misma escuela que todos los niños de la zona. El colegio Paul-Gauthier de Cavaillon, el instituto Dumas —el técnico, no el general—. Un crío que ha pasado el tiempo en los mismos sitios que los hijos de los agricultores, de los albañiles, de los guardias. Ha estado involucrado en meriendas campestres aburridas, en la lotería de invierno, ha trepado hasta las ruinas del castillo —por encima de Fontaine-de-Vaucluse— cuando salía con la Unidad Nacional de Deporte Escolar. Fumado algunos porros, perdido el tiempo en la plaza del pueblo, ligado con las chicas del pueblo torpemente, golpeado

el mismo balón que los demás, en el club de fútbol de Taillades —mejor que el de Les Imberts—, y el entrenador lo apreciaba mucho. Con catorce años, salió con Carole, la hija del dueño de la tienda de ultramarinos de Cabrières. De hecho, cuando los guardias lo interrogaron, no se cortó, el dueño de la tienda, a la hora de decir lo que piensa de los árabes que rondan a su hija y de ese en particular. Seguro que se habrá ido a hacer la yihad, teniendo en cuenta cómo miraba las costillas de cerdo en la barbacoa. Y de todos modos es raro, un hombre que desaparece de repente, de un plumazo.

Por eso las cosas se agitan un poco más de repente, un fervor repentino, una emoción paradójica ante la idea de que, a lo mejor, aquí también, hay árabes que se van a Siria. Porque, concretamente, ya se han forjado su hipótesis, los guardias, y les encantaría que se confirmara. Eso crea una especie de alegría vergonzosa, libera el verbo. La madre de Saïd dice que él jamás habría hecho eso, pero eso es lo que dicen todas las madres, ¿no?

Así que los polis sustituyen a los guardias, interrogan un poco más, entran en las casas que se abren mejor que cuando se trata del robo de un tractor, de caza furtiva o de la violación de la cría de la esquina. Les ofrecen algo de beber, a veces otra ronda, sacan los pistachos.

«Siempre he dudado.» Y la hipótesis se convierte en verdad. La tienda de ultramarinos no está vacía a pesar de las berenjenas a cuatro euros el kilo y la incapacidad del jefe para dar el cambio bien. Se habla mucho entre las estanterías, se acuerdan de cosas, y lo que no se sabe, se inventa. Una efervescencia inquieta, un placer de importancia de estar en el meollo de las cosas. «Dios mío, incluso en nuestro pueblo.» A todos les parece que por fin existen.

La madre de Saïd ya no sale, sus hermanas bajan la cabeza cuando van a hacer la compra al pueblo.

—¡Menuda tontería! —gruñe Jo todo el día—. Son idiotas.

—Tú no puedes saberlo —responde la madre, que va bastante a la tienda desde hace unos días.

El padre no dice nada. De todos modos, ya nunca dice nada, trabaja y vuelve tarde. Ha empezado una nueva obra, en Roussillon. Cuando vuelve, bebe bastantes cervezas, cae como un saco en su lado de la cama.

Céline sigue dándoles de comer a los jornaleros con su abuela, sentándose más a menudo, cargando menos botellas. Los chicos son amables, la ayudan y también se preguntan por la desaparición de Saïd.

Una noche, la madre de Saïd pasa delante de la casa, llorando. Su mirada se cruza con la de Manuel, que fuma en el jardín, rodeado de una aureola de mosquitos bajo la bombilla. Piensa en Saïd, el cuerpo dislocado bajo metros cúbicos de cemento. Lo piensa como si no tuviera nada que ver con él y se compadece de la mujer desaliñada que lo mira sorbiendo los mocos. Y una cuchilla de vergüenza se le clava en el estómago. Tose y aparta la mirada.

Cuando los polis vienen a la casa, se sientan en el sofá amarillo limón y no se andan por las ramas. ¿Johanna y Céline lo conocían bien? ¿Saïd había hablado de religión, ensalzado la pureza, fustigado la decadencia de Occidente?

Jo tiene la impresión de que utilizan palabras que no dominan, como si acabaran de aprenderlas. Pero ella es de armas tomar. Niega con la cabeza, se echa a reír.

—¿La decadencia de Occidente? No, bebe Coca-Cola, le gustan las chicas y nunca ha hecho ni el más mínimo comentario sobre la ropa de Céline... En cambio, hay chicos de aquí que no se privan.

Séverine aprieta los labios. Está sentada en frente de ellos, con las piernas cruzadas, aire serio.

—No lo podemos saber con certeza, ya saben. Trabajaba en casa de mis padres y de un plumazo se esfuma... Eso demuestra que en realidad no podemos confiar en ellos, ¿no?

—¿Ellos? ¿De quién hablas exactamente? —se enfada Jo.

Normalmente, la madre es menos tonta que el padre respecto a estos temas.

—Señorita, deje que su madre diga lo que tiene que decir. Estamos aquí para escuchar a todo el mundo.

El policía escucha las generalizaciones de Séverine. Sin duda la encuentra guapa y entiende sus preocupaciones, sí, él también tiene una hija y no le gustaría que ella...

—¿Qué tipo de relación tienen con él? —les pregunta de repente el segundo poli a Jo y Céline, cortando a la madre en su vacía perorata mañanera de racismo ordinario.

—Somos amigos desde la escuela —responde Jo—. Yo más que Céline. La hermana asiente con la cabeza, valida la afirmación.

—Sí, a mí me cae bien, pero sobre todo está colado de Jo.

—Imbécil.

—¿Qué pasa? Es cierto, hace años que Saïd está enamorado de ti. Ese tío haría lo que fuera por ti, recorrer kilómetros con el coche para servirte, siempre está disponible cuando lo necesitas, conoces a pocos que harían lo mismo.

Ah, eso, eso parece interesar a los polis, cuyos rostros se vuelven a la vez hacia la chica.

—¿Le ha hecho a usted regalos, señorita?

Ella ríe, molesta, por culpa del «señorita».

—No demasiados, no tiene mucha pasta. Pero cuando éramos pequeños, me fabricaba cosas. Mangas que dibujaba él mismo, que grapaba por el medio.

Hace con las manos el gesto de pasar las páginas de un libro, se interrumpe.

—¿Qué hace usted con él?

—¿A qué se refiere?

El que ha empezado no le quita los ojos de encima a Johanna, pero no precisa nada; el otro parece molesto. A lo mejor finge para tranquilizar a los padres.

—Pues vamos al río, pasamos el rato. Bueno, este año no hemos ido al río, curraba bastante, hacía muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo sé, curraba, veía a los amigos, lo normal. Y además yo no estaba demasiado por aquí.

—¿Dónde estaba usted?

—En Aviñón, en el festival. Pero él me llevaba cuando lo necesitaba y me venía a buscar. Si tenía problemas con el bus.

Le sonríe a su hermana, es verdad que la protege, Saïd.

—Esperen —interrumpe Séverine—, ¿qué son estas preguntas? Mis hijas no han hecho nada. Las interrogan como si estuviesen involucradas en algo malo.

—Para nada, no es lo que pretendemos. Solo intentamos tener una visión más clara de la situación.

Su compañero sonríe a Manuel, busca una alianza.

Este no entiende cómo se le ha podido escapar el asunto de las manos. Siente un vacío en su interior, doloroso como una buena caída. Va a buscar una cerveza al frigorífico, les ofrece una a los polis, que la rechazan con un gesto. En cambio, Séverine sí reclama una.

—¿Ustedes son algo más que amigos..., Johanna? —insiste el primer poli.

—¿Y qué más da?

Jo se levanta, tensa. Se arrepiente de haber entregado un trozo de su amigo, tiene la impresión de que todo lo que pudiera decir se va a utilizar para ensuciar, transformar.

—Escucha, Johanna, ¿no querrás ser responsable de algo grave?

El poli ha adoptado una voz profunda para decir eso, le echa un ojo al televisor encendido que emite las noticias en bucle. Nada que ver con lo que los atañe: los periodistas hablan de las próximas elecciones presidenciales. Pero todo el mundo ha entendido muy bien adónde quiere llegar. La presencia de sus padres enfada a Jo, esta sesión de confesiones la desnuda, y detesta que los desconocidos la tuteen.

—Salimos juntos desde enero, pero no hemos hecho nada.

Un silencio, y luego el poli sonrío, amable.

—Gracias, Johanna, muchas gracias.

La gratitud de estos dos no la reciben las masas. Desde que se van, después de haberse despedido de todo el mundo, las dos adolescentes se encierran en su habitación. Séverine se bebe la cerveza a traguitos, sentada sobre sus piernas en el sillón.

Los polis no volverán: tienen retazos de información, el esqueleto de una personalidad, decenas de comentarios paranoicos, pero ni pruebas ni verdad. El expediente de Saïd se unirá al de otros, mientras que toda la región creará un mito alrededor del joven.

A Manuel le habría gustado no haber escuchado nada, no saber nada. ¿Qué narices importa ahora? Se imagina juegos de niños, la amabilidad patosa, la paciencia... No quería escuchar eso. La diferencia es demasiado grande entre el chaval que han descrito sus hijas y el hombre hecho y arrogante del que él se ha vengado. En una acrobacia cerebral completamente absurda, se dice que los polis tienen razón, Saïd ha ocultado bien su juego, tiene que haberse ido a Siria o haberse unido a una célula terrorista. E incluso... aunque no lo haya hecho, podría haberlo hecho. Ese perfil justificaría su odio, pero eso no se sostiene durante más de diez segundos. Al entender que nunca estará tranquilo, Manuel siente un alivio inmenso, al mismo tiempo que un peso terrible en el plexo. Por instinto, supone que va a tener que

vivir con ello. Se dice que la vida de algunos hombres no vale mucho. Él se encuentra entre ellos, aunque no esté muerto.

Le gustaría tanto que su madre todavía estuviera con él...

OceanofPDF.com

Cosas viejas

A Céline no le gusta su vieja maestra. De pequeña tampoco le gustaba. Tenía esa forma de hablar tan amable, tan dulce, que para Céline era un suplicio. Su forma de echar la cabeza a un lado haciendo pucheros, una mueca absurda en ese rostro de mujer adulta para hacerle saber a una niña inquieta que la decepcionaba mucho. La siguió durante varios años en primaria, la maestra cambiaba de clase al mismo tiempo que ella. Una maldición que volvía cada curso, hasta secundaria. No era mala, más bien todo lo contrario, pero, a pesar de su incapacidad para entender exactamente de qué se trataba, Céline sentía en su mirada y en su actitud que el desprecio afloraba tras la falsa buena voluntad. Cuando suspiraba negando con la cabeza si ciertos niños les contaban a los demás los detalles de una película que habían visto el día anterior que obviamente no deberían haber visto. O cuando desenvolvían sus almuerzos en una excursión, refrescos y galletas, paquetes de patatas familiares. Porque ella no era la única, en el pueblo y en la escuela, que recibía ese desprecio. Eran muchos los padres que criaban a sus hijos como salvajes, sin horarios y con tardes delante de la tele. Esa idiota no podía entenderlo, se había mudado aquí por el sol y las paredes de piedras falsas, los mercadillos típicos y el acento encantador.

A veces, Céline imaginaba cosas secretas, que sabía que eran inconfesables: la maestra fusilada contra la pizarra como en esa película de guerra que acababa de ver con su padre, incluso veía los agujeros de las balas en sus enormes senos, bajo sus vestidos estampados. Jo había tenido más suerte, solo le había tocado un año, cuando Céline entró a secundaria.

Y Jo sabía mantener a la gente alejada cuando su hermana la sepultaba bajo sus enemistades.

Ahora parece vieja. Hace poco que se ha jubilado y a Céline aún le sorprende constatar que sigue viva cuando se cruza con ella, inevitablemente, al hacer la compra o pasear por el pueblo.

Esta mañana, su madre no le ha dejado elección: le ha endiñado los recados; Céline no se ha atrevido a decir que no. En este momento busca una buena actitud, le gustaría poder enviar a la mierda a todo el mundo, aunque espera un abrazo que le dé permiso para volver a ser niña. Así que madre e hija recorren el Intermarché, cada una con un carrito y un trozo de la lista en la cabeza. Cuando ve a la maestra a pocos metros, con el carrito lleno, su cuerpo delgado y su enorme pecho apoyado en la barra, sus ojos de miope sumidos en la sección de las galletas dietéticas, Céline acelera para reunirse con su madre, como si esta pudiera protegerla de la vieja loca. Como si Séverine la hubiera protegido de cualquier cosa. Coge la tangente esperando que la vieja no la haya visto, pero la otra ya le hace gestos, la invade con su presencia flácida y condescendiente.

—¡Céline!

La joven se da la vuelta a su pesar.

Aplastando su pecho contra el carrito para impulsarlo, la vieja avanza lo suficiente para colocarse a la misma altura que ella, que no hace ningún gesto, se niega a darle un apretón de manos o dos besos inapropiados.

—¿Y bien, querida? ¿Cómo estás? Me han dicho...

Su sonrisa está ávida de nueva información, sus ojos plantados en la tripa de la joven. Céline se pregunta cómo se ha enterado esta vieja zorra. Maldice la indiscreción y la rapidez de las charlas inoportunas, se promete no dejar ver nada, no permitir que se filtre lo que siente. Al principio no se le da mal, su mueca insolente siempre rematada por una sonrisa, el rímel glorioso y las mejillas con colorete.

La maestra jubilada observa a su antigua alumna, que se ha hecho mayor, se ha hecho mujer, «pero sigue siendo igual de mala», piensa.

—¿Estás contenta?

Céline no puede impedir fruncir ligeramente las cejas en una muestra de incompreensión, así que la maestra suelta una especie de risilla molesta, consciente de repente de la inutilidad de su pregunta.

—Quiero decir: ¿va todo bien?

Céline se encoje de hombros. Duda un segundo, mira fijamente a la vieja y vuelve a pensar en la infancia, demasiado cerca. No responde.

A pesar del silencio de la joven, la mirada de la mujer se desliza hacia su carrito, estudiando con curiosidad los productos elegidos, y vuelve a su tripa. Céline piensa en la cosita, en ella.

—¿Qué vas a hacer después?

En la boca de la maestra no suena como en la de Jo. Céline se encoje de hombros, sigue sin decir nada.

—¿Y el padre?

La mirada de la vieja se vuelve más insistente, pierde su buena intención. Su sonrisa permanece fija como la de las muñecas de las películas de terror, en eso piensa Céline. Mira a su alrededor, el resto de los clientes no les prestan atención. Céline siente que el mundo ha adquirido unas dimensiones amenazantes; podría tragársela entera, y ella nunca ha sentido esto antes. Coloca una mano en su tripa. Piedad repentina en el rostro de la otra, una piedad asquerosa que se extiende al feto; a la adolescente le gustaría arrancarle los ojos. Y por primera vez desde que sabe que está embarazada, a Céline le gustaría proteger al bebé que crece en su interior. No sabe expresarlo en palabras, esto la desborda, y quiere encontrar a su madre.

—Mi madre me espera.

Céline se sacude, les ordena a sus piernas que reanuden su marcha, que se aparten del cara a cara.

—¡Espera! Si necesitas lo que sea...

—No necesito nada. Ni a nadie. Y ¡vete a la mierda!

La maestra se queda firme en su estupor, ofendida y balbuceante.

Céline empuja delante de sí misma su carrito como un escudo o como un ariete que derribará las puertas enemigas. Termina sus compras con paso firme, lanzando los artículos al fondo del carrito con una rabia metódica. Llega a las cajas sin aliento, tensa como un animal perseguido, la espalda mojada de gotitas de prisa. Su madre ya está en la cola y la mira con un aire ausente, pero Céline le sonríe.

OceanofPDF.com

Un día, en la Rambla

—¿Irás a España por mí?

—Sí, abu.

—Irás a la Rambla, Jojo, verás qué bonita es. Siempre hay gente bailando. Y al final del todo, casi en el puerto, hay leones de piedra. ¿Irás a verlos?

—Sí, abu.

—Salúdalos de mi parte.

—Sí.

—Mi padre era orgulloso, Jojo. Tú te pareces a él, ¿sabes? Tenía ese aire, como tú, siempre un poco enfadado, en estado de alerta, como si alguien fuese a llevarse algo que apreciaba. Recuerdo que me contaba cuando llegó al campo de Argelès, el agua sucia y su hermana que cayó enferma. Murió allí, ¿sabes?, mi tía. Nunca la conocí... Pepita se llamaba, había sobrevivido a la guerra para morir en Francia, por culpa del agua sucia, ¿te imaginas?

Jo le sonrío a su abuelo, conoce la historia, pero le gusta volver a escucharla. Es mejor que el silencio. Es mejor que ese ruido de masticar húmedo que emite cuando le cuesta respirar, y las vibraciones nasales, el hipo: todo su cuerpo se desmorona.

—Vete a tomar algo a la plaza de España. Y en la calle Tarragona me acuerdo de que hay un barecillo donde mi padre me llevó la primera vez que volvió, después de la muerte de Franco. Y el jardín de Horta...

Los ojos desquiciados del viejo se quedan fijos en el muro, se pierde en el laberinto vegetal del jardín de Horta, reencuentra el rostro de su padre

con la misma edad que él, justo antes de su muerte, y el de Franco devorado por los leones de piedra.

—Sí, abu.

—Espera, me he olvidado del nombre. Voy a acordarme del bar. Hacen unas *tapas*¹ increíbles.

Jo está cansada. No entiende por qué Saïd no ha dado señales de vida. Que se haya ido, vale, pero ¿por qué no le ha dicho nada a ella? Tiene un montón de preguntas que no la llevan a ningún lado.

—¿Quieres que nos demos un paseo? Puedo empujar tu silla por los pasillos. O bajar.

Aunque no son muy grandes, los jardines del hospital tienen dos o tres setos frondosos y un poco de verdor para hacer pensar en el renacimiento, la primavera, esas tonterías. Y además hay algunos pájaros. Lo prefiere a esa habitación de la que conoce todas las esquinas, los pasillos de linóleo *beige*, las plantas de plástico: las hay de verdad, a veces, regalos de una familia tras la muerte de un paciente.

—No, estoy cansado y dentro de nada es la hora de la merienda.

Jo traga saliva, le cuesta. Su abuelo desprende un olor insípido y rancio, un tufo a frigorífico viejo y agua de colonia rancia. Intenta imaginar, si no le quedaran más que un par de meses de vida, qué se le pasaría a ella por la cabeza: solo encuentra miedo, súplicas cándidas y desesperadas.

Johanna nunca ha ido a ninguna parte. Ni siquiera a los viajes de la escuela porque los viejos no querían pagar. Piensa en España, en las parejas que bailan un tango argentino en la Rambla, unidas por el ritmo. Su abuelo le da una prueba, un nombre de estación, un destino para una posible fuga, un día, más adelante: un regalo inestimable. El viejo no lo sabe. Se retuerce en su silla de ruedas, impaciente de repente por mordisquear sus galletas Petit Lu mojadas en la compota. Se las da con la cuchara Chloé o Justine quizá, la rubia guapa con flequillo que habla un poco fuerte. Y que se ríe de sus bromas, cuando él se atreve a hacerlas. El abuelo se sabe sus nombres,

los de todas. Sin embargo, en cuidados paliativos, uno no suele tener mucho tiempo para conocer a la gente. Lleva allí demasiado.

—¿Cómo está tu padre?

—¿No ha venido a verte estos últimos días?

—Sí.

—¿Entonces?

—Lo hicieron jefe de equipo en la última obra, eso me dijo.

El viejo se arruga en una sonrisa. Tiene una luz preciosa en sus ojos de moribundo.

—Estoy orgulloso.

—¿Se lo has dicho?

Él no responde y de repente busca alrededor de la silla un objeto invisible. Sus ojos se cruzan, parece perdido de golpe.

—¿Dónde se ha ido tu abuela? Me ha dicho que volvería enseguida.

Jo se muerde una uña. Le entran ganas de llorar.

—¿Por qué no vuelve, Jojo? Me ha dicho que no tardaría mucho.

—Debe de estar hablando con papá, no te preocupes. Voy a decirle que venga.

—Gracias, *gatita*. Dame un beso.²

Jo busca algo en su bolso, saca un ejemplar del periódico *L'Humanité* que deja cerca de la cama, luego se inclina sobre el viejo y le besa las arrugas. De pequeña no le gustaba eso. Desde que se muere, Jo se dice todos los días que quizá sea la última vez. Por extensión, se dice eso para muchas cosas que hace por primera vez. Cuesta un poco, pero tiene mérito mantenerse lúcida.

Lluvia de verano

Con quince años se supone que uno no se salta el instituto para recoger la uva, pero este año nadie ha pensado siquiera en imponerle nada a Jo. Así que se mezcla con los trabajadores agrícolas y se parte el lomo entre las cepas. Porque es ahí donde tiene ganas de estar y el instituto bien puede esperar una semana. Se trata de ahorrar pasta, ahora que tiene un proyecto, y la vendimia le ofrece un agotamiento físico salvador, el placer de los gestos repetidos hasta el infinito. En la zona no se hacen muchas vendimias a mano, pero los abuelos han conservado esta costumbre. Las tijeras en la palma, corta, recorre cada hilera con la energía de quien huye, llena su cubo. Con ello siente una satisfacción serena. De vez en cuando, levanta la cabeza, echa su cuerpo hacia atrás, manos en las lumbares. En la pausa de las diez, se abraza a una taza de café con los dedos llenos del jugo de las uvas, la espalda ya crujiendo de dolor, como el resto. Le gustan estos rituales, las miradas cruzadas de los vendimiadores, la complicidad de los que se agotan juntos y beben a morro de la misma botella.

Céline pasea su enorme tripa entre los trabajadores y la cocina de los abuelos. Se diría que lo ha hecho toda la vida.

La tarde no ha terminado, pero grandes nubarrones oscuros se acumulan por encima de la colina: la tormenta que se anuncia tiene los colores del apocalipsis. Todavía hace calor cuando las primeras gotas se estrellan, sonoras y ásperas, en las hojas, en la tierra, en la espalda de los vendimiadores.

—¡Poneos a cobijo! —grita el viejo cabilio, seguido por el resto del grupo.

La tormenta es demasiado fuerte para estar al descubierto. Estos diluvios son como duchas, los conocen bien: hay que resguardarse y esperar a que pase. Colocándose camisas o chaquetas encima de la cabeza, corren hacia la protección del toldo, saboreando la huida, sacando ya los paquetes de tabaco. Resoplan como bestias, hacen girar un mechero, se quejan de la forma.

—¿Dónde vas? —le pregunta un jornalero a Jo cuando ella sale del resguardo del toldo.

—Tengo que mear.

—¿No puedes esperar a que amaine?

—No, además, me gusta mucho la lluvia.

En realidad, es algo más: Jo está fascinada por la tormenta y ya corre a través de las arboledas para aislarse de los demás y disfrutar de la lluvia.

Jo parece una rama. Conserva el moreno del verano y su piel resplandece a pesar del verde grisáceo que oscurece el valle, tiñe el cielo. Dorada y más salvaje que feroz, en el fondo. Dando grandes pasos sobre sus largas piernas, a través de la maleza, recorre los senderos como un animal. La tierra huele tan fuerte que siente una ligera incomodidad, como si pisoteara su cuerpo. Le encantaría descalzarse, talón-planta-dedos de los pies en el musgo, el barro, la curva áspera de las rocas blancas. Le encantaría hacerlo, pero todavía no se atreve. Ya lo hará.

De momento corre, se queda sin aire, respira fuerte y después se detiene, manos en las rodillas, recupera la respiración con la cabeza bajada. Se ha alejado bastante. Se endereza para quitarse la camiseta ya empapada de agua, le ofrece su pecho y su rostro al cielo. La lluvia le golpea los hombros, la frente, fluye en cascadas por su cráneo, su espalda, entre los pechos. Pero no siente escalofríos, el calor viene del interior, la euforia. Y

aunque sintiera la lluvia correr por su interior, seguiría siendo una sensación plena y cálida. No tiene frío.

Jo no ha vuelto a ver a Garance. Ni a Côme. Ni a ninguno de ellos. El bolso sigue en la habitación. Céline quiso probarse la chaqueta, pero Jo se lo prohibió, nadie tocaría el contenido del bolso. Como su feroz oposición parecía una obsesión extraña, Céline lo dejó pasar. Miró a su hermana fijamente al ojo izquierdo, negó con la cabeza y soltó un «Tú eres tonta» inapelable.

Jo les preguntó a los amigos de Saïd, a los del barrio Docteur-Ayme, si lo habían vuelto a ver, pero nadie sabía nada. Es evidente que los dos compañeros que debían quedar con él habían cerrado el pico desde el principio, acostumbrados a que los polis se les echen encima a la mínima. A algunos de ellos los había interrogado la policía y después nada más. Los chicos se encogían de hombros, molestos de que Saïd no les hubiera contado su secreto, pero, desde que se juntaba con los anticuarios, se había vuelto un poco pedante. Así que Jo también preguntó por el mercadillo de L'Isle-sur-la-Sorgue, pero los viejos ladrones que se daban aires de dandis tampoco sabían nada. El coche siguió un tiempo aparcado delante de la casa y después desapareció. El padre debió de venderlo. La madre de Saïd aguanta las lágrimas cuando las chicas pasan por la casa. De hecho, ya no pasan mucho. Pero Jo trabaja cerca de ella en los viñedos.

Ahora se descalza, los calcetines se quedan en el fondo de las zapatillas, bolas húmedas. Después los vaqueros, que se le pegan a los muslos. Duda un poco, la humedad hace que la tela esté más rígida, pero ella se los quita como un insecto que muda la piel, los lanza a un lado, descosidos sobre la menta silvestre que se atribuye una parte de la tierra, enérgicamente olorosa.

Es extraño, como si uno se acostumbrara a todo. Jo no habría pensado nunca que la ausencia de Saïd encontraría un lugar en su vida. Él siempre había estado allí y, sin embargo, ella acepta su desaparición con un rencor

sutil, como si él se hubiera ido contra ella. Él le ofrece una falta, un dolor de abandono que le da a su vida colores más intensos. Se lo imagina viviendo, solo, en un país extranjero. Lo ve paseando por calles desconocidas, más guapo por la audacia de tal cambio. A veces piensa que quizá simplemente se cayó en una cuneta y murió agotado, pero eso no llega a parecerle real. Prefiere la otra versión, esa en la que deambula con sus Ray-Ban en una ciudad extranjera; así piensa en ella, a lo mejor se arrepiente de haberla abandonado. Ella también se irá, ahora está segura.

La lluvia se intensifica de repente, la hunde hasta los tobillos y los relámpagos rompen el paisaje, aislando a la joven del resto del mundo. Ya no ve a más de cinco metros; de todos modos, cae con tanta fuerza que se ve obligada a cerrar los ojos. La lluvia tintinea sobre su cuerpo, fustiga la piel y fluye, caricias después de golpes. Dura unos minutos o más, un baile con muy pocos gestos. Y después su cabeza se mueve hacia atrás y Johanna suelta un largo grito de garganta y de animal, un grito que la prolonga, ronca y eufórica. Pero cuando se queda sin aliento y se calla, otro grito responde a su silencio; varios gritos en realidad, que se mezclan con el ruido de la lluvia y que provienen de la casa de sus abuelos. Incluso cree escuchar su nombre.

¿Están preocupados por ella? ¿O es otra cosa?

La magia ha terminado: el extraño trance, los pies en el barro, le parece de repente extravagante, vergonzoso. Vuelve a vestirse, los vaqueros se le pegan y le cuesta ponérselos, deja caer los calcetines y galopa con los pies descalzos hasta la propiedad, una zapatilla en cada mano.

Hay movimiento bajo el toldo, a pesar de la lluvia.

Su hermana, plegada sobre sí misma, suelta pequeños gemidos mientras la abuela parece desquiciada al teléfono. Los trabajadores chillan, cada uno da su opinión sobre lo que hay que hacer.

—Podemos coger mi coche —grita Pascal por encima del tumulto, pero la vieja le hace un gesto para que se calle: intenta hablar por teléfono con su

hija o con su yerno, sin éxito.

Jo echa cuentas mentalmente: «Seis meses no es mucho, puede que siete, vale, pero siguen sin ser nueve».

Pascal corre hasta el viejo Peugeot, aparcado algo más lejos en el camino. Lo arranca y conduce hasta el toldo. Los otros se apartan, Céline monta en la parte de atrás. En el momento en el que la abuela va a instalarse en el asiento del copiloto, Jo se mete por medio y se planta delante de la puerta.

—Voy yo, abuela. Tú puedes quedarte aquí.

La vieja mira los pies descalzos de Jo, cubiertos de barro, todo su cuerpo empapado por la tormenta. Se quita la chaqueta de lana, se la echa a Jo por los hombros.

—Vete. Yo voy a intentar avisar a tu madre.

—Y a mi padre.

—Y a tu padre.

Céline suelta un grito de dolor, acurrucada en el asiento de atrás.

—Venga, daos prisa.

Pascal arranca pisando a fondo. Los limpiaparabrisas chirrían contra la luna, apartan cúmulos de agua que parecen volver enseguida. Jo tiende el brazo y le da unas palmaditas a la cintura de su hermana, no se atreve a tomarla de la mano. El agua de lluvia se le cuela hasta en los ojos y en las orejas. Se sacude como un animal, tiritando de preocupación y de frío.

Quiéreme, Lili

—¿Se ha ido él?

Valérie se encoge de hombros. La grasa del brazo vuelve a caer, patética, contra el vestido apretado, demasiado cálido para la estación a pesar de la tormenta.

—No podía más.

—Entonces ¿has sido tú? —insiste Séverine.

—No, ha sido él, pero ha hecho bien.

Séverine se inquieta, se enfada por su amiga, creyendo que habla por todas las mujeres, cuando solo se trata de ella. Está apoyada en la pared exterior de la escuela, apenas resguardada por el saliente del tejado, un pie contra una maceta de flores. La tormenta todavía truenas, explota a lo lejos. Se enciende un cigarro: el último antes de volver. El recreo casi ha terminado, solo ha parado porque Valérie se ha pasado. Seguro que la maestra le hará algún comentario desagradable cuando vuelva a entrar, porque se supone que es ella la que tiene que vigilar a los niños durante el recreo, pero, mierda, está hecha polvo. Además, con la tormenta los críos lo van a llenar todo de agua.

—Ninguno tiene la razón ni está equivocado, de todos modos, me lo esperaba.

—Entonces ¿por qué no te largaste tú?

Valérie niega con la cabeza, duda.

—No lo sé. A pesar de todo es amable, tú lo conoces.

Séverine no la escucha en realidad. Aplica cada respuesta a su propio caso, se pregunta si vale más que Valérie, si solo se encuentra en punto muerto porque la vida le reserva un buen botín o si ennegrece aún más el cuadro y su existencia no está tan mal, en el fondo, comparada con la de su amiga.

En el bolsillo de su bata de trabajo, su móvil vibra y suena.

—Venga, puedes responder.

—No, es mi madre, no tengo ningunas ganas de hablar con ella.

Con un movimiento del pulgar, Séverine silencia la llamada y siente una pequeña satisfacción, confundiendo máquina e interlocutora.

—¿Qué decías?

—Ya no me acuerdo.

—¿Vas a buscar a uno que consiga hacerte un crío?

Valérie aprieta los dientes: Séverine no siempre hace las cosas como debe. Rara vez lo consigue.

—¿Qué dices? Es demasiado tarde ya.

—Todavía puedes, te quedan algunos años.

En silencio, chupan sus cigarros con un mismo movimiento. Les gustaría sentarse, pero la madera del único banco libre está empapada. Su pintura verde bosque se desconcha desde hace mucho en láminas arañadas por los adolescentes que a veces quedan delante de la escuela para venir a buscar a un hermano o a una hermana. Hay palabras grabadas en la madera, frases escritas con rotulador. *Porn to be alive*, por ejemplo, la parte inferior de la B inicial se ha borrado a sabiendas. Debajo: «Quiéreme, Lili» —con la punta de un compás, sin duda—, tuvo que costarles mucho tiempo y esfuerzo escribirlo, una verdadera promesa de amor. Valérie suspira. Se pisa a sí misma, cruza los brazos delante de su enorme pecho.

—Hace mucho tiempo que las cosas entre Patrick y yo son complicadas, y desde que terminó la última obra, se ha vuelto insoportable. Así que, bueno, era cuestión de tiempo.

—¿Dónde se va a ir? ¿Lo sabes?

—Al parecer se quiere largar de aquí. Me ha hablado de una empresa de obras públicas en Marsella.

—¿Marsella? ¿No trabajará ya con Manuel?

Esta separación le parece más escandalosa que la otra.

Su móvil vuelve a sonar.

—Mierda, ¡¿es que no me va a dejar en paz?!

—A lo mejor deberías responder.

Es esta debilidad en la voz de Valérie, esa tendencia hacia la orden, lo que hace que Séverine se decida a apagar del todo el teléfono. Se lo mete en el bolsillo con rabia.

—¿Manuel lo sabe?

—Ni idea. Me imagino que te lo habría dicho, ¿no?

—No. No habla mucho en estos momentos.

Intercambian una mirada, amable pero no demasiado, su amistad comenzó hace veinte años porque sus chicos eran amigos. Las dos se preguntan si eso durará, ahora que una de las parejas explota. En sus relaciones sociales, Séverine ha conservado esa crueldad de adolescente, esa necesidad de rodearse de gente cuyo valor repercuta en ella. La flácida suavidad de Valérie, incluso su físico, la aleja de ella. No son lo bastante jóvenes para que su amiga se comporte como un títere, y su cara de fracaso le da a Séverine la horrible sensación de haber sacado la suya. Pero ninguna de las dos ha olvidado la infame noche en la que Séverine, por una vez, había perdido el control. Jo tenía cinco años, Céline, seis, Séverine iba a cumplir pronto los veinticuatro. Era muy joven y pasaba el rato con sus hijas como con dos aprendices molestas, ahora que había recuperado la figura y las ganas de ir a bailar. Pero las noches en la discoteca habían sido reemplazadas por las comidas con amigos, bueno, los amigos de su marido

y sus mujeres. Séverine bebía un poco demasiado riéndose fuerte en la terraza del Cheval Blanc, mientras que las botellas de vino tinto pasaban entre los albañiles, cuyas discusiones alternaban entre rabieta sanas contra la patronal y piropos un poco pesados a sus mujeres. Los críos jugaban entre y bajo las mesas, algunos cochecitos bloqueaban el paso, el camarero pasaba los platos por encima. Era un ambiente agradable, los chicos hacían planes, estaban alegres y en camisa. Pero Séverine se había pasado un poco con el alcohol y, cuando los altavoces empezaron a vibrar con un remix de los años ochenta —cosas viejas que ni siquiera le gustaban—, la emoción aumentó hasta una crisis nerviosa sin que ella supiera muy bien por qué. Puede que por culpa de esas canciones tontas cuya letra sin duda conoce todo el mundo, así que todos habían cantado *et moi je vis ma vie à pile ou face* y luego *que je t'aime, que je t'aime, que je t'aime*, los chicos aullaban como coyotes, las mujeres les daban la réplica, el camarero salió con nuevas botellas, chillaba tan fuerte como los demás. Pero cuando habían entonado *Comme une pierre que l'on jette dans l'eau vive d'un ruisseau*, Séverine se había sentido tan triste que Valérie se había dado cuenta y se había acercado a ella. Los círculos de vino bajo las copas de cristal desgarraban el mantel de papel y Séverine recorría con el dedo los surcos húmedos, arrancaba los trozos, los doblaba —se concentraba en sus manos para no echarse a llorar—. Y la presencia de Valérie, su amabilidad —aunque Séverine desconfiaba de esa gentileza, síntoma de debilidad—, la dulzura de sus preguntas. Entonces ella se había dejado llevar de repente como nunca lo había hecho: la hartura, la angustia, las niñas que crecían y todavía no tenía ganas de ocuparse de ellas, el deseo de volver al instituto y luego la negligencia; se había acabado, pero ella no quería, todo aquello había terminado demasiado rápido. La impresión de pasar al lado de su vida sin saber qué vida quería tener en lugar de esta. Veinticuatro años y se había acabado. El alcohol y el silencio atento de Valérie, el ruido que las rodeaba como una mampara, la habían incitado a hablar como nunca se había

atrevido antes. Aunque en el momento se había sentido aliviada, acordarse de ello al día siguiente la había mortificado. Y rememorarle hoy sigue siendo desagradable. Porque por culpa de esa noche Valérie sabe que, a pesar de las apariencias, Séverine está tan rota como el resto del mundo.

—Entonces ¿lo llevas bien?

Valérie hace una mueca que se convierte en una sonrisa torcida.

—Ya no tengo trabajo.

—¿Qué?

—Reestructuración. Somos muchos, no solo yo.

—Joder, ¡qué idiotas! ¿Qué vas a hacer?

—No sé, mañana tengo cita en la oficina de empleo.

—No, digo con el despido, ¿los denunciarás?

—Prefiero no causar problemas. Nos han dado una pequeña prima... Si hablamos, corremos el riesgo de que no nos vuelvan a llamar. Así que, bueno, si me quedo callada, a lo mejor la próxima vez que contraten se acuerdan de mí, ¿entiendes?

Una mujer empuja la puerta e interpela a Séverine con energía, recordándole que los niños han entrado a clase hace cinco minutos. El tono es un tanto arisco, falsamente bienintencionado e inapelable. Así que Séverine le aprieta el brazo a Valérie, le da un beso y se mete corriendo en el colegio. Se vuelve antes de cerrar la puerta.

—Pasa por casa cuando quieras. No estás sola.

Bajo la promesa, las mejillas de Valérie tiemblan un poco. Levanta bien los ojos apoyando en las ojeras la punta de los dedos y coge aire. No quiere que se le escapen, los lagrimones de abandono y de media vida fastidiada.

Sangre en las sábanas

—¿Dónde está mamá?

Jo no puede responder. La madre debe de estar atrapada en el curro, es lo que se dicen, es lo que vale más decirse, claro.

—Yo estoy aquí —susurra Jo, a quien le gustaría estar en otra parte, todavía bajo la lluvia o agachada entre las hileras de vides, da igual dónde, pero no ahí, con esta bata de azul pálido ridícula y ese gorro de papel, estos matasanos inquietos alrededor de su hermana que, piernas abiertas y respiración errática, llama a su madre.

Céline gime, aferrada a la mano de Jo. Ni la una ni la otra son capaces de decir cuánto tiempo llevan allí, esperando que las cosas sucedan sin ellas, ya que nadie les habla.

Una mujer con una bata blanca extiende un enorme rodillo frío sobre la tripa de Céline, algo enchufado a un aparato que pita y muestra unos números de color rojo. Otra embadurna la entrepierna de Céline con Betadine. Parecen pensar que va a suceder ahora, dicen que el cuello está abierto y, en vista de los gritos que suelta ella de forma regular, las contracciones son frecuentes. Por fin llega el ginecólogo, adivinan que es un médico por la deferencia repentina de las enfermeras. Se lava las manos despacio, concentrado en cada trozo de piel, frotando en las cavidades entre los dedos y sobre los nudillos, hasta la mitad del antebrazo. Por fin se instala en un taburete a los pies de la camilla, sin mirar el rostro de la joven.

—Ahora, señorita. Nos calmamos y vamos a ello.

Céline llora y le gotea la nariz, le duele y no entiende lo que quiere decir «vamos a ello».

El ginecólogo le da una palmadita en el muslo, se nota que está molesto.

—Escuche..., ¿Céline? —Ha pegado la nariz a la hoja de ingreso colgada a los pies de la camilla—. Va a tener un bebé, así que tenemos que ponernos manos a la obra, si no le haremos una cesárea. Usted verá.

—Pero ¿yo qué hago? —pregunta la adolescente, la voz entrecortada por las lágrimas.

—¿No ha hecho preparación para el parto?

Las lágrimas de Céline se duplican. El ginecólogo suspira. Por fin mira a su paciente y a Jo después de ella. Por fin parece que se da cuenta de que está tratando con dos niñas. Le hace un gesto a una comadrona, le dice un par de palabras a las que ella asiente con la cabeza y apunta tres notas en el expediente.

—Ya no le podemos poner la epidural, así que va a tener que ser valiente. Pero no durará mucho, el bebé está aquí, solo pide salir.

—Pero es demasiado pronto, ¿no? —se atreve a decir al fin Johanna.

—Por supuesto que es demasiado pronto, pero si... Céline se pone manos a la obra rápidamente, deberíamos conseguirlo y el bebé irá a la incubadora. Ya no estamos en los años sesenta, he asistido a partos más prematuros que este.

Jo piensa que es más bien simpático este hombre. Aunque parezca que se molesta, aunque parezca que se irrita por el miedo de Céline a pesar de que hay razones para estar aterrada, piensa Jo.

—Me gustaría esperar a mi madre —suelta por fin Céline con un sollozo.

El ginecólogo la mira por encima de las gafas. Jo no consigue adivinar qué piensa. Si cree que es tonta o si piensa en su propia hija, si es que tiene una; es posible, tiene edad para ser su padre. Quizá juzga a su hermana, quizá le da pena, Jo tiene imaginación para rato y agresividad de sobra, se

pregunta si deberá saltarle a la yugular, preferiría no hacerlo, dado que es el único que puede ayudar, así que, por el amor de Dios, que cierre el pico y que se ponga en marcha.

—No, no podemos esperar a tu madre. Puedes hacerlo tú sola y además no estás sola.

Es bueno este idiota. Y además que la tutee de repente no sorprende a nadie. Salvo quizá a la comadrona, que levanta la cabeza frunciendo las cejas.

—Tiene usted edad para tener una niña, así que usted ya no lo es —dice con un tono inapelable.

Una contracción particularmente violenta le impide responder: Céline suelta un grito gutural que se prolonga en el esfuerzo.

—Muy bien —indica el ginecólogo con frialdad—. Le veo la cabeza, volvemos a empezar.

Jo deja que su hermana la agarre del brazo y le apriete las muñecas hasta que le duelen. Céline jadea con violencia. Y después, con un último empujón, sin gritar esta vez, expulsa a la cosita roja y viscosa que inmediatamente agarra el hombre. Varias batas blancas se precipitan. Jo se da cuenta de que está temblando de la cabeza a los pies, incluso le castañean los dientes como si tuviera mucho frío cuando hace un calor de muerte. Hay sangre en las sábanas, lo ve bien, pero no sabe si es normal.

—No llora. ¿Por qué no llora? —se asusta Céline.

Un sollozo la contradice. Tampoco es un aullido, ni la puesta en marcha de los pulmones infantiles, de niña victoriosa que va comerse el mundo. Sino un clamor diminuto y vivaz.

Jo acaricia la cabeza de su hermana. Nunca han estado tan cerca ni tan solas como en este instante.

—Va a salir bien. —Jo no puede evitar repetirlo, en un impulso de lanzar un conjuro falso... pero no desprovisto de esperanza.

Como la canción

De vez en cuando, Manuel vuelve a ponerse encima de la incubadora, que se encuentra entre otras en una sala acristalada, no muy lejos de la habitación de Céline. Observa la cabeza minúscula que podría aplastar con una sola mano, es raro que no deje de pensar en eso: «Podría aplastarla con una sola mano». Esa fragilidad extrema lo vuelve loco, tiene la impresión de estar borracho, aunque solo ha bebido dos cervezas, piensa mil cosas al mismo tiempo y no sabe qué siente. Ha venido directamente desde la obra cuando se ha enterado. Una fina capa de pintura salpica su rostro y su pelo, su ropa. No consigue estarse quieto, deambula por el pasillo, vuelve a la habitación en la que Céline dormita, la cruza de lado a lado, cambiando de pared cada vez; dibuja una estrella en sus desplazamientos, pero la estancia es demasiado pequeña para sus movimientos. Parece un loco o un animal encerrado. Se sienta de repente a los pies de la cama.

La madre también está ahí, le habría gustado llegar antes, pero no lo sabía, se disculpa, pero no demasiado. Si se siente culpable por haber apagado el teléfono, no deja que lo parezca. Observa a su hija, después de haber ido a ver al bebé minúsculo en la caja transparente. A veces le echa un vistazo al televisor, encendido pero mudo por encima de sus cabezas, al final de un brazo de acero. Es un documental de animales, los grandes simios derrotan a las bestias: una ferocidad tranquilizante, banal. Séverine está sentada al lado de su hija, sobre la única silla de la habitación. Rasca la costura de sus vaqueros con la punta de sus uñas largas y rosas. Se ensaña con la tela. A Céline le gustaría saber qué piensa.

Pero es el padre quien habla, de repente, sin mirar a nadie.

—Eras preciosa cuando naciste. Tan bonita... Sabíamos que era demasiado pronto, sabíamos que sería difícil, pero yo estaba feliz, Céline, ¿sabes?

Ella no responde a la declaración del padre. Le gustaría que se callara, es demasiado, no tiene costumbre. Deambula por la habitación, aturdido por el suceso. Está abrumado, no creía estarlo tanto. Ahora se calla, no parece querer decir nada más, y Céline está aliviada. Espera a que vuelva Jo, que ha bajado a comprar Coca-Colas en la máquina del vestíbulo.

Pero cuando Jo sube al fin y entra en la habitación, los brazos llenos de latas, no va sola. Una mujer la acompaña, una mujer que da al mismo tiempo la impresión de un gran hastío y una gran amabilidad. Sin edad pero guapa, el cuello vuelto le cae sobre los hombros y dan ganas de anidar en esa dulzura, una lana que dan ganas de tocar, una sonrisa que quiere ser tranquilizadora. Su bandolera de cuero la hace parecer una estudiante, a pesar de los cabellos blancos que se mezclan con el castaño a ambos lados de su rostro. Mientras Jo reparte las latas, la mujer le estrecha la mano a Céline, luego a los padres. Dice que es la asistente social, que tenía un aviso de la enfermera escolar, que había pensado contactar con ellos antes, pero tenía demasiado trabajo. Dice que la ha informado del parto el médico de Protección Materno-Infantil. Dice que se alegra de conocerlos, a todos. Dice que van a familiarizarse y a hacer balance. Su voz es grave, de fumadora con un tono alegre.

—¿Balance de qué? —pregunta Séverine no demasiado amable.

No se alegra nada de conocerla.

—Balance de la situación.

—¿Qué situación?

—Su hija, ustedes.

—No le hemos pedido nada.

—Ustedes no, lo sé. Pero pertenezco a los servicios de ayuda social a la infancia y, cuando una adolescente tan joven se queda embarazada, parte de mi trabajo es hacer una investigación. Sobre todo porque el primer aviso se dio después de una paliza.

Su discurso está bien preparado, lo representa con calidez y desapego. Esta mujer es un concentrado de ambigüedad. Dan ganas de echarla y de enamorarse de ella.

—Sí, bueno, tampoco es una niña maltratada —se indigna Séverine.

—No lo sé. Es mi trabajo determinarlo, señora.

—No tenemos nada que decirle —gruñe Manuel.

—No necesitamos a nadie —insiste Séverine.

La asistente social se acerca a Céline.

—¿Ha ido bien el parto?

La joven asiente con la cabeza.

—¿Has pensado en volver al instituto?

—No.

—Pero ¡eso a usted no le importa! —exclama Séverine—. ¿Por qué le pregunta eso?

—Porque es mi trabajo.

Séverine pierde las formas y levanta la voz.

—¿Sabes lo que es tu trabajo, gilipollas? ¡Es un trabajo de mierda! Husmear en la vida de la gente... ¿Te crees mejor que nosotros?

La asistente social apenas suspira, ha escuchado eso mil veces. El tono que cambia, el tuteo rencoroso.

—No se trata de eso, señora.

—Ah, ¿no?

—He venido para conocerlos, pero los voy a dejar solos de momento.

—Eso es, déjanos.

—Los llamaré para concertar otra cita.

—Déjanos, ¡lárgate!

—En su casa, por ejemplo, estaría bien.

Séverine se hincha de rabia a ojos vistas, pero Manuel le coloca una mano en el hombro para tranquilizarla. Él conoce los servicios sociales porque también se acuerda de la madre de Patrick, gente como esta mujer que ayudaron a su amigo, hace mucho. Sabe que pueden ser muy eficaces, incluso simpáticos algunas veces..., y también hostiles. La ley está de su lado. Así que más vale no atacarla, a la asistencia social, él lo sabe. Manuel es menos tonto de lo que puede pensar Séverine.

La mujer se recoge el pelo y se lo sujeta en la nuca, un gesto que la hace parecer más joven de lo que es.

—Los llamaré la semana que viene.

Cuando se va, cuando la puerta se cierra tras ella y su insoportable tranquilidad, vuelven a estar los cuatro solos y es la primera vez desde hace mucho tiempo. A Séverine no se le pasa el enfado: pospone la incomodidad y el momento de hablar de lo que viene después. Y además eso refuerza los vínculos, un enemigo común. Ni siquiera Jo, que sueña con huir, soporta que otra gente critique a su familia. Solo ella tiene derecho a pensar que son más tontos que una piedra, salvajes o que mean fuera del tiesto. Además, ella nunca ha querido cambiar de familia, solo dejar de tenerla, y sobre todo no deberle nada. Pero que una desconocida venga a meter la nariz en su casa, eso no le conviene. No necesitan nada, ni a nadie.

Séverine se calla al fin, agarra los brazos del sillón con rabia, duda si descargar su enfado y la responsabilidad de la situación en su marido o en su hija mayor.

En el silencio de su duda, y como a nadie se le ha ocurrido preguntarlo, Céline anuncia:

—Se llama Jolene.

Entonces Séverine sonríe.

—¿Como la canción?

—¿Qué canción? —pregunta Manuel, pero nadie se lo explica.

Madre e hija se observan, se sopesan por encima de los conflictos.

—Sí, como la canción —le responde Céline a su madre.

OceanofPDF.com

El verano de sus quince años

Le había gustado que fuera tan joven. Le había gustado impresionarla, él, que no impresionaba a mucha gente. Patrick se acuerda de su espalda, su nuca en el sueño de la tarde: un sueño de niña. La dulzura de sus muslos, de su sexo húmedo. Ni siquiera había hecho cosas extraordinarias con ella, ninguna de las fantasías ocultas que le habría gustado probar, entregada a sus gustos, complaciente, alegremente inocente. Con ella solo había tenido la impresión de ser menos viejo y la había amado como un adolescente. Había habido épocas, con Valérie, en las que el sexo ritualizado, erosionado por la costumbre, había sido reemplazado por experiencias más excitantes, variantes que se suponía que despertaban su libido de capa caída. Pero con Céline no había habido necesidad, ni ganas. Solo su desnudez, sus expresiones de sorpresa o de placer. El recuerdo de un grito o de una duda le hacía empalmarse horas más tarde. Ya no era la hija de su amigo. Era ella, ella era de él. Aquello exigía mucha mala fe, censurarse, no sentirse un cabrón. Céline era un poco idiota a veces, un poco cursi, contestando al teléfono con una voz de niña, llamando a sus amigas *bitch* o «querida», evocando muy seria un conflicto irrisorio con un profesor. Aquello podía molestarle, recordarle su edad, pero no era suficiente para detener su adicción. Su piel lisa, su carne tensa, su entusiasmo. A veces le dolía, esta obsesión, pero ella le abría un mundo en el que él era lo contrario de lo que podía parecer: lo contrario de un cabrón, lo contrario de un viejo idiota que se tiraba a una cría. Ella le ofrecía ser solo una cosa, tocar con la punta de los dedos un absoluto inconfesable, una verdad que no será la de otros: una

verdad imprecisa pero esencial, más potente que él. Con ella, él se sentía mejor, como si todo pudiera volver a empezar.

Ha vuelto para pasar el fin de semana, tenía que verla. Además, todavía le falta recuperar algunas cosas que Valérie tuvo la amabilidad de guardar. Ella se ha quedado el piso, no le resulta fácil pagar el alquiler, pero parece arreglárselas. Él no ha hecho muchas preguntas al respecto.

Ha quedado con Céline en el parque, el que está detrás del ayuntamiento. A esta hora no hay nadie y además es invierno, los toboganes están mojados, la tierra, embarrada, plagada de charcos helados.

La ve llegar desde lejos, empujando el carrito de la niña delante de ella. Ve los cabellos castaños que se balancean en movimiento, el nuevo flequillo que le despeja el rostro, las caderas que apoya en el manillar del cochecito. Se detiene a unos metros, no parece querer acercarse más, así que es él quien camina hacia ella.

La primera vez fue ella la que avanzó hacia él, a pesar del miedo a que la rechazara porque era tan joven. La primera vez fue en su casa, justo cuando Valérie se acababa de ir al trabajo. Dos días después de la excursión a las salinas de Giraud, ella apareció en el apartamento como una flor. Ni siquiera tuvo que usar una excusa de mierda, los dos lo entendieron desde que cruzó la puerta.

Ella creía que se arrugaba, el sexo del hombre, con el tiempo; como las manos o el rostro que se llenan de surcos, se espesan o se agrietan. Se sorprendió de la suavidad de su piel, de la fragilidad de sus testículos bajo su mano de chica joven. Arrodillada en la entrada, se la metió en la boca, porque era lo único que deseaba: ese sexo de hombre, dulce y duro, ese entorno de orgullo para los dos, él en plena posesión de sus facultades, ella

en la certidumbre de que estaba tan dura por ella. Y por primera vez, aunque ella creía que quería demostrar algo, se olvidó de las reglas, de los significados y de la pornografía. De lo que había que hacer o no hacer, en la edad en la que esas cosas cuentan más que nada. Solo el deseo guiaba su lengua, sus labios, sus manos. Ella restregó su rostro contra su rabo como un animalillo que se aloja en los rincones más suaves, jugó como si nada tuviera más importancia que aquel juego. Ella no entendió nada de lo que le sucedía, el dominio se les escapaba a pesar de que por fin estaban en el meollo del asunto. Él temblaba, por todo el deseo, acariciaba su pelo con la punta de los dedos, metiendo tripa por el miedo de ser brutal o torpe, o de sorprenderse. Fue él quien la levantó, con miedo de gozar en su boca, y la llevó hasta el sofá. Quizá en esos instantes determinaron el valor de su historia, ese valor que ellos decidieron concederle. Después hubo otros momentos preciosos, de sexo alegre y de besos ardientes, pero nada igualó la magia de aquella primera felación en la entrada, una magia tenue como una declaración de amor.

Muy pronto, él dejó de fundir su sueldo en las apuestas, a la salida del curro, apartaba dinero para pagar el hotel. A Céline le encantaba. No veía nada cutre en aquello, nada vulgar. El hotel eran las sábanas blancas y frescas, su habitación, aunque solo por unas horas. Era un asunto de mujer, su propio El Dorado, de ella. También le gustaba que estuviera prohibido, y los esfuerzos por quedar. Se habían visto una decena de veces, no más. Cuando se cruzaban en otra parte, ni siquiera tenían necesidad de fingir: se convertían en otras personas, en lo que se suponía que eran el uno para la otra, y era una nueva complicidad que surgía de aquellos instantes sin que nadie se diera cuenta.

No hablaban de amor, de hecho, no hablaban demasiado, cada uno vivía la experiencia como una película personal, cada uno tenía una lectura interna de la cual el otro había sido excluido. Era un malentendido delicioso.

A veces, él se dice que ha dejado morir a un hombre por ella. Se lo dice cuando vuelven las imágenes. El resto del tiempo, se esfuerza por olvidarlo. No hablar del tema le ayuda. Cuando se quedaba solo con Manuel, era demasiado difícil. Sobre todo después de la noche en la que... La nombra así en su cabeza, es imposible decir otra cosa. «La noche en que.» Después, delante de Manuel, se convertía en un cabrón, un hijo de puta de primera. Le daba vergüenza. Irse seguía siendo lo mejor. El único problema que había encontrado, y en el fondo, sin duda, no era el peor.

Desde que está en Marsella incluso le pasa que ya no piensa en ello, ni en ella ni en el cuerpo destrozado por los golpes enterrado bajo el hormigón endurecido. A veces, camina durante horas por la ciudad y más allá, deambula hasta Callelongue o la playa de la Baie des Singes. La presencia del mar lo tranquiliza. En la carretera de Goudes, al final del todo, se pierde en las rocas calcáreas, afiladas. Se imagina que cae, a veces. Piensa en el fondo del agua, en el silencio submarino, en el azul oscuro que haría descansar a sus ojos. Patrick ya no sabe descansar, duerme tan mal que ha olvidado lo que es quedarse en la cama hasta tarde, ni siquiera los festivos. El futuro ya no significa mucho para él, el futuro solo quiere decir mañana y la hora en la que verá despuntar el día.

Va al bar las noches que hay partido, se une a la manada de hombres de Calenzana, el bar corso que hay debajo de su casa. Delante de la gran pantalla, en medio de los demás, se siente más solo que nunca, pero menos vacío. Es la ventaja de los bares. No piensa mucho en Valérie, todo hay que decirlo.

Parece un niño culpable mientras se acerca al carrito. Un poco bravucón bajo el bochorno, le cuesta moverse.

Ella lo mira, pero con los ojos vacíos. Solo están ellos; sin embargo, él susurra.

—He encontrado curro en Marsella.

Ella no dice nada, él se pregunta si lo ha escuchado. Se dice que es una estupidez, seguro que ella lo sabe.

—Nos hemos separado, ya sabes, Valérie y yo, las cosas no funcionaban entre nosotros.

Ridículo, se siente ridículo. Diminuto, farsante, no está a la altura. Lleva meses sin hablarle. Evoca el recuerdo de su risa, de su culo sobre las sábanas blancas, pero no funciona, la niña dormida cerca de ella y sus ojeras de parturienta la impulsan a las alturas. Ella lo atraviesa con la mirada. Patrick se atreve al fin, la voz vibrando un poco demasiado:

—¿Es mía?

Ella no responde. Él parpadea, mueve la mandíbula. Le encantaría coger a la cría en brazos, es nuevo lo que siente, es idiota, pero le hace efecto, a pesar de todo.

—¿Puedo cogerla?

Un amago de movimiento, las manos hacia la niña dormida, envuelta hasta desaparecer bajo las mantas.

—No.

Entonces se mete las manos en los bolsillos, inmovilizado. Camina hacia los columpios, vuelve a ella, respira fuerte, tiene miedo: casi está contento, este imbécil.

Quizá si ella le dijera «Quédate», él se quedaría. Quizá se enfrentaría a su amigo. Hablaría al fin. Quizá sería capaz de explicar su silencio, «la noche en que». A Patrick le encanta contarse historias.

—Te enviaré dinero.

Ella niega con la cabeza.

Céline no deja de mirarlo fijamente. Él la encuentra preciosa, a pesar del cansancio, de las marcas del embarazo en su rostro sin maquillaje, la boca

apretada, su sudadera con capucha de adolescente con estrellitas plateadas, debajo del abrigo. Sin embargo, ya no queda nada de niña en ella. Se ha ganado su estatus de mujer. A un precio muy alto.

Después de un rato, la incomodidad es tan fuerte que él tiene ganas de aporrear lo que sea.

—¿Te acompaño un poco?

Ella se da media vuelta con el carrito y él se lo toma como un sí. Caminan sin hablar. En la plaza principal, las luces de Navidad parpadean en pleno día: estrellas fugaces recubren las paredes y renos estilizados galopan tirando de un trineo. Si nevara, sería más soportable. Delante del ayuntamiento, los críos hacen trucos con los monopatines y las BMX, embutidos en abrigos con capuchas dobles de piel falsa. Un cartel anuncia la reapertura de la sala de fiestas; otro, las horas de misa. Patrick y Céline pasan por delante de los jóvenes sin prestarles atención, cogen el camino vinícola que lleva a la urbanización. Ella sufre con las piedras en las ruedas, así que él dice «Déjame» y la empuja suavemente para llevar el carrito en su lugar, sin darle elección en realidad. Ella se mete las manos en los bolsillos, lo deja hacer. Le impresiona, a Patrick, ser responsable del cochecito y del sueño de la niña. Caminan despacio, como si reconocieran la preciosidad del momento, la necesidad de hacer que dure un poco la ilusión. Él vuelve a pensar en la primera vez, en la entrada. Es un pensamiento luminoso y lleno de tristeza. A cincuenta metros de la casa, es ella la que detiene el paso.

—Sería mejor que te fueras.

Él no responde, baja la cabeza, la vuelve a levantar para buscar su mirada, esperar un perdón o la confirmación de que todo aquello ha sucedido. Le gustaría decirle que fue importante, fuera o no una cría. Querría que ella supiera que él también conserva las marcas, en la piel, en la cabeza. Que no ha tocado a ninguna chica después de a ella, desde hace meses. Que lo echa de menos, pero no tanto.

El ruido de las ruedas, sobre las piedras: Céline ya está lejos, le ha dado la espalda y se dirige a la casa. Él la observa alejarse, no sabe si la volverá a ver. No antes de mucho tiempo, de todos modos.

Se siente devastado, aliviado también.

OceanofPDF.com

Hogueras

Los estorninos vuelan en una masa lasciva como en un cuadro en movimiento, por encima de la hoguera. Es Manuel quien ha recogido las hojas muertas en medio del jardín y aprovecha para quemar las patas del sillón Voltaire. Desprende un humo opaco y gris en la noche que se acerca. El estrépito que hacen los pájaros con cada desplazamiento es ensordecedor, un murmullo elegante cuando vuelan, luego los graznidos estridentes cuando se posan, como miles de tijeras que cortaran el vacío, despedazando el cielo.

Otra obra ha empezado para Manuel. En la antigua, la piscina está terminada, las baldosas colocadas, la otra idiota no tuvo que volver a decirles nada. Cuando regresó, ya habían terminado, el estanque lleno de agua gorgoteaba cerca de la piscina ampliada. Se ha imaginado las copas de champán y los brazos apoyados en el bordillo el día de la boda. Se ha imaginado el cuerpo de ella bajo el hormigón. Desde hace quince días, trabaja en una nueva villa, en Ménerbes. Echa de menos a Patrick, no tenía otro mejor amigo aparte de él. Pero entiende que se haya ido, a veces a él también le gustaría cambiar de lugar para olvidar lo que ha hecho. Le encantaría no cruzarse a la vecina por las mañanas, su mirada de madre inconsolable. También preferiría no despertarse todas las noches, sudando, con el corazón acelerado. En esos momentos, se levanta para ir a ver dormir a la pequeña, es lo único que lo tranquiliza un poco.

Los polis no han vuelto. Los servicios sociales, en cambio, sí. Séverine sigue fustigando a la asistente social. Pero al final, le encanta odiarla y no

odia tomarse un té con ella una o dos veces al mes, quejarse de las condiciones de trabajo y de lo difícil que es ser madre y abuela sin tener aún cuarenta años. Los ha ayudado a conseguir una prestación que les viene bien, a Manuel no le gusta pensarlo. No se ha hablado del dinero, aunque Séverine se ha tranquilizado un poco, a pesar de que no le gusta la mirada que le echa esa idiota a su vida, esa sonrisa que tiene cuando Séverine le habla de las buenas notas de Jo, esa sonrisa satisfecha como si fuera gracias a ella.

El humo le irrita la garganta a Manuel. Atraviesa los trozos de madera con la punta de una pica de hierro.

Séverine siente el olor de las hojas y de la madera hasta en la cocina. Al ir a comprobar que todo está bien en la habitación de las niñas —que ahora son tres—, se cruza con el espejo del pasillo. Se detiene un momento, examina su belleza, que se desliza hacia la cuarentena, las arrugas junto a los ojos, los pliegues alrededor de la boca, risa y amargura. La piel bajo el mentón, suave pero ya demasiado flácida. En su cabeza, una planta interna crece, marchita y elegíaca a la vez: el tiempo le ofrece una forma de poesía que ella ignoraba antes. Se sobresalta de repente por culpa de una puerta que se abre bruscamente: Jo sale, con un gran bolso en la mano, y baja la escalera corriendo sin concederle una mirada. Cuando Séverine echa un vistazo en la habitación, se queda un momento apoyada contra el marco de la puerta, observando a su hija dormida, la niña acurrucada contra ella.

En el jardín, Johanna se une a su padre. Sin decir palabra, abre el bolso y saca una primera camisa que lanza al fuego.

—¿Qué haces? —protesta Manuel.

Pero Jo responde con su extraña mirada, así que como no entiende de qué se trata, decide callarse. La observa colocar una a una las prendas en medio de las hojas que arden. Después de un rato, él le tiende el atizador y ella le da las gracias con una sonrisa, antes de colocar el par de zapatos en medio de las llamas.

—Espera, ya verás —dice él en un impulso infantil, y va a buscar un bidón pequeño de gasolina en la parte de atrás de la camioneta.

Victorioso, rocía las brasas, que explotan y reavivan un fuego peligrosamente potente. Las llamas colorean sus rostros de naranja, también los calientan en ese atardecer húmedo, glaciado. Restalla y chirría en medio de la hoguera.

Ella se ríe flojito y él no está disgustado con su descubrimiento. Hace muchísimo tiempo que no hace reír a nadie. Lo busca mucho, no lo encuentra. A lo mejor cuando jugaba a ser un monstruo con sus hijas y fingía que se le caían en la hormigonera como si fuera la gran despensa de un ogro. Seis o siete años como máximo. Más allá de aquello, no ve nada. De todos modos, hace mucho que ya no se ríe, él tampoco, y tiene la impresión de que no lo va a recuperar tan pronto. Además, no tiene ganas de recuperarlo.

A Manuel le alivia ver desaparecer los restos del sillón, al mismo tiempo que las bonitas camisas de las que no sabía nada. Ella no le ha hecho preguntas, así que él respeta su silencio.

Después de un rato, el bolso está vacío, o casi. Jo se agacha cerca del fuego, saca unos libros con portadas labradas, los acerca a las llamas, recula. Los vuelve a meter en el bolso.

—Botín de guerra —murmura para sí misma.

Un llanto resuena en la planta de arriba, señal de que el bebé se despierta y de que Céline va a empezar a recorrer el pasillo de un lado a otro agotada para volver a dormirla, intentando hacerlo bien, alternando la dulzura con el pánico, gritos de rabia y nanas. A Jo le cuesta concentrarse cuando la pequeña llora, cuando su madre y su hermana se insultan por encima del llanto de la niña, pero nunca se queja. Sabe que llegará un día en el que se irá.

Espera.

El móvil de Manuel suena de repente, melodía incongruente que canta por encima de los estallidos del fuego.

Johanna observa a su padre, moviéndose bajo los dibujos del fuego, responder y escuchar. Lo ve cerrar los ojos, frotarse la nuca con su manaza. Escucha un buen rato, murmura un agradecimiento, asiente con la cabeza como un niño. Cuando cuelga, le tiembla la mano e inspira como después de una gran apnea. Un sollozo seco se le escapa.

—¿Qué pasa? —pregunta Jo.

—Es mi padre. Acaba de morir.

OceanofPDF.com

Casi guapos

(Epílogo)

Cuando salen de la casa para ir a las fiestas, están casi guapos. La madre lleva unos pendientes nuevos de plumas, e incluso Manuel le ha dicho que estaba guapa así, él, que ya no dice mucho. Céline ha vestido a Jolene como una muñeca, está orgullosa, a pesar de que la niña se retuerza en el carrito, deseosa ya de marcharse. Su camiseta dorada se le sube hasta la mitad de la tripa, revela las cintas adhesivas del pañal, su piel suave y su ombligo abombado.

Es Séverine quien la pone en un carrito enorme: las chicas se han ido antes, como siempre.

Manuel ya está borracho, ataca el pastís antes de salir. De hecho, va detrás, mira a su mujer preguntándose si esta noche se dejará tocar, después de la fiesta. Y si estará demasiado borracho para empalmarse o no. Y de repente se entenece ante la cría que balbucea, tiene lágrimas en los ojos. Se acerca al carrito, gorgojea unas palabras tontas para responder a la niña. Manuel es un barco agujereado, la línea de flotación frágil, nunca demasiado lejos del naufragio.

Las chicas aceleran, se alejan, se cogen del brazo. Se han quitado las sandalias, el calor está por todas partes. Céline no ha acudido a su cita con

la agencia de empleo, pero, de todos modos, no hay trabajo para ella. Y, además, los abuelos cuentan con ella, para las manzanas.

Jo pasa al último curso de bachillerato. En el claustro han dicho que tenía capacidades. Que hacía falta que se abriera un poco a los demás, que tuviera confianza. Eso la ha hecho partirse de la risa.

Tienen demasiado calor, sus sujetadores están húmedos. Ya escuchan la música y se ponen a cantar: *freed from desire, mind and senses purified*. Las cosas que no cambian, a veces sería casi tranquilizador, como una angustia familiar. Cantan en voz alta, entran en este nuevo verano moviendo la cabeza al ritmo de la canción, como una negativa. Céline se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, Jo se mete las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros y eso hace que destaquen sus hombros bronceados, sus pechos pequeños.

Las dos saltan, un movimiento de pelvis, una risa al final: todavía les queda un poco de infancia, con su falta de esperanza y su efecto en el futuro.

Se preguntan cuál será la primera que propondrá dar una vuelta en la Tarántula. Y quién subirá con ellas.

Agradecimientos

Gracias a Stéphanie Louit, que me ha acompañado y apoyado a lo largo de la redacción de esta novela y de todas las anteriores.

Gracias a Cédric Tartiveau, que ha sacado tiempo para hablarme de albañilería y de las relaciones entre los trabajadores en una obra.

Gracias a Jean-Christophe Tixier, por compartir las dudas y por sus valiosísimos ánimos.

Gracias a Nicolas Mathieu, que me regaló el título de esta novela.

Gracias a Benoît Minville, que, junto con el anterior, ha mantenido la rabia y las ganas de largas acaloradas discusiones y una sólida amistad de pluma.

Gracias a Stéfanie Delestré, que fue la primera que me empujó a escribir esta novela y que supo reconocer en ella lo que valía.

Gracias a Clémentine Thiébault, por su lectura y por su confianza.

OceanofPDF.com

Notas

1. En español en el original. (*N. de la t.*)

2. Español en el original. (*N. de la t.*)

OceanofPDF.com

El verano irrespirable

Marion Brunet

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CROSSBOOKS

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: L'été circulaire

© del texto: Éditions Albin Michel, 2018

© de la traducción: Ana Navalón, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23525-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

OceanofPDF.com